

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 8-14 noviembre de 1953 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 258

LOS QUE NO VOLVIERON

PRISIONEROS ESPAÑOLES EN RUSIA



NI LAS PRIVACIONES NI EL TIEMPO QUEBRANTAN SU MORAL



Cruces con nombres españoles caídos en la lucha contra el Ejército rojo quedaron clavadas muy lejos de nuestras fronteras. En esta página y en las siguientes publicamos fotografías que recuerdan la campaña española en Rusia.



Breve historia de una generación)

LA semana pasada se celebró en Madrid el XX aniversario de la Fundación de la Falange.

Hace veinte años, un tibio 29 de octubre de 1933, congregaba José Antonio a estos mismos hombres de España, a estos mismos hombres de la tierra y de la Universidad, que, aunque hayan cambiado los rostros porque murieron muchos, siguen siendo siempre los mismos, para decirles: «No queremos más derechas ni izquierdas. No queremos una España partida en dos... Queremos una generación que asienta en su entraña la responsabilidad de ser españoles...».

Y aquella generación, ante el problema patrio en que nos hallábamos, se alistó bajo sus palabras enteras y sin eufemismos.

Muchos de nosotros no habíamos salido aún de las aulas del Instituto, pero teníamos ya plena

cinciencia de que el problema era inaplazable.

Llegó el 18 de Julio. Y entera y sin eufemismos, desde el surco y desde las aulas, saltó aquella generación a las trincheras.

Continuación de nuestra guerra fué, dos años después, la gloriosa y casi olvidada campaña española en Rusia.

Era la misma juventud española la que marchaba a ella. Allí iban los que lucharon ya en nuestra guerra. Los que eran todavía demasiado jóvenes entonces para empuñar un fusil. Iban también los que sólo habían visto la contienda tras la reja de una cárcel y aquellos que habían visto asesinar a su padre, a sus hermanos. Iban también algunos aventureros ¡claro que iban! ¡Es que habéis visto alguna empresa de esta magnitud que no los arrastre. Os diré más: *afortuna-*

damente iban... Hacen falta muchas experiencias para comprender ciertas cosas. Hace falta, por ejemplo, convivir con un «aventurero» en la misma chabola, y compartir con él el rancho, y el frío, y los peligros, y las nostalgias de la Patria... para saber que gran cantidad de Hombre, con mayúscula, de español y de camarada puede llevar dentro, sin que él mismo haya llegado nunca a darse cuenta siquiera.

EUROPA POR DELANTE

El día 14 de julio de 1941 pasaba el puente Internacional de Irún la primera expedición de

voluntarios, a la que habían de seguir otras muchas.

El recorrido y la experiencia eran iguales para todos. Yo, personalmente, llevaba casi dos años viviendo en el trópico. El «Marqués de Comillas» y ¡gracias a Dios! una gran dosis de quijotismo me trajo de Cuba a España, y un transporte completó el recorrido a través de media Europa. En apenas tres meses salté de un hemisferio a sus antípodas, y de 30° sobre cero a 30° bajo cero. El efecto es semejante al de una ducha escocesa, sólo que más prolongado y menos saludable.

San Sebastián... Irún...

Al cruzar el puente Internacional, os decía, se hizo una especie de nudo en todas las gargantas y los ojos de aquellos muchachos se llenaron de lágrimas.

Detrás quedaba España, las improvisadas madrinitas de la Sección Femenina de Logroño, con sus escapularios y sus meriendas de despedida... y un sol que quizá no habíamos de volver a ver nunca. Delante, semivuelta aún en la bruma matutina, Hundaya. Europa entera por delante; y al final, la estepa rusa, lo desconocido.

«MENOS EL PINO, QUE ES DE MANTEQUILLA...»

Al tercer día atravesamos la frontera alemana. Poco a poco, a medida que nos aproximábamos al Norte, fué cambiando la decoración. El terreno se hizo más montañoso y se cubrió con pinos y abetos de hoja perenne, entre los que sobresalían como dedos silenciosos apuntando al cielo las agudas torres de los campanarios alsacianos. En los valles, en las hondonadas, todavía podían verse restos de la nieve del invierno anterior. Luego, la nieve acabó cubriendo el paisaje todo.

Desde las cantinas de tendereite instaladas en las estaciones, muchachas rubias y coloradotas, corpulentas las unas, dentro de sus ajustados uniformes blancos, y espigadas otras, con ojos azules y melancólicos como un verso de Schiller, se afanaban sin descanso, a cada parada del tren, en llenarnos las cantinploras de té recién hecho o de buen vino rojo, caliente. Y las marmitas de aquella extraña sopa de avena con tocino diluido...

Gran parte de los alimentos —incluso muchos embutidos— estaban hechos con grasa vegetal sintética, aprovechando los grandes bosques que cubren Centroeuropa. Los nuevos uniformes que nos repartieron en el campo de instrucción estaban tejidos también con fibra vegetal. Ello dió motivo a una especie de «slogan», que se repetía de boca en boca por la División: «El Alemania todo es de pino, menos el pino... que es de mantequilla».

Sin embargo, aquellos trajes eran muy resistentes y abrigaban. Hace poco, antes de sentarme a escribir estos recuerdos, he abierto mi baúl para ver de nuevo mi vieja guerrera, que —naturalmente, contra el Reglamento— me traje conmigo a España. A pesar de los muchos meses de barro y nieve que soportó, aun está casi intacta. Un poco más descolorida, un poco rozada por las bocamangas y el cuello... algún que otro agujero de cigarrillo, pero



El 12 de octubre de 1941 los voluntarios españoles oyeron misa en campaña. Ese día cayó la primera nevada de aquel año

nada más. Con nuestras endebles guerreras españolas no hubiésemos podido resistir aquel clima.

Ya fué bastante resistir la primera marcha con aquellas pobres botas que calaban la nieve y herían los pies con sus mal claveteados contrafuertes de cartón. Pero «el soldado español va donde haya de ir, y si no se le ponen transportes, recorre mil quinientos kilómetros a pie si es necesario...». Palabras de nuestro general.

Así fué en efecto.

En realidad hicimos una guerra casi nuestra, independiente, dentro del gran conflicto. No luchábamos contra todos los componentes de la coalición aliada frente a Alemania. Luchábamos «por» algo que era muy viejo y muy ancestral para nosotros.

La vista de mi vieja guerrera me ha traído a la memoria tantas cosas... Tantas cosas que llenarían un libro. Pero no voy a hablaros ahora de las empresas de la guerra, de esas empresas que quedan anotadas en las crónicas y que ya visteis en el «No-Do». Os hablaré solamente de algo en lo que casi nadie piensa: de la parte humana, que tiene toda lucha. Que tuvieron sobre todo nuestros nuevos tercios del siglo XX, paseando su estandarte por toda Europa y dejándolo bien en alto por donde quiera que pasaban. Una vez que se está ya metido dentro de un uniforme, con el cinturón bien ajustado y las cartucheras en su sitio, lo que verdaderamente tiene valor es esto: lo humano.

CON EL GORRO TORCIDO

¡Para qué hablaros del soldado español como soldado!

Su mejor definición queda escrita en las palabras históricas de un hombre que ya ha muerto, pero que supo hacer de la guerra de su pueblo, incluso en la hecatombe final, una gloriosa ópera wagneriana:

«Cuando veáis pasar por nuestro lado un combatiente de uniforme verde con el gorro torcido (antirreglamentario) y la colilla de un cigarrillo pegada a los labios (más antirreglamentario to-

davía), saludadle, porque pasa un héroe de la División Azul.»

Una compañía alemana (o lo que quedase de ella) estaba siempre en perfecto estado de revista a la media hora de volver de un combate: los fusiles limpios, las botas lustrosas, los cascos ajustados...

Nosotros... nosotros, francamente, había meses que pensábamos: «el que viene tengo que lavar la marmita y afeitarme un poco». Pero cuando se nos confiaba un sector de terreno, ya podía estar seguro el Alto Mando de que no nos sacarían de allí ni con picos. Y la frase es dramáticamente histórica: sobre el hielo de Wolchow quedaron clavados por los del enemigo los últimos supervivientes de una unidad entera, que, ya sin balas, sucumbió sobre su puesto antes que abandonar la posición.

Es este un recuerdo amargo. Uno de los muchos que nos hacen preferir la muerte antes de caer prisioneros.

LOS MIEDOS BLANCOS

José Hernández Navarro, en su libro «Ida y vuelta», ha hablado de «los miedos verdes» y «los miedos blancos». Sin duda alguna es la frase más poética y más feliz del libro entero. Los «miedos verdes» son los que se conocen en cualquier batalla, sobre una pradera florecida y bajo un sol brillante, que nos hace gritar por dentro a cada ráfaga: «¡No quiero morir! ¡no quiero morir!», aunque otra voz, interior también, nos obligue a seguir adelante.

Los «miedos blancos» sólo es posible sentirlos en aquel paisaje de desolación, de noche boreal, que empieza a las cuatro de la tarde para no acabar del todo ni a la mañana siguiente, cuando la aparición del día se anuncia por una niebla más clara, que nunca llega a convertirse en luz total. Así, seis meses de invierno.

Metidos en el puesto de escucha, que es un embudo de la nieve, sin ver absolutamente nada en torno nuestro, la noche se prebala de fantasmas terroríficos. El frío, que primero empieza por los pies, y acaba por dejarnos con-

vertidos en rígidos peles dentro de nuestro capote y nuestro pasamontañas, nos sume en un sopor de atontamiento, contra el que casi nada puede la voluntad. Se ven sombras inexistentes por todos lados y a cada gemido del viento entre los pinos se nos antoja que el enemigo, que se mueve por la nieve y la oscuridad como en su casa, va a caer sobre nosotros con una manta para arrastrarnos hacia sus líneas antes de que tengamos tiempo siquiera de mover una mano. Como se llevaron a muchos.

Estos son los «miedos blancos». Los miedos de noche siberiana. Y detrás de ellos aparecía siempre la imagen sangrienta de unos cadáveres clavados sobre el hielo.

DAME PAN Y... LLÁMAME PRISIONERO

Sin embargo, nosotros no tratábamos así a los suyos. Y en cuanto se corrió la voz —¡de qué manera tan inverosímil cruzan las noticias la tierra de nadie!— muchos de ellos, sobre todo cuanto se trataba de batallones de campesinos, salían de sus trincheras para pasarse en bloque, con los brazos en alto, gritando entre sus grandes barbas, llenas de piojos!

—¡Jilliepa! ¡Spanki jarasó...! («¡Pan, dadnos pan! ¡Los españoles sois buenos...!».)

En realidad al campesino ruso le tenía sin cuidado aquella guerra. Su miseria no había mejorado mucho desde los antiguos tiempos de la esclavitud: lo único que había hecho en veintitantos años era pasar de la tiranía de un zar blanco a la de un zar rojo.

Y los españoles éramos realmente buenos con ellos. No por nada, sino por costumbre racial. No sabemos llevar la muerte contra un hombre que ha rendido las armas, ni comer viendo que junto a nosotros hay otro ser humano, prisionero o no, que no come.

Y así, a través de todos los lugares por donde pasamos, la población civil vivió a nuestra costa: comió nuestro pan, tuvo nuestras medicinas y se calentó a nuestro fuego. La recompensa, hay que decirlo, era una gratitud casi perruna, que ningún otro soldado vistiendo uniforme verde disfrutó jamás. La ropa, lavada voluntariamente por las mujeres, cuando estábamos de descanso en algún pueblecito de segunda línea. Los «malenki» (los niños rusos) mezclándose a nuestra



Los «miedos blancos» sólo es posible sentirlos en aquel paisaje de desolación. Seis meses de invierno clavados sobre el hielo

gran familia de camaradas para aprender español a una velocidad realmente prodigiosa, y enseñarnos en cambio a nosotros unas cuantas palabras de su lengua...

Tan lejos llegaba esta gratitud, que nuestra escarapela tricolor era una especie de patente de corso para meterse por todos lados sin peligro. Ningún soldado alemán se hubiese aventurado a entrar sin armas en los barrios acotados de Polonia, de Lituania... porque de pronto, en medio de aquella oscuridad, detonaba desde la ventana de una casa aparentemente desierta, el fognazo de la venganza y un cuerpo quedaba tendido sobre el barro. Los españoles —contraviniendo órdenes, como no— entraban y salían a cuerpo limpio por todas partes.

Un viejo amigo mío tuvo relaciones, durante el tiempo que estuve en el hospital de Wilna, con una condesa polaca de la resistencia, que le recibía en su casa con todos los honores.

Y yo mismo recuerdo un incidente revelador que me ocurrió en la misma ciudad de Wilna con un partisano:

UNA TROIKA CON SORPRESA

La hora de paseo, para los que estábamos convalecientes y ya podíamos salir a dar una vuelta, terminaba a las nueve. Aquella noche, sin embargo, a mí se me habían hecho casi las nueve cer-

ca del monumento de las Tres Cruces. Había estado oyendo música en una cervecería —aquella «Paloma» y aquella «Comparsita» inolvidables que los teutones consideraban como el sùmmum de lo español, y que atacaban con todo su entusiasmo en cuanto nos veían aparecer en la puerta— y a sus compases me había olvidado por completo del reloj.

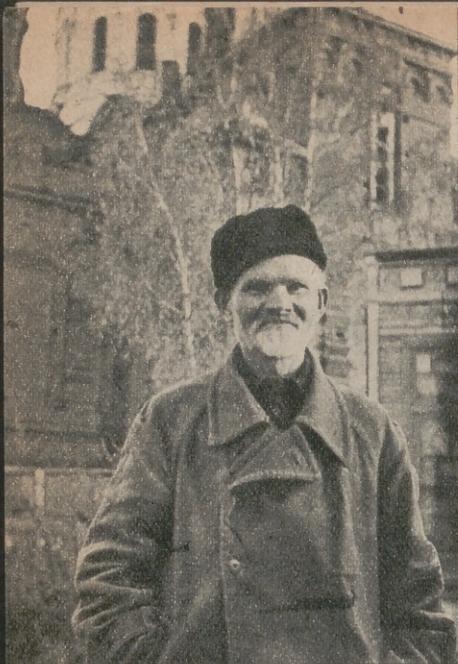
Decidí tomar una troika que me subiese hasta lo alto de la colina donde estaba el hospital. La noche estaba como boca de lobo, de modo que en cuanto oí los cascabeles de un caballo se acercaba, encendí mi linterna y me planté en medio de la calle.

Dió el cochero un gran tirón a las riendas y yo salté al interior del carricoche. Entonces pude ver que ya llevaba un ocupante. Auriga y viajero se pusieron a protestar en polaco —posiblemente de mi manera un tanto inesperada de tomar los vehículos. Pero yo tenía prisa y en el poco alemán que sé les respondí que el Ejército era antes... y que fustigase al pobre penco. Podía llevarme a mi primero y luego seguir la ruta con el otro ocupante.

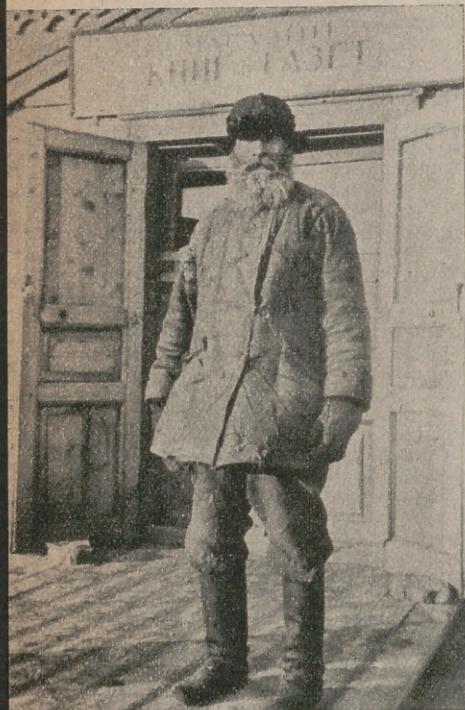
El uniforme tenía una gran autoridad en toda aquella zona dantesca del Este. Nos pusimos en marcha, no sin que dejase de rezongar. Y entonces es cuando recibí mi gran sorpresa. Mi compañero de asiento, que iba com-



Nowgorod y Wilna, dos ciudades en el recuerdo de los voluntarios españoles



«¡Pan, dadnos pan! ¡Los españoles sois buenos...!» Estos hombres confiaban en nosotros



Un tipo ruso campesino. A él le tenía sin cuidado aquella guerra

pletamente borracho, me alargó una botella de vodka, y cuando yo estaba dándole el primer tiento sacó un enorme pistolón. Me quedé un tanto desconcertado, y ya que puestos a sacar armas él me había tomado la delantera, decidí que no me quedaba más alternativa que usar la diplomacia. Decidí entablar conversación con él para distraerle, aunque sin soltar el cuello de la botella, que era lo único que podía estamparle en la cabeza en cuanto le viese hacer el menor movimiento peligroso. Pero él no parecía tener malas intenciones: se limitaba a pasarme el revólver por delante de las narices y a repetir con la lengua estropajosa:

—Tú «doich», tú caput... ¡Ah! Pero tú spanki, jarasó...

Y apuntalaba su afirmación con una palmada de su gran manaza en mi espalda. El coche-ro fingía mantenerse en un mundo lejano de lo que ocurría en el interior del coche. Así fuimos hasta cerca del hospital. Y en vista de las circunstancias no quise insistir para que me llevasen hasta la puerta.

Bajé de la troika y mi compañero de viaje, el partisano, me alargó la mano después de recogerme la botella. Todavía le oí decir por última vez en la oscuridad, mezclada su voz al tintineo de los cascabeles que se alejaban:

—¡Tú spanki, jarasó, jarasó...!

TAMARA, LA ESPÍA

Nunca estaban más contentos los prisioneros polacos y rusos que cuando les tocaba ir con guardia española para los trabajos de reparación de vías y de tala de madera. La mayor parte del tiempo transcurría charlando y fumando al socaire de un terraplén o de un grupo de abetos. Sólo cuando se veía aparecer en lontananza una patrulla alemana se les hacía levantarse y trabajar un poco... que también era justo y para eso estaban allí, al fin y al cabo.

Era un tono compadre de «ya que estás sin armas eres mi amigo», inverosímil e incomprensible para el que no lo vivió.

En el pueblo de Propuskaja vivía una rusa muy linda. Tamara se llamaba. Era, entre todas las mujeres que habían quedado en la aldea, la de porte más aristocrático. Yo recuerdo cómo una tarde que bajé al Cuartel General a llevar un parte un amigo mío me dijo si quería conocerla, y estuvimos en su casa tomando

el té que nos sirvió la vieja «babuska» (la madre), mientras ella tocaba la balalaika junto a la ventana, cantando dulces y melancólicas canciones de la estepa, que a nosotros, no sé por qué extraña razón, nos transportaban a España, al hogar.

Todos estaban en Propuskaja vagamente enamorados de ella. Pasó el tiempo y resultó que Tamara era espía.

La fusilaron.

Era la guerra. Pero aquel día, aunque nadie lo confesase, fué un día de luto mudo en el pueblo. En los ojos de muchos hombres se veían lágrimas contenidas. Lágrimas de unos hombres que el enemigo llegó a respetar por su valor, pero que todavía —aunque fuese necesario— sufrían de ver matar a una mujer.

Pocas horas después de enterarme de todo esto, nos estábamos despidiendo varios amigos, en la salida del bosque, de uno más que seguramente no llegaría al puesto de vendas. Apenas tendría dieciocho años. Llevaba una pierna cortada de cuajo por la metralla y gran parte de los intestinos al aire. A pesar de los botes que pegaba la ambulancia sobre la carretera, llena de baches, no le vimos proferir un solo ¡ay! De cuando en cuando solamente mordía un pañuelo. La piel se le iba poniendo verde. Cuando llegó el momento de separarnos de él, forzó una sonrisa y dijo simplemente:

—Yo sé que no llegaré lejos...

Enviadle a mi padre el icono que dejé en la chabola y decidle que morí como un español.

No he querido daros con todos estos recuerdos, lejos de todo relato guerrero y de toda fanfarría militar, más que un retrato humano, casi desconocido por la mayor parte, de aquella juventud española, de aquellos nuevos tercios, que, como aquel capitán de Flandes, iban de nuevo por el mundo diciéndole a Europa: «España y yo... somos así, señora».

LOS QUE NO VOLVIERON

Una última estampa, solamente.

Noviembre de 1943. Había comenzado el fin. La Wermacht empezaba a retirarse, paso a paso, todavía ordenadamente, del frente ruso.

La división española recibió la orden de repatriación. Los que se quedasen sería bajo mando alemán y perdiendo la nacionalidad española. Comenzaron a embarcar batallones en los transportes



Los niños y las muchachas fueron los primeros amigos de los españoles en Rusia

tes. Estábamos ya tan empapados de estepa que no sabíamos siquiera si alegrarnos o no.

De nuevo las duchas, las barracas de desinfección... las «swester» rubias ofreciéndonos té caliente en las cantinas de las estaciones.

Volvíamos a España.

El descenso en Hof fué impresionante. En medio de la oscuridad surgían de los portales siluetas femeninas, llamando a los que habían sido sus «novios-relámpago» durante el breve y ya lejano periodo de instrucción, un año o dos atrás... Sin embargo, aquellas muchachas nos estaban demostrando una fidelidad al recuerdo, que nunca hubiésemos podido suponer en su aparente desenfado.

Era una escena que se repetía con cada transporte. En medio del acompasado —y cansado— marchar de las botas militares, calle arriba, hacia el extremo de la ciudad, donde estaban las barracas, repiqueteaban sus pasos ligeros y se oían sus voces, pronunciando nombres españoles con un arrastrar de «erres» que en aquel momento no tenía nada de bufo:

—¡Ramón...!
—¡José-María...!
—¡Pepe...!

Algunas encontraban al esperado y seguían con él ciudad arriba, casi colgadas de su mauto, casi convirtiendo el orden de la formación en una marcha de gitanos. Pero otros muchos nombres no respondían. Ni podrían ya responder nunca. Habían quedado para siempre, debajo de una cruz y un casco, en los cementerios de Novgorod, de Tsarkoje-seio, de Slutsk... O ni siquiera se sabía dónde estaban.

LOS QUE AUN ESTAN ALLI...

El último transporte de voluntarios repatriados cruzó la frontera española un día 15 de diciembre de 1943. Hasta muchos años más tarde no tuvimos nosotros las primeras noticias de los que aun estaban allí, tras el telón de acero. Noticias vagas, indirectas, a través de prisioneros alemanes canjeados que habían convivido con los españoles en los campos de trabajo de Kiev y Tcherepovich.

No son muchos los que quedan. Según datos de este último año se sabe cierto de 350; quizá no pasen de un centenar más, en total. Y este total lo componen: los cogidos en acción de guerra en el



Aspecto de una ciudad rusa

frente; muchos que llegaron a Rusia como marineros de buques republicanos durante los últimos días de nuestra guerra civil; aviadores rojos que fueron allí a perfeccionar su instrucción; obreros exilados sorprendidos en Alemania, e incluso militantes comunistas, que escaparon a la Unión Soviética buscando asilo y que fueron, como los precedentes, casi inmediatamente internados. De nuestros combatientes, según informes, parece que la mayor parte fueron cogidos el día 10 de febrero de 1943. De nuevo el nombre trágico de Krasni-Borg salta a nuestra memoria.

Entre todos los prisioneros de diversas nacionalidades, los que peor tratados están son los españoles, pues no han recibido siquiera juicio, como los prisioneros alemanes. No saben en cuánto consiste su condena ni dónde irán a parar luego. Lo que es peor, no reciben paquetes que les ayuden a subsistir, como ocurre con sus compañeros de otras nacionalidades; ni tampoco cartas de sus familias, ya que sufren incomunicación total y no se les permite escribir a España.

Sólo en casos esporádicos, que quizá no pasen de la media docena en estos diez años, se ha sabido de alguno de ellos, que ha logrado comunicar con los suyos, de manera indirecta, a través de la Cruz Roja o de algún repatriado alemán.

CONDICIONES DE VIDA

Parece ser que en un principio casi todos los prisioneros de na-

cionalidad española estuvieron concentrados en un área de campos cerca de Borovitchi, donde, después de haberse producido algunos plantes de trabajo, fueron considerados como «peligrosos» y distribuidos por otros diversos campos en grupos de 30 a 60 hombres.

Los trabajos a que se les destina son principalmente de minería y canteras. Suelen ir a ellos en brigadas mixtas de españoles y alemanes, en grupos de unos doce a quince hombres, dirigidos por uno de ellos. Teóricamente reciben una paga, que depende de su rendimiento, pero que es retenida en su casi totalidad por la administración del campo para manutención, alojamiento, vestido y combustible. A la máxima paga, que es de 650 rublos y que sólo obtiene el prisionero cuando cumple en un 100 por 100 el rendimiento de trabajo que se le asigna, llegan realmente muy pocos, dado el estado de depauperación y agotamiento en que se encuentran. Sin embargo, la camaradería se mantiene: se ha hecho ya costumbre falsear las declaraciones de trabajo por parte del jefe del grupo, con objeto de que todos reciban un porcentaje equivalente, y que los que más resisten puedan ayudar así a sus compañeros más débiles.

La comida de los campos es apenas suficiente para mantener a un hombre en pie: por la mañana, una especie de sopa de pescado deshecho, en la que es imposible buscarle utilidad a la cu-



Los «malenki», como llaman a los niños rusos, acudían constantemente al campamento español



La estepa helada ofrecía este desolador aspecto en el invierno de 1942



Las «swester» rubias colmaban de atenciones a los españoles



Muchos quedaron para siempre debajo de una cruz y un casco, en los cementerios de Novgorod, de Tsarkoje-selo, de Slutz... O ni siquiera se sabía dónde estaban

chara. Al mediodía, otro cazo de sopa y una ración de «kasha» (que es una especie de potaje de patatas y legumbres, con algunos hilillos, casi invisibles, de carne). Pan, seiscientos gramos de un pan negro y muy húmedo (para que pese más en Intendencia) por día. A la noche, otro plato de sopa. Solamente los que trabajaban en el interior de las minas recibían de cuando en cuando una pequeña ración de alcohol: vodka o coñac.

Entre la alimentación insuficiente, y que toda ella está guiada con poca grasa y mucha agua, la mayor parte de los prisioneros padecen de disentería y de unas dolorosas hinchazones hidrópicas en los miembros, sobre todo en las piernas. En un principio, los alemanes morían por centenares.

Los españoles, en cambio, parecían hechos de acero. «Nunca he visto raza más resistente a pesar de su poca apariencia física—me decía un alemán repatriado, amigo mío—, ni que soporte las calamidades con mejor humor.»

Además, siguiendo nuestra tradicional picaresca, algunos de ellos consiguieron «enchufarse» en la cocina de los campos, y desde allí ayudaban en lo posible a sus compañeros.

EL ALMA DE LA RAZA

Han conseguido hacerse respetar incluso de sus guardianes.

Los españoles, que dejaron ya fama de buenos soldados, continúan siendo espléndidos combatientes incluso dentro de los campos.

Los rusos mantienen dentro de cada campo, sin éxito alguno, un activo sistema de propaganda comunista, a base de proyección de películas y agentes de captación.

Se da el caso de que dentro de las barracas conviven prisioneros de la división con antiguos izquierdistas emigrados, demasiado independientes o demasiado españoles a pesar de todo para aceptar el orden soviético. Unos y otros, hacia el exterior, hacia sus carceleros, forman un frente único, un bloque unido sin la menor resquebrajadura. Es el alma de la raza.

Voy a contarles una anécdota magnífica a propósito de esto: Era allá por el año 47, en el campo de Kiev. Un comisario soviético estaba pasando revista a los internados. Al llegar frente al grupo de los españoles, se detuvo y dijo con cierta insolencia: «Supongo que *ahora* ya no seguiréis siendo «fascistas»... El que era entonces jefe de la brigada, un antiguo intelectual republicano, se le quedó mirando fijamente y respondió como si hablase por todos: «*Ahora*... más que nunca».

No hay duda que hay que tener muchas agallas para esto.

La población civil rusa, hermana de aquella otra población civil que alimentaron sus camaradas en días de guerra, se ha encariñado con ellos y los ayuda en lo que puede, por bajo cuerda. Raro es el español internado que no tiene en la aldea próxima una viejecita o una muchacha pendiente del momento en que puede llevarle algo de comida o de ropa. Ellos continúan celebrando las fiestas tradicionales dentro de las barracas. Han formado orquestinas con instrumentos comprados o hechos por ellos mismos, y mantienen sus equipos de fútbol. Hace dos años el equipo español ganó el Campeonato del área de Shajty, donde 30 de los nuestros convivían con 300 alemanes.

El ingenio de la raza no se agota y el pabellón español se mantiene tan alto dentro de las alambradas como lo estuvo frente a ellas.

Pero van pasando los días. Los años ya.

—Yo he vivido aquello —me dice mi amigo alemán—, y aunque sé que el Gobierno hace gestiones para su repatriación a través de terceros, le aseguro que la espera es larga. Creo que por ahora la Prensa española debería ocuparse antes de estos hombres que del problema de Gibraltar...

I. R.
(Div. 250. Placa 12.646.)



Con la mayor emoción Madrid recibió a los héroes que volvían de Rusia

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

Señor don Juan López López

COMO usted no estuvo en Chamartín, por que cualquier cálida verdad le asusta y le pone en un brete, y acaso por temor al soponcio se ha hecho neutralista (el peor género que nos enseñaban en la gramática escolar era el género epiceno o neutro) y partidario de la debilidad elevada al cubo; le remito esta carta abierta, aunque usted está acostumbrado a la sigilosa información de los confidentes, pues tal vez es usted un poco confidente. Había luz y taquígrafos: una luz cenital de equinoccio madurando a las postrimerías de octubre, cuando sólo falta un tris para que al otoño se mezcle la melancolía de los crisantemos, una luz tersa, atirantada y finísima que se revolvía con lentitud entre el cuadrilátero de un cielo azul muy claro, de un verde césped de pradera virgen y de unos frontales de tapiz con broncos camisas azules y brazos enhiestos hasta formar ese bosque de entusiasmo, que conmovió al corresponsal de la agencia Réuter. Los taquígrafos eran los medios actualísimos de expresión y comunicación (además de los propios taquígrafos), como la red de altavoces y micrófonos, las ávidas pupilas de los operadores del «No-Do», los tentáculos de la televisión y las innumerables máquinas fotográficas a pié o en avioneta (señor don Juan López López, la revista «La Actualidad Española» quiso ver desde los aires para creer con más altura de miras), con televisor o con película pancromática, que captaron lo que era más que un espectáculo, más que un acto político movilizándolo e inmovilizándolo a las masas por la gracia de la oratoria, sino un pueblo, un país, una nación, un Estado puestas en orden.

He asistido por primera vez al panorama de un estadio, cuando el estadio se llenaba no con espectadores de fútbol, sino con doscientos mil españoles en el uso de su vida civil (no en el abuso de su vida apasionada y facciosa) y que pertenecían al mismo y único club, siendo forofos de un solo equipo. Los estadios donde la disputa y la rivalidad del hombre se explotan financieramente por las nuevas y voraces Sociedades Anónimas, pueden transformarse en un santiamén en el punto de cita de la unidad y de la unanimidad, cual en el día 29 de octubre. Perdóneme Dios la exageración, pero ésta es la santificación de los estadios, la manera de depurarse públicamente. Hay una España bullanguera y zarrapastrosa que había metido el ágora en el café (dos puertas más arriba o más abajo de la logia), hay otra España que extendió su escenario público al teatro (algo así como el histrionismo del Parlamento potenciado en los mítines), hay otra España que hubo de reunir a sus correligionarios en los redondeles de las plazas de toros (fué tan fácil entonces escribir a Ramón Pérez de Ayala su «Política y toros»); pero hay nuestra España, que ha trascendido sobre las Españas discordantes y parciales, cuya plataforma, cuyo campo de operaciones pacíficas son los estadios. Cuando el Estado existe, la sociedad se ordena, se sistematiza, por su voluntad y con armonía, en un estadio.

Existe el Estado, señor don Juan López López, gracias al Caudillo y al Movimiento (Instituido y denominado así por José Antonio Primo de Rivera desde la primera fecha falangista, o sea el 29 de octubre de 1933, en su discurso fundacional); porque antes de Franco y de la Falange, el Estado republicano era un fantasma y el Estado de la Monarquía era una ruina. Ha sido menester que el Caudillo salga ven-

cedor de una Cruzada, de un sitio diplomático, de un asedio económico, de una conjura internacional e ideológica para que el Estado español se vaya construyendo a la escala del Valle de los Caídos, a una medida monumental y universal; tal la de aquella necrópolis gigantesca ha de ser la firme, resistente, cristiana y colosalísima acrópolis de nuestro Estado. En Chamartín, sobre la tribuna destacada de Franco, proclamaba el Víctor la Victoria y la prosapia. Tantos posos nostálgicos y antiguos se me removieron en Chamartín, que la reminiscencia me trajo a los ojos los añejos vitores de Salamanca, cuando el Caudillo habitaba frente a la catedral, cuyas fachadas le ofrecían los vitores universitarios en bermellón, que no se habían marchitado, como tampoco la flora de la piedra plateresca.

La Nación organizada por la Falange mostraba en Chamartín sus canciones y sus banderas; porque la diversidad del alma humana, la disparidad española, se juntan y se apuntan en el cántico coral. Los partidos revolucionarios antinacionales recibían gran dosis de su fuerza a través de los himnos y tonadas que se cantaban, mientras que la población reaccionaria o conservadora permanecía muda. En ségunda Falange inventó y coreó sus canciones, como espadas de humor y de heroísmo, que salieron a relucir en Chamartín junto a los estandartes. La Sección Femenina estaba allí como un ejemplo de constancia; pero también porque ha cantado siempre, porque ha rehecho la hermandad entre la ciudad y el campo, trayendo y llevando, decantando nuestro folklore, al modo de la más preciosa artesanía. Al contemplar el júbilo enterizo y parco de los divisionarios, señor don Juan López y López, rememoré la arena tan lacónica de un jefe de nuestro Ejército en Rusia, escuchada a un soldado que volvía al abandonar la División la U. R. S. S.: «Muchachos, los fusiles, boca abajo; España, de luto.» ¿Quién estaba de luto, ciertamente, sino Europa, que desaparecía, que iba a bolchevizarse en un setenta y cinco por ciento, salvo en esta Patria con un Caudillo nunca vencido? En este instante ondeaba lentamente una bandera rojinegra, que era la única cosa que se movía a un lado de aquel auditorio tan inmenso y tan absorto. La palabra retórica de Ortega y Gasset incitando a las provincias a marchar hacia ninguna parte, se había realizado por el conjuro de nuestra Revolución Nacional, que las puso allí, representadas, en presencia de todos; pero no como masa amorfa, anónima, de redil, porque todos eran ex-combatientes o militantes, que habían luchado y trabajaban por algo. Y todos tenían su nombre y sus dos apellidos con albedrío libre.

Señor don Juan López López: no hubo desplantas ni latiguillos en Chamartín, y ni siquiera veladas amenazas. Tampoco se dijo, al encararse con doscientos mil ánimos concordes: Estos son mis poderes. El Caudillo es un general laureado y victorioso, que vestía la camisa azul y se tocaba con la boina roja; pero que refinaba aún más sus manos (mandar viene de mano) con los guantes blancos, Fernández-Cuesta, en la vena de los discursos fundacionales, habló el 28 y el 29 de octubre como el estadista del Nacionalindustrialismo. Nunca se había visto nada semejante en España: por el número, por la disciplina espontánea, por la afirmación... Faltaba usted; sin embargo, no le echamos de menos.

Suscríbase a "POESIA ESPAÑOLA"

EN el diario «Arriba» publicamos este verano unas reflexiones sobre la enseñanza de la Religión en la Universidad, en las cuales se estimaba un acierto haber llamado a determinadas asignaturas «Formación Política» en vez de «Política», y se echaba de menos el mismo acierto al llamar a otras «Religión» en vez de «Formación Religiosa».

Vuelve el tema a la actualidad con un artículo del padre Guerrero, S. J., publicado por «Razón y Fe», en el que el autor dice, y dice bien, que la Religión es, por una parte, un conjunto de verdades sistemáticamente organizadas, y, por otra parte, una vida: reflexión, oración, participación en la liturgia, recepción de Sacramentos, etc. La Religión como vida no puede ser una asignatura. Puede serlo como conjunto de verdades sistemáticamente organizadas. Y en este sentido reitera que la Religión debe considerarse como asignatura, y como asignatura muy principal, en la enseñanza universitaria, con su secuela de exámenes, obligatoriedad, horas, asistencia, calificaciones y todo lo que encierra, en la práctica de las aulas, la denominación de asignatura.

Otro artículo del padre Guerrero, publicado en mayo de 1951 por la misma revista, concluía afirmando que «nos queda mucho por hacer en orden a estudiar los problemas de la enseñanza de la Religión y mejorar el método docente; sería un crimen que la facilidad y protección ofrecidas por las leyes españolas en esta parte, únicas en el mundo, las convirtiéramos en ocasión de pereza, rutinismo, formulismo vano». Propugnaba que la clase de Religión se hiciera «tan atractiva como si de ese atractivo dependiera exclusivamente la asistencia de los alumnos, no de una obligación legal».

Quizá no se haya percibido suficientemente, por un lado, la carga de antipatía que el vocablo «asignatura», con todas sus consecuencias, lleva consigo (más por las consecuencias que por el vocablo mismo) para los escolares, y, por otro lado, la extraordinaria brevedad y sencillez de la Religión como conjunto de verdades sistemáticamente organizadas, ya que cabe en el Credo, en los Artículos de la Fe, en el Catecismo.

Insistimos en el espíritu de nuestro artículo de «Arriba». Por lo que hace a los universitarios, más que unas cátedras de Religión deben actuar unas cátedras de Formación Religiosa. Las verdades fundamentales se han enseñado ya en la escuela primaria, donde se ha aprendido el Catecismo de carrera; se han repetido aún en la enseñanza media; si a mano viene, y como quiere el padre Guerrero, se han exigido para aprobar el examen de ingreso en la Universidad. ¿Se repetirán una vez más, curso por curso, en la Universidad misma?

Para las necesidades espirituales reales del universitario, para que la Religión no se quede extrarronteras de su vida intelectual, para que la vivencia religiosa no sea una adherencia pegadiza y, por lo tanto, despegable, la sola repetición es contraproducente.

Las cátedras de Formación Religiosa deberían informar a los estudiantes cristianos acerca de aquellas cosas de las cuales les van a informar, ya sin respuesta posible o fácil, los no cristianos. De Unamuno, de Kierkegaard, de Bergson, de Nietzsche, de Sartre, de William James, una asignatura de Religión nada tiene que decir; en cambio, una cátedra de Formación Religiosa destinada al estudio de las Filosofías Pararreligiosas modernas tiene mucho, o todo, que decir. El profesor de Religión que considere cumplido su deber con declarar a los estudiantes que esos u otros autores son herejes o ateos, me temo que no ostenta un sentido de su deber demasiado fervoroso. El alumno que se contente con esa declaración podrá ser un buen chico y un buen cristiano, pero me temo que no llegará a ser un universitario católico, ni menos un intelectual católico. Y, en fin, los beneficios para las almas de ese tipo de enseñanza, juzguemos quien puede, yo aseguro que no son como para reventar de entusiasmo.

Para que la Religión sea en la Universidad conocida, sentida, amada y fecundante, ¿no valdría la pena sustituir la enseñanza que los estudiantes llaman de «repetición» por unos ciclos de explicaciones que pusieran a la Religión—ya conocida en cuanto conjunto de verdades sistemáticas y aun aprendidas, en cuanto a tal, de memoria—dentro del lugar que le pertenece en la vida y en la cultura? ¿Qué tal unas cátedras de «Historia y Sentido del Arte Religioso», de «Literatura Católica del siglo XX», de «Religiones anteriores a Cristo», de «Evolución y estado actual de las doctrinas protestantes», de «Encíclicas sobre materia cultural», de «Polémica draperiana desde Draper hasta la actualidad», de «Doctrinas biológicas modernas desde el punto de vista religioso», de...? Creo que cada una de esas materias, y muchas otras que se podrían citar por parecido estilo, se bastan para llenar un curso, y para llenarlo con provecho y con altura.

En el orden de las personas, ¿por qué no hemos de ir a la Universidad para escuchar a unos hombres llamados José María García Escudero, José Luis L. de Aranguren, Leopoldo Eulogio Palacios, Miguel Oromí, Félix García, Javier Zubiri, Pedro Lain o Federico Sopena, con tantos otros, seculares o no, que tanto y tan insustituible tienen que enseñar a los españoles jóvenes que nos esforzamos por ser católicos en el siglo XX?

¿Exámenes, horas de escolaridad, aprobados y suspensos, sueldos, consideraciones? Lo que ustedes quieran. Pero lo sustancial—y termino como terminaba el artículo de «Arriba»—es que la enseñanza de las cosas de la Religión en la Universidad se haga a un nivel digno de la Religión, que, claro está, no puede ser un nivel inferior al de la Universidad misma.

Luis PONCE DE LEON

LIDERAZGO

DE LAS PIEDRAS, PAN

HABLABAMOS en el anterior artículo del liderazgo obrero. No basta, no, con la reforma de la empresa aunque ello implica una conquista clave y fundamentalmente decisiva. Si esta reforma ha de dejar a salvo una disciplina que asegure la productividad, los obreros, por lo menos en las grandes factorías, ocuparán siempre un puesto subordinado. Su influencia en la sociedad continuará siendo escasa. La proletarización seguiría su curso. Proletario, dice Toynbee, es todo aquel que tiene conciencia de ser extranjero en su propia patria y en su propia sociedad. Es el hecho de no formar parte como miembro activo y orgánico de las estructuras jurídicas y sociales que predominan en la vida pública y determinan, en gran parte, la vida familiar. Los obreros, para sentirse solidarios de nuestro orden, deben ser, como estamento y clase, fuertes y poderosos. Existe la justa convicción, en ca-

ESTADO Y MOVIMIENTO

VARIOS hechos del máximo calibre cuentan, desde el pasado 29 de octubre, en el área política española. Hechos que contarán decisivamente también en nuestro futuro. En primer lugar, la madurez y profundo enraizamiento en la conciencia del país de cuanto el Movimiento Nacional significa, representa y ha conseguido. Ante propios y extraños pusieron de manifiesto ese enraizamiento y madurez, la serenidad y la consciente e intachable disciplina con que se desarrolló la impresionante concentración de Chamartín. Allí estuvo España entera: la que hizo posible la victoria del 1 de abril de 1939 y la que, desde esa fecha, año tras año, día tras día, empuja el carro de los intereses nacionales dispuesta, lo mismo en la paz que en la guerra, a vigilar la permanencia, continuidad, desenvolvimiento y proyección hacia el porvenir de la sustancia y vocación históricas del Movimiento y del Régimen, tales y como son.

Universitarios, técnicos, empresarios, militares, obreros, comerciantes, labradores, industriales de todas las edades estaban allí y proclamaban que sólo quien campeaba sobre el pavés es la auténtica y legítima encarnación de la Patria y de su magistratura suprema; que en su persona, en su obra y en su entendimiento de nuestro presente y del mañana español confluyen y se materializan la única tradición válida, el único mandato del pasado aceptable—desde el punto de vista del derecho, del honor y de la eficacia—y la responsabilidad del pueblo español ante sus destinos, ante sus deberes y sus fundadas ilusiones en la hora actual.

Quedó patente y reafirmado, solemnemente que toda acción que obstaculice, directa o marginalmente, este planteamiento de las relaciones y actividades políticas en España es antinacional y espúrea.

Por consiguiente, constituye una exigencia histórica y una previsión elemental avanzar hasta el fin en la constitucionalización del Movimiento. Frente al Estado agnóstico, hemos recupera-

do el Estado dogmático, el que cree, obedece y encuentra la renovación de sus fuerzas y sus impulsos en una doctrina de raíces eternas y netamente española.

De acuerdo con esta doctrina, sin negarla en momento alguno, por muy difíciles que hayan sido las circunstancias internas y externas, se han ido configurando nuestras instituciones, nuestras leyes fundamentales y nuestros modos de vida, administración y gobierno. Un sentido de permanencia ha presidido toda esta ingente y delicada tarea, y el pueblo español la refrendó siempre que fué preciso de manera contundente. Jamás se operó, en lo que a la ordenación de lo básico se refiere, con los criterios que caracterizan lo provisional y transitorio.

Por eso, las palabras de Fernández-Cuesta, urgiendo dar cima a la referida constitucionalización del Movimiento, tal y como está concebido y encuadrado en el conjunto de nuestra orgánica y estructura políticas, no hacían sino profundizar en la línea natural del desarrollo jurídico de lo que ya está en marcha y con plena función vital. Realmente, en la ley de creación de las Cortes, en la de Sucesión, en la ley de Bases de la Organización Sindical y otros instrumentos legales de primer orden, está ya mucho más que enunciada y orientada. Completarla y afianzarla para que cualquier veleidad, inexperience o mala voluntad posibles en el futuro queden automáticamente sancionadas como un «acto de fuerza» absolutamente inadmisibles es lo que propugnaba el Ministro Secretario General. Si el Movimiento es la base política le insustentación del Estado y con su doctrina le infunde contenido y lo dota de «un sistema de normas que desenvuelven el proceso de su vida» y es conforme a ellas funciona en plena normalidad, es «lógico y necesario darle la máxima vitalidad», dar a su existencia, desarrollo y misión la máxima concreción y las máximas garantías jurídicas.

EL ESPAÑOL

Y SINDICALISMO

da obrero manual, del valor y significación social y económica, del trabajo obrero. Este valor y significación ha de corresponder a la importancia asignada al obrerismo. Con la simple reforma de la empresa, en las estructuras jurídicas, políticas y sociales, continuarían los obreros sin la suficiente representación.

El paternalismo y el mito del «buen pueblo», en el momento actual significan poca cosa. Para reintegrar al obrero manual dentro de nuestro mundo, no podemos emprender una restauración jerárquica de la sociedad concebida como en el siglo XVIII. El industrialismo obliga a soluciones distintas. No sólo a través de las empresas paternas podemos lograr la unidad social, sino a través del liderazgo obrero que en cierto sentido, es decir, sindicalismo, organización y reconocimiento de ese sindicalismo y de ese liderazgo, tal como ocurre en

Estados Unidos y tal como se pretende en España.

Con frecuencia desde el orden burgués o bien desde las organizaciones patronales católicas, se ataca a los dirigentes y representantes obreros porque, en lo más inmediato, se oponen a los propósitos paternalistas. Se dice que son un obstáculo para la unidad en la empresa. Se afirma también que son unos embaucadores, unos demagogos, unos vividores que se aprovechan de la ignorancia y buena fe de los trabajadores. Efectivamente, el obrerismo honesto ha sido víctima de numerosos parásitos. La política extremista de izquierdas ha constituido en España uno de los factores que más han contribuido a desacreditar y debilitar la razón del obrerismo. No obstante, en principio, no son embaucadores, ni demagogos, ni vividores, los que gozan de la confianza de sus compañeros obreros. Porque a pe-

sar de lo que pueda decir usted y yo mismo, los obreros son inteligentes. Ahora bien, como afirma monseñor Ancel, obispo auxiliar de Lyon, en su obra «La mentalidad obrera», los obreros siendo inteligentes no son—y a mucha honra, ¿verdad?—intelectuales.

En cualquier reunión entre patronos y obreros se puede observar que hay una completa disparidad de lenguaje. Los patronos son inteligentes, pero han recibido una formación intelectual. Los delegados obreros son inteligentes, pero no han recibido aquella formación.

Ser intelectual, afirma monseñor Ancel, es tener relación con las ideas; comprenderlas, saber manejarlas, saber expresarlas. Ser inteligente es tener relación con la realidad; comprenderla, saber servirse de ella. Lo perfecto, continúa, es ser al mismo tiempo inteligente e intelectual. Pero más vale ser inteligente sin ser intelectual, que ser intelectual sin ser inteligente.

Los obreros no son intelectuales. Para nada les importan las ideas abstractas. Por ello, si queremos

hacernos comprender de los obreros, hemos de usar su lenguaje. No se trata de soltar tacos. Se trata de adaptarse a una mentalidad inteligente que no es intelectual. El obrero necesita ver, necesita hechos. La inteligencia del obrero está orientada hacia la acción. A los intelectuales les llena cualquier idea que venga a resolver o plantear aspectos nuevos del problema que les preocupa. Una idea simple y pura nunca llenará a un obrero. Su inteligencia, repe-

timos con monseñor Ancel, está orientada hacia la acción.

Para luchar contra la proletarización, hay que dar al trabajo obrero la suficiente representación pública. Esto no tan sólo por justicia social, sino por imperativo de educación, de buena política. La responsabilidad es siempre educadora. Creemos sinceramente que el sindicalismo nacional y el liderazgo obrero—esos hombres que no son sociólogos, ni sabios, ni profesores; no entien-

den el alemán ni el griego, pero entienden al obrero porque leen en su corazón—son instrumentos necesarios para la reorganización de nuestra sociedad con un espíritu cristiano práctico. Lograr que los líderes obreros sean hombres de conciencia, católicos de verdad, es algo que corresponde velar a las numerosas obras de apostolado social que existen.

Claudio COLOMER MARQUES
(Premio Nacional de Periodismo)

UNA GRAN POLITICA DE UNIDAD

PESA sobre los pueblos, sobre las sociedades políticas, la responsabilidad histórica de aprovechar aquellas coyunturas que mejor pueden conducirles a mantener su paz interna y a conseguir su natural engrandecimiento. Responsabilidad agravada hoy, para todos los pueblos de cultura occidental, por una amenaza cierta que pone en peligro no sólo las formas y expresiones sociales de su cultura, sino su propia subsistencia como pueblos, como comunidades nacionales soberanas y libres.

España, después de una larga etapa de desintegración, que rebasa el tiempo medido por un siglo, encontró en la fecha del 18 de julio de 1936 la oportunidad histórica más favorable para enderezar su destino y en la doctrina del Movimiento las normas políticas más adecuadas y eficaces para lograr al mismo tiempo su estabilidad interna y la recuperación de su perdido prestigio internacional. Pesa, por lo tanto, sobre nosotros, sobre todos los que formamos parte de la sociedad política española, sobre todo el pueblo español, la grave responsabilidad de mantenernos fieles a la doctrina del Movimiento, sancionada ya, además, en nuestros textos constitucionales. Y como toda ella se inspira en la idea de unidad, no es lícito, para nadie, intentar de nuevo la resurrección de las divisiones pretéritas, en banderías encabezadas por trasnochadas tendencias políticas personales.

¿Qué razón sustantiva podría justificar el retorno a viejos procedimientos en un Estado que ha abierto a todos los ciudadanos la posibilidad de participar en la acción política a través de los Sindicatos, los Municipios, las Diputaciones y las corporaciones profesionales? Tampoco puede admitirse disparidad de criterios sobre la conveniencia de desarrollar una política de seguridad social ni sobre la necesidad de mantener, en beneficio de todos, una determinada orientación sobre la libre actividad económica de los particulares. ¿En nombre de qué

principio de libertad se puede defender el regreso a la lucha de clases, a la explotación inevitable de las masas trabajadoras por las concentraciones capitalistas? ¿Qué justificación histórica, económica o política cabría alegar para volver, recordando a Cambó, a establecer la teoría de los «hechos diferenciales»? ¿Qué respeto merecen frente al actual movimiento de masas las viejas plantillas nostálgicas de los agrupados, por mezquinos intereses, en torno a figuras o tendencias políticas fracasadas?

El Jefe del Estado, en el discurso pronunciado con motivo del XX aniversario fundacional de la Falange, en el estadio de Chamartín, ha definido, sin ambigüedades, con claridad rotunda, la obligación solidaria que tenemos todos los españoles de conservar y proyectar hacia el futuro nuestra unidad: «Es necesario consolidar en el ánimo de los españoles e inculcar a las generaciones que nos sigan la necesidad de nuestra doctrina, de la existencia de una gran política de unidad, basada en lo que nos es común y de una acción política de continuidad que evite el resurgir de cuanto un día nos llevó a trance de perecer. En ella han de confluír las ansias y anhelos de las masas nacionales.»

Palabras no lanzadas como una simple consigna de propaganda política, sino como afirmación de una responsabilidad histórica ineludible. Los mismos hechos producen siempre idénticas consecuencias. Por el camino de la unidad ha encontrado España en todos los tiempos su paz, su prosperidad y su grandeza. Por el camino de la división y los partidismos, su ruina interna y su mediatización desde el exterior. De nuestra cooperación decidida y diaria a la unidad política depende, por lo tanto, nuestra existencia como comunidad soberana, pacífica y libre. La nuestra y la de las generaciones que nos hereden en la sangre y nos sucedan en el tiempo.

EL ESPAÑOL

ASEGURESE USTED

EL ESPAÑOL

TODAS LAS SEMANAS
SOLICITANDO UNA SUSCRIPCIÓN

UNAS ELECCIONES QUE NO LE APRIETAN LA GARGANTA A EUROPA: LAS DE MAÑANA EN PORTUGAL

TREINTA DIAS DE DEMOCRACIA PROVISIONAL



LA OPOSICION ASOMA EL PLUMERO

MAÑANA, domingo, 8 de noviembre, se celebrarán en todo Portugal elecciones generales para los 120 escaños de la Asamblea Nacional, para cubrir su sexta etapa legislativa. Acostumbrados como estamos a ver en las urnas fatídicos dados con los que se juega el porvenir de Europa —que esto fué lo que ocurrió con las elecciones italianas de 1948 y con las últimas elecciones alemanas de 6 de septiembre pasado—, los comicios portugueses nos ofrecen, por el contrario, un espectáculo de serenidad y de cordura, en el que prácticamente ni siquiera se ventila el destino inmediato de la nación lusitana, entre otras cosas porque el Estado Nuevo no confía a la ruleta de las urnas el porvenir del país. Precisamente, la más profunda significación del 28 de mayo de 1926 está en haber puesto a Portugal más allá del alcance de todo lo que podría poner en peligro su existencia.

LA OPOSICION ENSAYA UNA SALIDA AL CAMPO ELECTORAL

La Ley Electoral portuguesa ofrece las peculiaridades derivadas de un original Estado corporativo. No están permitidos legalmente, por ejemplo, los partidos políticos. La Unión Nacional, no es propiamente un partido, en el sentido demo-liberal; corresponde más bien a lo que aquí en España llamamos Movimiento. La revolución nacional portuguesa del 28 de mayo de 1926, vino a

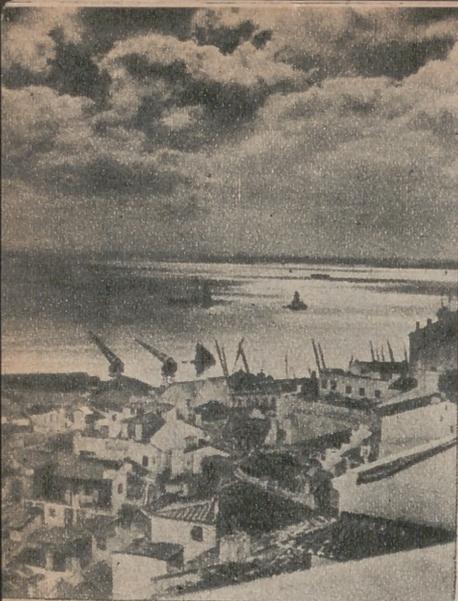


Estas dos fotografías que ilustran la página corresponden, la de arriba, a la plaza de los Restauradores, y plaza del Comercio, la de abajo, de la capital portuguesa

terminar, en principio, con la estéril, sangrienta y agotadora lucha de los partidos políticos, que de haber continuado unos años más habrían desintegrado por completo a la nación.

Pero, por otro lado, la inexistencia legal de partidos políticos, no excluye la supervivencia de una oposición. Esta ha vivido largos años silenciosa y desmembrada, más por su incapacidad interna que por las restricciones impuestas a sus actividades por el Estado Nuevo. Este año, la oposición parece tener más plasticidad y dar más señales de vida que en anteriores ocasiones elec-

torales, y según nuestras noticias, el domingo habrá listas opositoras en tres distritos electorales: Lisboa, Oporto y Aveiro, aunque no adscritas, por las razones antes aducidas, a unos partidos políticos determinados. Los candidatos de la oposición son en su mayor parte republicanos del 5 de octubre de 1910, fecha en que se proclamó la República, que terminaron su vida pública en 1926. Desde entonces, han perdido todo contacto directo con el pueblo portugués, que prácticamente los desconoce, sobre todo las generaciones jóvenes. En sus discursos electorales, poco más hay que



bella fotografía del Tajo, visto desde Alhama

nostalgia de los viejos tiempos e indulgencia amnésica para los dramáticos desmanes de la República vieja. Teremos la impresión de que estos discursos un tanto necrológicos no van a resonar profundamente en las urnas.

LA «TREGUA» DE LOS TREINTA DIAS

En Portugal, esté en vigor una Ley de Prensa que limita la libertad de expresión del «cuarto poder». Con todas sus imperfecciones, es una ley llena de prudencia, cuyas excelencias incluso han sido proclamadas por algunos opositores. El Estado Nuevo entiende que la Prensa, que causó infinitos males a Portugal en el periodo republicano, debe servir a la nación y no a los grupos de intereses privados y partidistas. Sin embargo, esta censura de Prensa queda en suspensio durante un cierto periodo de tiempo de las campañas electorales, para que todo el mundo pueda expresar libremente sus criterios y dirigirse a la opinión pública. En esta ocasión, le «tregua» se ha fijado en treinta días. Así hemos tenido oportunidad de leer en la Prensa portuguesa artículos y reseñas de discursos opositores, en diversas localidades, en los que no se han ahorrado epítetos bastante violentos contra «la situación». En un mitin opositor celebrado el día 24 de octubre en Estarreja, el doctor Pedro Veiga, republicano, empleó contra el Estado Nuevo un lenguaje que no merece en nada de las proclamas demagógicas «estilo 5 de octubre». Encontramos bastante contradictorio calificar a dicho Estado de «totalitario», cuando ha sido el Gobierno portugués el que ha otorgado al doctor Veiga toda clase de garantías para que pudiera expresarse como lo hizo.

Efectivamente, el Gobierno ha garantizado a todos los candidatos la libertad de palabra y la libertad de reunión. Los opositores han recibido, sin duda, más de lo que esperaban, y todos sus intentos de hacerse pasar por «victimas», por perseguidos e incluso, por perseguidos, han termi-

nado en el ridículo. Un incidente ocurrido entre ciertos opositores y Radio Club Portugués, puso al descubierto la mala fe de aquéllos.

EL CUERPO ELECTORAL

Como decíamos más arriba, la oposición parece dispuesta ahora a contender en el terreno electoral. No lo hizo antes porque, en realidad, no quiso o no pudo, agarrándose a la consabida «falta de garantías». Su arma, hasta ahora ha sido la «abstención electoral». Arma mal utilizada, con la que han conseguido cosechar derrotas cada vez más estrepitosas. Las cifras, hablan elocuentemente: Mientras la población portuguesa aumentó en un 33,66 por 100 entre 1925 y 1952, el número de electores ha aumentado, a lo largo del mismo periodo, en un 131,21 por 100. El censo, arroja para este año 1.300.000 electores y el porcentaje de votantes se espera que será uno de los más elevados. Recordemos que en plena República vieja, unas elecciones atrajeron sólo al 7 por 100 del censo electoral, y que un Presidente de la República fué elegido en circunstancias tales que los diputados tuvieron que salir a la plaza pública para «hacer de pueblo», siendo los únicos que correspondieron, como una histrionica «ciacque» a los saludos que el nuevo Presidente hacia desde el balcón donde se hallaba...

LAS FINANZAS MAS SANEADAS DE EUROPA

No existe la menor duda sobre el resultado de estas elecciones legislativas. Una vez más, la Unión Nacional se llevará la voluntad expresa del país. El Estado Nuevo ha creado en Portugal un régimen de una solidez y de una raíz popular que no tiene parangón en la historia lusitana. Sus realizaciones son demasiado elocuentes para soslayarlas a fuerza de evocaciones nostálgicas. Incluso el partido Cristiano Democrático (en periodo de organización, según reza su manifiesto al país), ha confesado textualmente que «La situación tiene indiscutiblemente obras realizadas de gran proyección social y económica». De estas obras hemos de ocuparnos con más extensión en fechas próximas, puesto que el cronista, en el momento en que aparezcan estas líneas, se hallará sobre el terreno, en Portugal. Pero en orden a situar al lector ante uno de los fenómenos políticos más interesantes de nuestro tiempo, hemos de decir que la «Situación», de la que es principal artífice el doctor Oliveira Salazar, ha conseguido tres cosas decisivas para la supervivencia de Portugal: Hacer de sus finanzas, que en 1925 se encontraban en un estado realmente catastrófico, las más saneadas de Europa y tal vez del mundo; poner fin a las luchas fratricidas de los partidos políticos, que arrastraron al país, de 1910 a 1926, a dieciséis revoluciones—a una por año, exactamente—; y finalmente, crear un Estado Nuevo, original, popular y representativo, que por primera vez sirve a los legítimos intereses de la nación. Es bastante.

PARALELISMO PENINSULAR

No podemos dejar de recordar el paralelismo que existe entre el devenir histórico contemporáneo portugués y el devenir español. Conocemos las peculiaridades españolas y las peculiaridades portuguesas y sabemos que no se puede generalizar ni identificar hombres y acontecimientos. Pero no es menos cierto que los pueblos español y portugués han seguido desde la primera parte de este siglo una misma trayectoria vital; si la Revolución portuguesa y el Alzamiento español han tenido efectos muy similares, no vacilamos en afirmar que sus causas fueron sustancialmente idénticas. Quien no comprenda esto, difícilmente podrá comprender hoy las relaciones hispano-lusitanas.

El 5 de octubre de 1910 y el 14 de abril de 1931, tuvieron el mismo origen: El descrédito de la Monarquía, apurado por las izquierdas; la descomposición de los partidos monárquicos y el resultado de unas inoportunas elecciones municipales. Las República española y portuguesa, inspiradas en las mismas fuentes doctrinales—demoliberalismo, laicismo, demagogia, sectarismo—, produjeron idénticos resultados—desórdenes, revoluciones, huelgas, desintegración de la conciencia nacional—, y finalmente, las mismas causas produjeron idénticas consecuencias: El 28 de mayo de 1926 en Portugal y el 18 de julio de 1936 en España. Incluso podemos establecer un paralelo entre la Dictadura del general Primo de Rivera y la dictadura de Sidonio Paes, en la que ambas tuvieron el intento de detener la marcha hacia el precipicio. Para que este cuadro de similitudes quede completo, ahí está la Noche Sangrienta de Lisboa, y el asesinato de Calvo Sotelo, en Madrid; dos crímenes inspirados desde el Poder.

UNA TAREA PARA LOS FILOSOFOS DE LA HISTORIA

Tal vez resulte demasiado esquemática esta exposición de coincidencias. Pero responde a una realidad que no desestimará en su día los filósofos de la historia. A nosotros, puede servirnos de punto de partida para comprender muy bien los fundamentos de la política peninsular y, en todo caso, para interpretar con bastante exactitud la significación y alcance de las elecciones que mañana se celebrarán en Portugal.

M. BLANCO TOBIO
Premio Nacional de Periodismo.

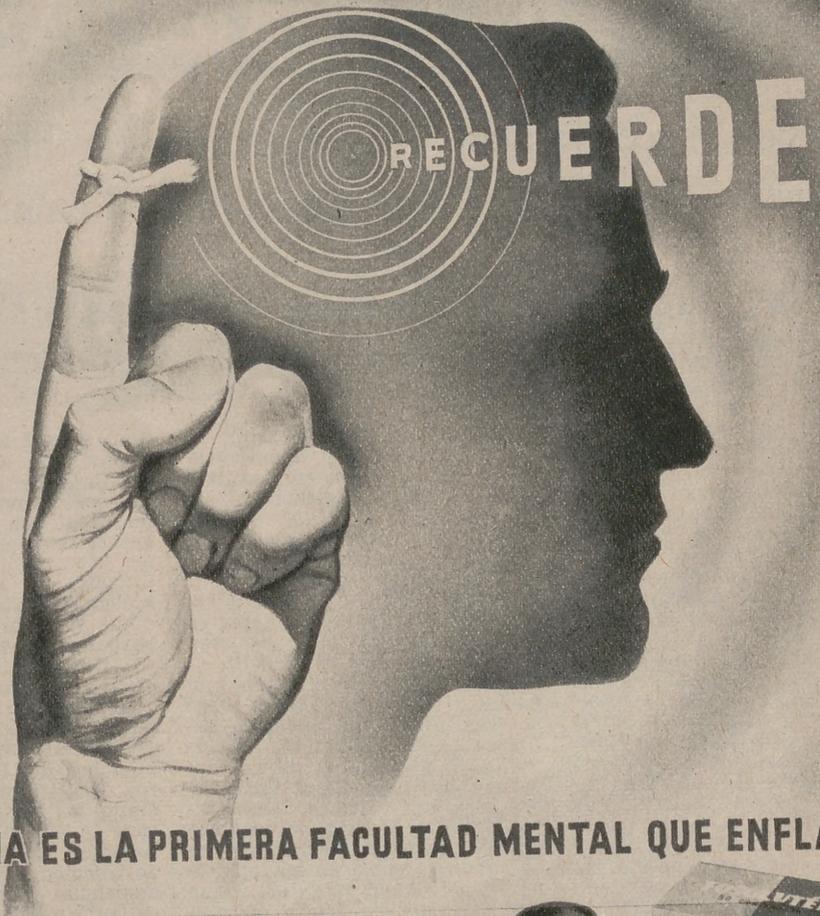
Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas

solicitando una suscripción.

Vega



LA MEMORIA ES LA PRIMERA FACULTAD MENTAL QUE ENFLAQUECE

Hacerse un nudo en el cerebro para recordar las cosas, no es tan fácil como hacerlo en el pañuelo, o en los dedos. Pero algo lo sustituye: FOSGLUTEN.

Un estimulante de la función nerviosa que robustece las facultades de la inteligencia y despeja las nubes que enturbian el pensamiento.



ACIDO GLUTAMICO,
FOSFORO Y VITAMINA B

FOSGLUTÉN

AUMENTA LA MEMORIA

INSTITUTO TERAPEUTICO, S.A. - MADRID

C. S. 13.556

RICARDO BAROJA AGONIZA

SU PINTURA LE HARA PASAR A LA

Ha sido sucesivamente aguafuertista, archivero, panadero, escritor, actor de cine, matemático, inventor y pintor

Venía padeciendo un cáncer a la lengua, para el que casi rechazó las auxilios de la ciencia, que hubieran sido inútiles

A GONIZA en Vera del Bidasoa don Ricardo Baroja. Cuando en el terreno de las artes o de las letras destacan dos personas del mismo apellido ocurre, no siempre, pero sí con frecuencia, que desde un punto de vista de valoración estética uno es el malo y otro el bueno. En manera alguna podría aplicarse esto a los hermanos Baroja.

Don Ricardo es el mayor, nacido en 1871, en Minas de Río Tinto, un año antes que don Pío. Su padre era ingeniero, y por eso don Ricardo nació en Huelva, pues su ascendencia paterna era vasca y sus domicilios de niñez fueron San Sebastián y Pamplona.

La obra literaria de don Ricardo no tiene la importancia que la de su hermano. En ella figuran unos cuantos libros donde, no obstante, sin vacilación alcanzamos a ver una mayor agilidad y una más delimitada perfección formal o estilística en el escribir. Pero lo que seguramente le hará pasar a la posteridad será su pintura.

De él dijo Valle Inclán que era el amado de las musas y que ninguna de las nueve hermanas le había negado su don. Se lo imaginaba su más barba-do amigo como a un gran maestro de pintura mural. Lo decía así allá por el año 20, cuando aún Ricardo Baroja vacilaba en la elección y cultivaba artes diversas. Acertó Valle Inclán, porque en pintura es en lo que Ricardo Baroja destaca definitivamente. Después de 1936, perdida casi totalmente la vista, ha logrado sus mejores cuadros, lo más importante de su obra pictórica, de caballete, ya que no mural.

«Ningún goce intelectual le es ajeno, y así discierne en artes y letras, ingenios de mecánica y graciosas invenciones. Son las virtudes del Renacimiento. Pero estas prendas diversas, jamás sometidas a los preceptos vigorosos de la disciplina, han tenido una difusa y contradictoria expresión romántica.» Así continuaba Valle Inclán en el prólogo que puso a «El Pedigrée», uno de los libros más curiosos de don

Ricardo. En efecto, Baroja ha sido sucesivamente aguafuertista, archivero, panadero, escritor, actor de cine, matemático, inventor, alarife y pintor, por fin.

El solía contar que sintió desde niño aficiones artísticas, y sin maestro dibujó, grabó y pintó. Concurrió por vez primera a las Exposiciones de Bellas Artes en 1900. El año 1908 le concedieron Medalla de Plata, y Medalla de Oro en 1910, siempre como grabador. Como aguafuertista llegó a ser lo mejor que había en España. Ramón Gómez de la Serna habló alguna vez de su «engarabitada dibujación». Los asistentes a las tertulias artísticas-literarias del Madrid de principio de siglo eran tan paradójicos en su conducta como en sus opiniones, y así don Ricardo tema que soportar para su arte el desprecio de una sola persona, precisamente aquella a quien se sentía obligado a obsequiar con chocolate y churros cada vez que el tío Justo—pues éste era el despectivo personaje—se dignaba acudir a la tertulia. «Ingresó en nuestra reunión del café en calidad de tío mío.» Era un andaluz cerrado que pretendía pasar por vasco. Don Ricardo le regaló unas pruebas de sus aguafuertes, bien entintadas y entrapadas. El tío Justo las contempló durante mucho tiempo, torció el gesto y le preguntó al autor, sin el menor asomo de ironía:

—¿Están hechas con el betún de las botas?

También Pío fué objeto de sus desprecios. Le dedicó un ejemplar de «La Busca». Después de mucho tiempo le dijo al escritor:

—He leído tu libro.

—¿Y qué te parece?

—¡Mediano, muy mediano! Se ve que has curioseado por los bajos fondos madrileños; pero como no eres hampón, sino señorito, tu obra no es sincera. Para escribir de robos se necesita ser ladrón.

Estas y otras muchas cosas cuenta el mismo Ricardo Baroja en su libro más reciente, «Gente del 98». Tales descaros estaban a la orden del día. Un conocido cuenta en la tertulia con

gran impaciencia algo que le ha maravillado. Es una historia larga, llena de incisos. Se le escucha con silencio absoluto. Al terminar el relato su cara irradia entusiasmo, sus ojos buscan en los del prójimo expresión de asombro, de interés. Un pintor, «célebre ahora por sus hermosas obras y célebre entonces por sus bárbaras frases», dice:

—¡Bien, don Fulano, bien! ¡Usted siempre tan estúpido!

Abandonó el aguafuerte por culpa de su mala vista. El año 1931 perdió un ojo. Fué también miembro del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Ganó las oposiciones a la Sección de Museos Arqueológicos. El esperaba que el Ministerio de Instrucción Pública le diera una credencial para desempeñar el cargo en cualquier Museo de provincias o de Madrid. Pero como todos los puestos estaban ocupados por recomendados de los que mangoneaban en el Ministerio, fué destinado al Archivo de Hacienda de Teruel. El viaje hacia su destino fué de lo más accidentado, y su relato refleja el abandono en que vivían los pueblos de España, desconocidos en la capital, y que ya los del 98, aunque muy amigos de no salir del café madrileño, empezaban a conocer directamente. Ricardo Baroja fué hasta Cuenca en ferrocarril. En Cuenca tomó la diligencia de Cañete. Llegó hasta Salvacañete, cenó en la posada y se sintió en ella tan a gusto por la preferencia que le demostraba la maritornes, que decidió interrumpir su viaje por unos días. Pero un maderero celoso le despertó a la madrugada. Le había proporcionado un guía con una yegua que le llevase hasta Albarracín atravesando la sierra. Luego resultó que el guía no conocía el camino y a mitad del mismo se emborrachó de tal manera que Baroja, decidido y amoscado, continuó solo. Dejó a la mula caminar a su capicho. Pasó por barrancos y desfiladeros. Sin esperar lo llegó a Albarracín. En la posada conoció a un actuarelista inglés, José Statford Gibson, que llevaba veinte años viviendo en España

EN VERA

POSTERIDAD

La personalidad sólo es una forma de ocultar los propios defectos; yo no quiero ocultarlos"

por odio a las grandes aglomeraciones urbanas de Inglaterra y de Francia, al industrialismo creciente y a los buques de vapor que esturbiaban hasta los cielos del mar Egeo. Para él había sólo dos pueblos admirables: Fuerteventura, la española que se pone sombrero a la francesa, y Albarracín, «como una castiza española», al que calificaba de pueblo naturalmente culto. Pronto obtuvo la separación del Cuerpo de Archiveros.

También fué panadero en Madrid, junto con su hermano Pío. Por entonces comenzó a escribir artículos y cuentos, novelas, obras de teatro en prosa y en verso. Sólo una de éstas se representó, «El cometa», el año 1915, por la compañía Guerrero-Mendoza.

Fué Ricardo Baroja quien aconsejó a Azorín la acción directa para defenderse del ataque brutal, soez e injusto de un periódico. Una actitud y un gesto de honesta gallardía. Llegó Azorín a casa de los Baroja un poco menos tranquilo que de costumbre. Les mostró el artículo y preguntó cuál debía ser su respuesta. Ricardo respondió:

—Yo no sé lo que usted debe hacer. Ahora, si sé lo que yo haría.

—¿Qué es lo que usted haría?

—Pues ahora mismo iría a la horchatería de Candela, de la calle de Alcalá, donde de seguro está el autor de este artículo, y sin decirle una palabra, sin amenazarle, madrugando, porque quien ha escrito ese artículo no merece ninguna consideración y además porque, según opinión de Quevedo, vale más ser adelantado de un golpe que de Castilla, le pegaría dos puñetazos en la cara y trataría de derribarle al suelo para patearle todo lo que pudiera...

Azorín apenas le dejó terminar. Volvió al cabo de media hora, con la corbata no demasiado floja, el rostro pálido y un chirlo en la mejilla.

—Me he pegado con ése—dijo.

—Muy bien; eso está muy bien, pero hay otra persona tan responsable como el autor del artículo. Es el director del periódico.

Azorín se caló el sombrero, y al cabo de media hora volvió un poco más pálido y con otro chirlo en la mejilla.



La más reciente fotografía de don Ricardo Baroja

«Desde entonces—comenta don Ricardo en su libro—no se volvió a maltratar a Azorín de manera desconsiderada y soez.»

Hemos dicho que en 1931 perdió el ojo derecho. Quienes le conocimos después lo imaginaremos ya por siempre con un espejuelo de las gafas transparente y el otro negro, con la boina encasquetada, que parece ser el símbolo de los Baroja, y una larga y magra figura vestida de oscuro, con una barbita blanca; parecía un misionero. Pero quienes le conocieron antes dicen que era fornido y pleno de vitalidad, con un rostro muy expresivo, y que en su pergeño, con sus patillas y su pipa, quería semejarse a un lobo de mar. Sus aficiones marineras se tradujeron en un crucero por el Mediterráneo, en el proyecto de navegar por los siete mares con unos cuantos amigos a bordo de un velero y en la unión de ese afán de viajar con las artes de

la navegación. Buen matemático y gran imaginación, inventó y hasta gastó algún dinero en sus velas cilíndricas. Vivió el ambiente de los inventores disparatados que Pío retrata en «Silvestre Paradox». Cuando se reía de esta polifacética condición suya solía decir que había inventado un estabilizador de aviones, que explicaba así: «Consistía en cierto dispositivo tan perfectamente aplicado al aparato volador, que si éste, por cualquier causa exterior, se colocaba en posición peligrosa, continuaba en ella hasta conseguir que aeroplano y tripulantes se estrellasen en el suelo.»

Fué arquitecto en la transformación de la ruinosa casa de Itzea, en el barrio de Alzate, Vera del Vidasoa. En ella acampaban antes los mendigos. Planeó con tal éxito, que ahora es un verdadero palacio de columnatas magníficas a la entrada. Primeramente tuvo que levantar el tejado

en vilo. El interior es de grandes habitaciones con vigas en el techo. Están llenas de libros, de mapas, de antiguas cartas marinas, de cuadros, de grabados y estampas, entre las que no falta ni uno solo de los personajes de la Revolución y del Imperio francés. Parece que a última hora don Pío ha optado por su casa de Madrid, y don Ricardo por la comuña de Vera. Pero éste, como para independizarse todavía más, se construyó en la huerta una caseta de barro, a cuyas paredes les dió el color y la apariencia de la piedra. Dentro, un hogar muy bonito y dos literas. Allí buscaba el fresco en verano y el calor en invierno; allí leía — pintaba.

De más joven trató de hacerse una casa en pleno monte, frente al mar, por la costa de Fuenterrabía y en uno de los lugares más inhóspitos. Quería estar en contacto con las galernas y las tormentas más desatadas, solo, como un occidental que rebase a los dioses asiáticos. Por entonces escribió un libro que se titulaba algo así como «El fabricante de relámpagos», según me informa su amigo don Gregorio Santaolalla, que fué durante muchos años farmacéutico de Vera. El me habla también de la devoción que, tanto Ricardo como Pío, han sentido siempre por su difunta madre, doña Carmen Nessi, mujer excepcional por su llaneza, por su señorío, por su conversación. Murió muy anciana. Me dice Santaolalla que él, siendo muy joven, se iba muchas veces a estar con doña Carmen, cautivadora por su manera suave y sencilla de exponer las cosas. Después, las preferencias de los hermanos se orientan hacia los hijos de su difunta hermana Carmen: Julio Caro Baroja, conocido etnólogo, y Pío, que acaba de publicar en Méjico una biografía de su tío del mismo nombre.

Ricardo fué profesor de la Academia de San Fernando y hasta actor de cine, cuando se filmó «Zalacain, el aventurero». También a él le filmaron el más importante de sus libros, la novela «La nao capitana», canto español del mar antiguo, por la

que creo le dieron más dinero que a don Pío por la suya. Pero quizá no acabásemos nunca si quisiéramos relatar cuanto fué o quiso ser. Con la faceta de escritor concluiré al citar el tercero—tiene más—de los libros suyos que he leído, «El Pedigrée», ingeniosa sátira de la selección racial escrita antes de que el racismo alemán fuera conocido.

Humanamente era distinto de su hermano Pío, pues si éste es hosco, aquél era cordial, amigo de cuantos se le acercaban y siempre un conversador de primer orden, de ingenio chispeante, con una visión humorística de la cultura y de la vida. Conocía todos los Museos de Europa y sabía muchísimo de la vida, de la obra, de la técnica de cualquier pintor que se le citara. Sin embargo, él era partidario de pintar de prisa y un poco a lo que saliera. La personalidad dijo una vez—sólo es una forma de ocultar los propios defectos; yo no quiero ocultarlos; sobre la pintura opino que debe hacerse pronto y mal.» Desde luego, él era partidario del método sólo para aplicárselo a sí mismo. No gustaba, en su decidida independencia de criterio, predicar ni que le predicasen.

Creía, sin duda, que el hallazgo genial en pintura surge sin que el artista se dé cuenta, sin que lo planee en elucubraciones de laboratorio. El podía pintar de memoria, copiar los paisajes que imaginaba, no los que no veía, porque ya su imaginación se apoyaba en experiencias, en vivencias, cuando los ojos fallaban.

Los últimos años de su vida fueron los de su ascensión artística, casi desconocida en Madrid, porque sus escapatorias a la ciudad y sus Exposiciones últimas tuvieron por escenario San Sebastián, donde se le quería y se le mimaba. Hace un par de años unos cuantos admiradores de su pintura celebramos con él una cena-homenaje. Cada día eramás limpia su paleta, más logrados sus grises, más intactos sus blancos, más patente la atmósfera en sus cuadros, y a la vez mayor la fuerza plástica de su vibración cromática. Solía alejarse mucho del caballete para poder ver la pincelada que debía dar y que, desde luego, era maestra. Antes hacía puntería con su dedo engarabitado—a consecuencia de unas experiencias químicas de sus años mozos que le intoxicaron un tendón—. Los paisajes, melancólicos, siempre estaban animados por personajes perfectamente definidos, encajados en el panorama y tan importantes como éste. Pintura auténtica desde el punto de vista de la pintura pura, por lo que sin daño podía asumir la calificación de pintura literaria y aun gustar para sus lienzos de una temática anecdótica, de escenas palpitantes de vida, pero como difuminadas en el recuerdo, en una nostalgia con rasgos de agua-

fuerte. Mostraba un amor humorístico, una inteligente ternura por las cosas viejas de antiguas y olvidadas poblaciones, por las solemnidades aldeanas con sombrero de copa, por los barcos y los vagabundos de otro tiempo.

En estos últimos años sus cuadros han sido materialmente arrebatados, y no a los precios que se merecían, de los paneles donde eran expuestos. El día que los grandes mercados advierten lo que el viejo y olvidado Ricardo Baroja hizo cuando estaba ciego otorgarán después de muerto el autor—como casi siempre—la cotización merecida.

Leonardesco en su vida, con algo de goyesco en su obra, fuertemente personal, sin embargo, es curioso que, como Goya, como Dostoyewski, como casi todos los grandes creadores, alcansas la cima de su arte cuando le fué preciso, ya viejo de ochenta años, ganar dinero para vivir, entregarse al trabajo sin veleidades y servir a un público.

Su sobrino Julio Caro cree que tengo razón, que si no a don Ricardo, que se divertía mucho, sí a su obra, le hubieran ido mejor más necesidad y menos facilidades, pues favoreció la dispersión experimental en la juventud y aun en la madurez el que hiciera aguafuertes y se los premiaran; una comedia, y se la estrenaran; un libro, y se lo publicaran, y así sucesivamente, hasta llegar a que un inventor como La Cierva le diera beligerancia y discutiera con él cuando preparaba el autogiro.

Don Ricardo venía padeciendo un cáncer a la lengua, para el que casi rechazó los auxilios de la ciencia, que ya hubieran sido inútiles. Dejó de hacer sus escapadas a San Sebastián. Bienabe Artia le hizo un retrato. Don Ricardo aún no había perdido el humor, y le hablaría de varios de sus autorretratos y de aquel retrato que le hizo Solana y que el mismo Solana, aun siendo íntimo amigo, quemó de rabia cuando le dieron un premio al Baroja aguafuertista. Recordaba estas cosas sin acritud, por lo que tenían de graciosas. En las últimas semanas dejó casi de hablar, pero no de fumar, de oír ópera por la radio, de escuchar lo que le leía su sobrino Julio, que eran trozos de poetas latinos; las biografías del diccionario Didot, que le apetecían—con especial detención en las de razonamientos más abstractos, por ejemplo, la de Newton—. Empezó a pensar en lo que dejaba detrás: sus colmenas, para su amigo de Vera, tan aficionado como él a las abejas, Javier Larumbe; sus cuadros, para su mujer, doña Carmen Monné, norteamericana de nacimiento, con la que se casó en 1919, a la que ha querido por encima de todo y por cuyo porvenir se preocupaba más que por ninguna otra cosa en las últimas semanas.

ALBERTO CLAVERIA

TODO EL PANORAMA DE
LA POESIA CONTEMPORANEA EN

"POESIA ESPAÑOLA"

Se publica un número cada mes y se vende a diez pesetas.

Pedidos y suscripciones en la Dirección y Administración: Pinar, 5. — MADRID

Vista aérea de Segovia, capital de la provincia, que está sufriendo una total transformación



Aurora Cuartero, ante el paisaje segoviano



DE LA FUENFRIA A MALAGOSTO
POR EL CAMINO DEL ARCIPRESTE

SEGOVIA LUCHA POR LOS REGADIOS

SE HA DUPLICADO LA
POBLACION DESDE EL
AÑO 1900

De nuestro enviado especial
AURORA CUARTERO

CUANDO, en pleno disfrute de una escapatoria montañera, cometí la temeridad de llamar a la Redacción para un asunto personal, no sabía que tenía que hacer un reportaje sobre Segovia. Y estaba escrito: estaba escrito en el fichero del redactor jefe sin que yo lo supiese.

—Tienes que ir a Segovia— me dicen.

—¡En Segovia estoy!

Y así era; me estaba dedicando a un recorrido de quimeras, ensoñaciones y remembranzas por la comarca, a pie, con el morral al hombro y con un bagaje de excentricidades suficiente, no ya para un reportaje, sino para veinte.

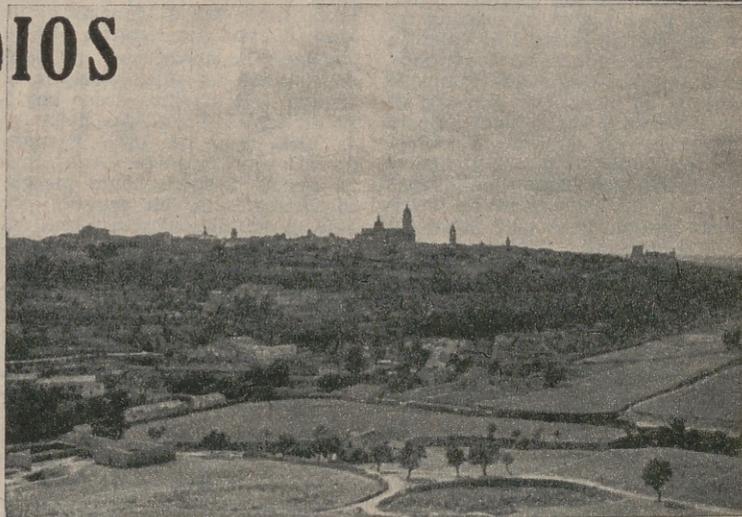
—¡Ah! ¡Estás en Segovia?— me dice la voz por el teléfono—. pues, ¡duro! Hazlo ya.

Tú no sabes, lector de EL ESPANOL, qué sentido intenso y fatídico tiene en nuestra Redacción el adverbio ya. Pero como lo estamos haciendo ya, ven conmigo.

POR LAS VEREDAS VIEJAS DE LA MONTAÑA

Salimos de la misma frontera de la provincia. De la Fuenfria, donde el arcipreste de Hita se encontró con Aldara. No conoceréis Segovia si no conocéis la montaña antigua.

Desde Malagosto a la bajada de Revenga, sin dejar las cum-



bres, a espaldas de la «Muerta» y sin abandonar nunca la raya provincial, la montaña segoviana próxima a Madrid forma un anfiteatro de gigantes, casi un cuarto de círculo, que rodea los valles padres del Eresma: el del Cambrones y el del Balsain; ese anfiteatro tiene dos peladas atalayas que se miran en los dos extremos del arco y dejan entre una y otra la embocadura de los valles hacia la inmensa extensión de Castilla. Una de esas atalayas se llama precisamente así: la Atalaya. La otra es el cerro de Matabueyes. A partir de ambos es desde donde la sierra empieza a elevarse con los «bemoles» de sus puertos y los «sostenidos» de sus cumbres. Malagosto, Regajos, Llanos, el Reventón, Puerto del Tío Blas, Peñalara, Peña Citorres, Navacerrada, Siete Picos, Montón de Trigo, la Mujer Muerta. En todo ese circo, sólo en algunos sectores se suelen ver los automóviles en batería junto a la carretera, con «chalets» a la espalda, que son una verdadera ilustración de «Life». Este reportaje se mete por la sierra de los

Vista panorámica de Segovia

pastores, de los guardabosques y de los Reyes. En ella están las casetas de los madereros, que se renuevan en el mismo lugar desde Carlos III hasta hoy. Adentrándose en ella oiréis el perpetuo y armonioso ritmo de los hacheros nunca se sabe dónde, invisible siempre, en algún sitio disimulado por la espesura; escucharéis el ritmo de vuestros pasos, el recogido sonar de las propias pisadas sobre la trocha; a una portentosa distancia, en el silencio y limpidez del aire, contaréis nítidas, lentas y remotas las doce campanadas del reloj de La Granja; y oiréis siempre, más fuerte o más tenue, el ruido del viento en el bosque, que de tiempo en tiempo se alza en crescendo, con el mismo ruido majestuoso del mar. Ni una bocina ni un gramófono. Os habéis encontrado, dentro de la decencia impuesta por vuestra condición y la mía, con otra Aldara que sale del



Calvario de Riaza

pinar recóndito para enseñaros la montaña que no conocéis.

POR LOS CAMINOS DE SERTORIO Y POMPEYO

Desde Fuenfria bajamos en línea recta por un camino imponente y venerable, la calzada romana, que se lanza con valentía casi en recto los más de los tramos. Este camino, desde que Pompeyo mataba en masa a los arévacos en Sepúlveda; y las espaldas de la Muerta y del Montón de Trigo podrán contaros del paso de las legiones pompeyanas y de las asechanzas de los jinetes de Celtiberia galopando a pelo sobre caballos menudos y serenos, los caballos serranos, ágiles como cabras e insensibles a la inmediatez de los despeñaderos, los hoy llamados «blases», fuertes y tranquilos como burros.

Al fin del último tramo conservado de esta calzada transprovincial nace la carretera de Carlos III, la carretera forestal. Es un camino prohibido al tráfico de combustión, recorrido por caballos y por carretas; una ruta inédita, llena de olor a tierra y a pinocha mojada.

LA VENTA DE LOS MOSQUITOS

Desde aquí, desde la Fuente de la Reina, al pie de la calzada romana, podríamos seguirla; pero vamos a ir por otro lado.

Allá abajo y al Norte está La Granja; al Este, y siempre a

nuestros pies, está la Venta de los Mosquitos. ¿La ves? Ten un poco de fantasía. ¡No, no son unas ruinas en el bosque! La Venta, al pie de las Siete Revueltas, está llena de ajeteo, bullicio y buena mesa, porque es la posta de las diligencias desde Madrid, por La Granja, hasta Cuéllar. Da ahora con un poco de esfuerzo un salto atrás en el tiempo. ¿No estamos acaso hoy a 22 de septiembre? Pues bien, no de 1953, sino de 1832. Fernando VII agoniza en La Granja para revivir después como un gato; hacia allá ha pasado por aquí en su «landeau» una viajera de rango que ha venido forzando las postas desde Sevilla exclusivamente para darle una bofetada a un caballero. De madrugada ha llegado ahí, a la Venta, la infanta Luisa Carlota fuera de sí, con lágrimas en los ojos y crispada por el paso de los minutos.

Damos ahora un salto en el espacio y, bajando por el último tramo de la real carretera forestal—este tramo se llama Camino de la Pesca y cruza un trozo de pinar digno del Canadá—pasamos la casa de los guardas forestales y llegamos a la Venta. Septiembre alpino significa fuego encendido en la chimenea; un poco de «vino, pan y tocino»—no existen todavía, como sabrás después, los chorizos de Cantimpalos—, y a la berlina de la diligencia, que va a marchar.

Ahora lanza todo su tren la diligencia carretera adelante, entre el aroma de los pinos y de la lluvia. Todavía el zagal lleva la gorra llena de luciérnagas con que la adornó antes del día, durante la lenta, peligrosa bajada del enorme tiro de caballos, por las Siete Revueltas; habla a gritos con el mayoral, y como no le oye se baja, adelanta al tren corriendo a carrera tendida, pegándose con los talones en el trase-ro; se deja después alcanzar, salta al estribo. A nuestra derecha se alza negro e imponente, lleno de barrancos, el pinar de Peña Cítores; a nuestra izquierda, las tres moles gemelas de las Camorcas, y todo el camino está lleno de olor a pinocha, a lluvia, a tierra mojada. ¡Hala, hala, con las canciones del postillón, con el ruido de las campanillas y el restallar de los látigos! Boca del Asno, Vado de la Reina, Balsain, Pata de la Vaca, Cruz de la Horca, La Granja...

La diligencia para ante la Puerta de Segovia; los viajeros elegantes como tú y como yo se bajan aquí, a la entrada del Real Sitio. Luego sigue el tren hacia la carretera, que se mete en Castilla, camino de Cuéllar, y antes de salir se detiene más tiempo en la otra casa de postas que está, dentro de un gran jardín, justo frente a la Fábrica de Cristales, la antigua fábrica de cristales, que ya ha muerto hace tiempo.

LA BOFETADA A CALOMARDE

Todo ha ocurrido ya. La infanta Carlota le ha pegado a Calomarde la bofetada que le tenía guardada y ha hecho añicos el codicilo de reposición de la Ley Sálica. No puedo hacer más que enseñarte ahora mismo el pabellón donde ha acaecido la trifulca.

Antes verás la Fuente de Diana, donde Felipe V se dignó comentar: «Cinco minutos me has divertido y cinco millones me has costado.» La Fuente de la Fama, a la derecha, no tiene más gracia que la fabulosa altura de su chorro, visible desde la torre de la catedral de Segovia, adonde llegaremos mañana. Frente a Palacio, la Cascada Nueva, cascada de artificio donde el agua baja bella y opulentamente por su lecho de mármol blanco; y a las espaldas, como remate de sus tramos, un pabellón medio rosáceo que en la media luz parece casi



Castillo de Coca



Castillo de Pedraza

un gran camafeo. ¡Ahí ha sido el lío! Ahí cayó Calomarde. Todo lo demás es aquí tan bello como sumiso. Versalles manda.

«La fachada de Palacio? Igual a la de Versalles, sólo que cuando cara a un fondo de abrupto y grandioso ascenso, en lugar del bello fondo en descenso de su modelo. A la extrema derecha de la fachada, la Fuente de la Carrera de Caballos, cuya belleza no está tampoco en el monumento, sino en el juego de agua. A la derecha del Palacio, fuera de la fachada y en descenso de tres juegos de gradas, tenéis las Fuentes de la Selva, la Ría, la Casca-da Vieja.

«PASANDO UNA MAÑANA POR EL PUERTO DE MALAGOSTO...»

Por los puertos, que antes os mostré, del Reventón y de Malagosto, allá por las cimas altas y redondas donde Guadarrama se va convirtiendo poco a poco en Somosierra, estamos otra vez en la ruta segoviana del Arcipreste.

Antes de salir de La Granja—donde anocheamos en el siglo XIX y hemos amanecido en el XX—nos hemos asomado a la venerable Fábrica de Cristales, que hoy produce aislantes, lana y guata de vidrio, y es uno de los puntales provinciales de trabajo industrial.

La Segovia cimera es por esa parte pelada y terrible; sus puertos son muy poco más bajos que la cima de Peñalara, extendidos, desnudos al cierzo. Pero si recorréis conmigo en este día apacible de septiembre esa estepa tendida a la media de 2.000 metros, entonces pasaréis por un luminoso dominio de cimas, por un suelo regular y blando, en el que alternan el verde de los pastos y el bronce desmayado de los he- lechos de otoño. Esas son las praderas altas que se llaman los Regajos Llanos. No bajemos al valle del Cambrones, puesto que, camino de Sotosalvos, habríamos de subir otra vez la pendiente. Damos la vuelta por las cumbres solitarias y cegadas de luz y estamos en el Puerto de Malagosto, donde nuestro amigo el Arcipreste fué saqueado y algo más por otra serrana. Abajo están las dehesas donde se apacientan las toradas, y oídos desde aquí cómo se llaman y se contestan con sus tardos mugidos apacibles. Al filo de un ribazo nos detiene un redoble profundo; y un rebaño de caballos asilvestrados se lanza al galope, huyendo, con las crines y

las colas al viento. Dos alazanes —madre e hijo—se han rezagado y se han vuelto a mirarnos; mientras descansamos están de hito en hito en nosotros, preparados para la fuga, las orejas enhiestas, azotando sus flancos con las colas, hasta que, hipnotizados por su propia atención, se quedan dormidos con las cabezas apoyadas una contra la otra.

La raya de Malagosto peina a ambas vertientes como dos pelos simétricos en la cabeza de un calvo: el arroyo Cambrones y el arroyo Pirón. A orillas del último está el viejo molino de su nombre, que vió pasar en descubierta a los ballesteros de las Comunidades, y la majada de la Pellejera, testigo también de la historia segoviana. Desde allí descendemos, como por entre gigantescas tortugas escalonadas, por entre las estribaciones que parecen bajar al galope sobre la llanura, idénticas entre sí, escondiendo en sus partes más bajas las vueltas y las revueltas del camino. En Torrecaballeros nos espera el automóvil.

CAMINO DE LA LLANURA SEGOVIANA

Tres Casas, Torrecaballeros, Sotosalvos, Navafria, Villarejo, Riaza, forman la línea de avanzadillas de Segovia cara a la sierra. Desde Navafria, donde comienza la repetición forestal de Guadarrama, después de haber pasado por Sotosalvos y su iglesia románica, nos lanzamos camino de Pedraza.

Luvia en Castilla. A ambos lados de la carretera veréis perpetuamente el mismo cuadro: un hombre inclinado, cubierto con una manta parda, tras el arado, que nunca tira yunta de mulas, sino de bueyes, lentos, consecuentes, idénticos como una estampa castellana de la eternidad. Al pie del Molino de Pirón empieza un tramo extensísimo de repoblación forestal; al paio de los pinares de Navafria nos separamos de la sierra, camino de Sepúlveda.

Tierras viejas que nos hablan del origen del mundo en su calma armonía; estratos salobres —blancos, morados, rosáceos, amarillos—en un yermo de catorce kilómetros en fondo. Cuando nos acercamos a la cuenca del Cega aparecen en las parameras esos remiendos poligonales de la milenaria pelleja de Castilla—rastrosos y barbecho, barbecho y rastrosos—. Y siempre, contra el nebuloso cielo, en la comba cimera de los ribazos, la eterna si-

lueña: la yunta de bueyes, el hombre inclinado con la manta parda sobre su cabeza.

PEDRAZA, LA SILENTE

«Limosna al Santo Cristo» está escrito a la puerta de la iglesia.

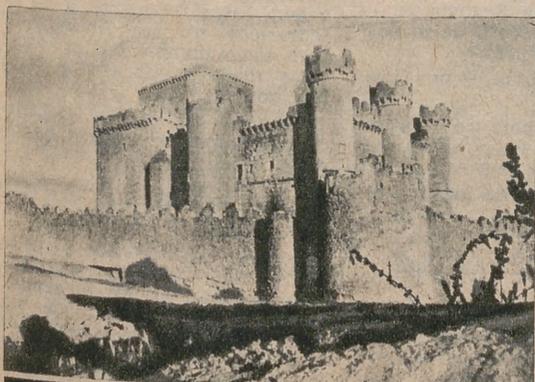
En el centro de la plaza, toda velada por la lluvia y circundada de arcos conopiales, crece un olmo. El coche ha llegado hasta allí y se ha encaramado hasta la enorme terraza del castillo. En vuelta en mi impermeable me llevo hasta el pretil. Pedraza parece una proa—confluencia del Cega y del Gallegos—vuelta hacia el infinito océano de Castilla, el arrogante mascarón de sus torreones.

La villa de Pedraza, sin agua, se vació en la vega y creó un pueblo nuevo—La Velilla—, que exhibe allá abajo sus casas de hechura novísima. Pero tú y yo, lector, estamos aquí, en la presencia venerable de las calles y de las casas muertas. Mi palabra de honor te doy de que en mi recorrido de la ciudad no he visto más cosa viva que esto: la cabeza de una vieja que, al ruido del motor, salió como un cuco de reloj por la rendija de su puerta. Luego, nada. Ni siquiera los galgos flacos y agudos de Antonio Machado. Una ciudad silente, en cuya posada el pernoctar sería para mí un sueño maravilloso y terrorífico al tiempo. Por lo cual no pernocté.

Callejas abandonadas, casas góticas de piso superior volado, por cuyas balcones los vecinos pueden estrecharse la mano de fachada a fachada; arcos carpaneles, arcos conopiales y —¿Venecia aquí?—balcones que rompen las esquinas y que pregonan la ago-



El Alcázar de Segovia



Castillo de Turégano



Castillo de Castilnovo



Vista aérea de la catedral de Segovia



Una calle de Sepúlveda

nia de la Edad Media y la llegada del Renacimiento.

De Pedraza al condado de Castilnovo, la tierra de los alcóres se hace roja y semicubierta de mata, con esa barba sin cerrar que forman los robledales en la falda de la montaña.

A continuación, la fortaleza, con sus torres redondas, verdadero castillo de leyenda, perfectamente conservado a causa de que lo habitan sus dueños. Y después, otra distancia larga en la nostalgia de la lluvia incesante. Rastrojos, barbechos y tiemblos, los eternos tiemblos castellanos entre los bancales.

EN SEPULVEDA SE ENCABRITARON LAS EDIFICACIONES GEOLOGICAS

Cuna de los arévacos y madre de los jinetes de Celtiberia, no sé si sabréis que Sepúlveda fué una segunda Numancia, donde Pompeyo hizo matanzas en masa y la diezmo.

Me acordé al verla de haber dicho una vez que las hoces anchas y fértiles del Júcar y del Huécar parecen hendidas en madera rojiza, y que sus despeñaderos están alzados como a fuerza de arrancar astillas de una tea. La hoz profunda, granítica y sombría del Duratón parece una vertiginosa escombrera de hierro, cuyo fondo, como no os acerquéis, se mantiene encubierto por la angostura del barranco.

Junto al puente está la Silla Vaquera, que parece la rebeldía de la tierra vuelta contra el cielo. Es una roca de esa forma, de silla de caballo, cuyos estratos se alzan casi hasta la vertical, como en montaña rusa, y pintan los enormes espasmos de la tierra, encabritada como un caballo a lo largo de los milenios geológicos.

Subimos a San Bartolomé y a Nuestra Señora de la Peña, con su maravilloso timpano románico. Antes de marcharnos hemos visto el original de los fueros de Sepúlveda, modelo institucional de la Edad Media castellana. Y otra vez a navegar por la llanura, llevándonos grabada en la memoria esa extraña hechura de la tierra encabritada, rebelde a su propia ley, que parece el ge-

nio y la fatalidad de las tierras celtiberas.

Kilómetros y kilómetros de llanura por entre cultivos de secano y pinares resineros de ese pino «negral», oscuro, monótono y viril, tan diferente al pino de la sierra. Pasamos con una velocidad cinematográfica por los pinares resineros de Veganzones y Valdesimonte, y hétenos en Turégano, ya al final de nuestro viaje.

TUREGANO: UNA IGLESIA EN EL CASCARON DE UN CASTILLO

Cogido desde un mal ángulo, el castillo nos da al principio un poco de risa, porque parece un cascarón dejando salir su pollo: dentro de él hay una iglesia de transición.

Desde su pie, Turégano es un soberbio castillo, alzado en esa hermosa y caliente piedra dorada de Segovia, la misma de la catedral, y el pueblo es, ahora entre dos luces, cuando la noche nos persigue y nos da empellones hacia Segovia, una gran plaza de soportales, y a la vez nuestra última visión de este día agotador.

Mañana amanecerá el día periodístico en el despacho del Gobernador y comencaremos a visitar Segovia «por dentro».

AQUI HEMOS VENIDO A «ESCARBAR»

Lo primero que aguarda al periodista en el despacho del Gobernador Civil de Segovia es la cordialidad que rebosa de la persona del señor Marín.

—¿Conoce Segovia?— me pregunta.

—¡Que si la conozco! Es mi tierra adoptiva. Pero no la conozco por dentro, y a eso vengo.

—¿Entonces, ¿viene usted a escarbar?

—¡Pues claro!

—¿Qué es lo que ha visto ya en este viaje?

—Sin escarbar, sólo ayer desde el coche, he visto muchas escuelas nuevas y muchas casas para maestros...

Después, al escarbar por mi cuenta, he sabido que hay casas

para que haya maestros, y que las preocupaciones fundamentales y sinceras del actual Gobernador son la social y la cultural.

—He visto también muchas casas para médicos, Centros de higiene...

Sin casa tampoco hay ni Centro ni médico.

—Y he vuelto a ver la zona serrana de Segovia hasta Sepúlveda. Por cierto que en Sepúlveda me han hablado de una edición muy importante de los fueros...

—Pues si la quiere usted ver, aquí la tiene...

Está, en rama y parte en galeradas, sobre la mesa del Gobernador.

Toda persona más o menos en contacto con la rama de Historia de la Universidad o las correspondientes Secciones del C. S. I. C. ha meditado alguna vez con amargura sobre el hecho de que la labor más considerable de historia de las instituciones españolas, la del profesor Gunnar Tjander, haya tenido que estar, por serlo así, en el haber de la investigación extranjera. Los lectores de EL ESPAÑOL pueden ya ahorrarse esa amargura.

La edición de los fueros de Sepúlveda está hecha con el apoyo económico del Gobierno provincial y personalmente dirigida por el señor Marín. Consta de una edición crítica del Fuero, por el profesor de Paleografía señor Sáez; el estudio filológico del mismo y el históricojurídico se deben, respectivamente, a los catedráticos señores Alvar y Gilbert, cuyo nombre en las respectivas materias no voy a descubrir yo.

—Ahora— me dice el Gobernador al despedirme— deseo que es-carbe usted mucho.

DOBLE POBLACION QUE EN 1900

Segovia ha duplicado su población desde comienzos de siglo. Pero además, en un proceso general de renacimiento de vida provincial—que repite en todas ellas, de un modo curiosísimo, los mismos problemas—, las exigencias del nivel de vida se han elevado de un modo parecido. De



Calle Real, de Pedraza



Iglesia de Villacastín

resultas, Segovia, en los últimos años, era prácticamente una ciudad sin suministro de agua. Ese enorme problema ha quedado resuelto con la construcción del pantano de Revenga, con capacidad para dos millones y medio de metros cúbicos. Se une a los depósitos por un canal cubierto de 11.357 metros de longitud. Su coste alcanza la suma de trece millones y medio de pesetas.

El problema de la vivienda, con la valentía con que se ha emprendido, puede estar resuelto en un año. Entre los bloques edificados por el Ayuntamiento, los de la Organización Sindical—Grupo «Ledesma Ramos»—, la Colonia «Pascual Marín», suman unas 1.372 viviendas. Cuestan las casas unas 90 pesetas como tipo de alquiler máximo, y los inquilinos se hacen en siete años propietarios de su piso mediante la entrega previa de 7.500, para los cuales hace préstamos al 3 por 100 el Crédito Laboral.

En la Colonia «Pascual Marín» hay dos muchachas trabajando en la edificación de su casa; los beneficiarios tienen en estas casas una ganancia líquida: el terreno, propiedad, a fondo perdido, de la Organización Sindical. Los materiales los compran con crédito también de la O. S., que patrocina la Obra con la cooperación de los Ministerios de Trabajo, Gobernación, Ayuntamiento y Diputación. Hay aquí—ya habitadas muchas de ellas—90 viviendas. La O. S. proyecta adquirir más terreno y hacer nuevos lotes. La ayuda técnica, tanto de los arquitectos como de los maestros, es de la O. S.

En la altura, cara a la sierra, donde las viviendas se están construyendo, el viento llega frío y puro, pero no interrumpe el trabajo de las muchachas.

—¿Y cuándo se vienen ya a vivir aquí?—les pregunto.

—¡Pronto!

—¿Sí? ¿Y se han hecho la casa ustedes solas?

—¡Ca! Los hombres vienen a trabajar las fiestas.

—¿Vienen porque quieren o tienen ustedes que empujarles?

—¡De todo!—me contesta la una, mientras la otra se ríe—. Porque lo que tienen las dos al-

bañilas es tan buen humor como yo feminismo.

SEGOVIA EN LUCHA POR LOS RIEGOS

Sabemos ya, en resumen —porque los hemos visto en los trayectos de ayer y de anteayer—, cuáles son los cultivos fundamentales del campo segoviano.

Aparte de la gran proporción de pastos, las zonas preponderantes de cultivo son la cerealista y la forestal, de las que se derivan dos tipos de industria: fábricas de harinas y gallinas, sopa y mollienda, por un lado; por otro, aserrios —con instalaciones menos importantes— y destilación de colofonias —con instalaciones más importantes. Al costado de éstas dos ramas industriales están las artesanías. Y finalmente una gran industria aislada: la de achicoria, en Coca. Otra gran riqueza, la lana, no se elabora aquí.

Si hacemos un cómputo por cultivos de la provincia de Segovia nos hallamos con estas proporciones: viñedos, 1,45 por 100 (10.102 hectáreas); pastos, 10,84 por 100 (75.271 hectáreas); pino negral (resinero), 12,08 por 100 (83.890 hectáreas); pino de Balsain (maderero), 2,55 por 100 (17.744 hectáreas); secano (cereales y baldíos), 68,89 por 100 (457.718 hectáreas); regadío, 0,51 por 100 (3.534 hectáreas).

Estas 3.000 hectáreas regadas significan una lucha palmo a palmo con el problema financiero.

Se han puesto últimamente en riego, para ser añadidas a la cifra que damos más arriba, 379 hectáreas en la comarca de Cuéllar; doscientos propietarios se benefician con esa obra, que toma el agua del río Cega, y cuyo importe ha sido de 5.381.886 pesetas. En Nava de la Asunción se han regado con obras de elevación en el Eresma 365 hectáreas para ciento cuarenta beneficiarios, con un gasto de 2.500.000 pesetas. En Cuevas de Provanco se han puesto en riego 120 hectáreas por un coste de 423.931 pesetas.

Para esta obra se sigue una fórmula de financiación en régimen cooperativo: unos cuantos interesados en el riego se reúnen y forman una entidad privada;

este grupo se dirige a la O. S. de Colonización o al Instituto y éstos les facilitan ayuda técnica —gratuita— y económica en forma de préstamos, de tal suerte que son los propios recursos privados los que, en su mayor parte, van resolviendo el gran menester de los regadíos.

La mayor parte de éstos grupos representan zonas de huertos familiares, de los cuales se han entregado durante el último año 330. Veintiocho de ellos lo fueron en mi presencia; tuve la fortuna de alcanzar el acto en los pocos días que permanecí en Segovia y pude ver la unión entrañable entre los nuevos propietarios y la Jefatura Provincial y Delegación de Sindicatos.

LA BATALLA AL PARO ESTACIONAL

Entre esas hectáreas regadas «a pulso», mediante derivación de ríos o mediante pozos, hay un cultivo de interés especial desde el punto de vista social, que es el de la remolacha. En las hectáreas regadas los cultivos de la remolacha alternan en rotación con los cereales y la patata. Hay, pues, en esas zonas, los jornales corrientes de los cultivos de secano, que son los de verano y los de sementera, fuera de los cuales no hay ni un solo jornal de primavera y casi ninguna de invierno, no siendo mozos de yunta o criados fijos. Pero a mediados de noviembre se recoge la remolacha y la campaña dura hasta mediados de enero, época en la que se necesitan muchos brazos para la limpieza y corte de los cuellos de la raíz. Sin ese trabajo en la zona no habría un jornal. Llega marzo y la siembra de la remolacha ocupa otra temporada, con la que hay trabajo de hombres y de mujeres hasta que llega la campaña de verano.

El auge del cultivo de la remolacha en Segovia —hay que observar que España es todavía un país deficitario de azúcar— da estas cifras: De 1950 al 51 se producen 40.000 toneladas; de 1951 al 52, 55.000 toneladas; de 1952 al 53, 125.000 toneladas.

EL AGUA, LA PRIMERA MATERIA PRIMA SEGOVIANA

Segovia, debido a su gran altura, es una provincia que no reci-



Grupo de viviendas «Ramiro Ledesma», construido por la Organización Sindical



Dos beneficiarias de la colonia «Pascual Marín», construyéndose su casa



La colonia «Pascual Marín» de viviendas protegidas, que se está levantando en Segovia



Toda la familia trabaja en la construcción del nuevo hogar

be agua de ninguna otra. Hay un buen régimen de lluvias en la vertiente Norte de la sierra, pero además cuenta con el «depósito regulador» de sus gigantes montañeros, cuya media de 2.000 metros de altura significa, prácticamente, nieve perpetua.

La importancia de sus ríos es ésta:

Primero, el Duraton —el río de los arévacos en la vieja Celtiberia—, con un caudal medio de 4,6 metros cúbicos por segundo. En él está la más importante presa segoviana, la de Burgomillado, con una potencia de 4.000 K. V. A.

Sigue en importancia el río Eresma: 4,2 metros cúbicos por segundo. Alimenta varias centrales en régimen de agua fluyente, con potencias de entre 50 a 100 K. V. A. Hay un proyecto de la Confederación Hidrográfica del Duero, que construirá un embalse de 50 millones de metros cúbicos en el término de Bernardos.

Los ríos Cega, Pirón, Riaza, Voltoya y Moros alimentan centrales de menor importancia, comprendidas entre los 25 y los 100 K. V. A.

ARTESANIAS DE AYER Y DE HOY. CANTALEJO

Los artesanos de Segovia dieron a la ciudad, en la baja Edad Media y hasta el siglo XVI, empaque europeo de ciudad industrial. Las piezas salidas de los talleres de Segovia reponían el guardarropa de nuestros tercios y batían el récord de producción: ¡25.000 piezas al año! Enrique VIII de Inglaterra guardaba con orgullo en su guardarropa dos trajes de paño segoviano. Era San Millán el barrio de los pelaires, que resonaba de sol a sol con el ruido de los batanes.

No queda de aquello nada. Quedan en la capital artesanías de arte —bordadoras cuyos trabajos son recogidos, expuestos y vendidos por la O. S.— y la cerámica de Zuloaga, que es ahora taller-escuela, subvencionada por el Gobierno Civil.

Queda, mejor dicho, ha nacido ahora, un gremio artesano sumamente interesante, porque es a la vez una cooperativa de producción laboral: la Unión Trillera de Cantalejo.

Cuatrocientos talleres hogareños, en los que el trabajo se racionaliza dentro de la esfera familiar, se han unido espontáneamente para formar un grupo de cooperación laboral.

Antes, las cuatrocientas familias, calculando con tiempo las necesidades de cada cosecha —allá por marzo o abril—, enviaban lejos del pueblo al padre o a uno de los hijos, que salía en el carro cargado con los trillos. Ahora, la Cooperativa absorbe la producción total, así como el trabajo de los harneros y criberos, y monta comercialmente la venta de la producción colectiva. Se construyen actualmente unos 30.000 trillos anuales, con elaboración de unos 10.000 metros cúbicos de madera. La Cooperativa ha montado un sistema genuino y castizo de acciones, en las que no encontraréis un solo tecnicismo exótico. Se clasifican sus accionistas en «trilleros de cien trillos», de doscientos o de trescientos, con cotiza-

ción anual de mil, dos mil y tres mil pesetas. La Cooperativa adquiere madera y los instrumentos mecánicos para su preparación.

CANTIMPALOS: CHORIZOS SEGOVIANOS EMBUTIDOS EN TRIPAS INDIAS

El señor Alcalde de Cantimpalos es el primer fabricante de chorizos.

—Señor Alcalde—preguntamos— ¿Cuántos kilómetros de chorizo vienen ustedes a fabricar por año?

—Actualmente hay en Cantimpalos once fábricas; entre todas producimos unas quinientas toneladas por año.

Lo bastante para tender varias líneas telefónicas desde Cantimpalos a Madrid.

Si allá por el año 1900 hubierais buscado en Madrid y en la plaza de Matute un tal señor Barona, ese señor os hubiera contado—a nosotros nos lo cuenta el señor Alcalde como memorias de su nifnez—cómo a sus paisanos, por aquella época, empezaban a sobrarles tantos chorizos que pensaron por primera vez en venderlos, y le nombraron su representante.

No había todavía tren a Segovia, y los vendedores lo llevaban a pie o en burros desde Cantimpalos; primera etapa: Cantimpalos-Villalba; segunda etapa, Villalba-Madrid, ya en tren desde muy a principios de siglo.

El chorizo es cosa sólo española. Fuera de nuestro país existen solamente embutidos del tipo de las morcillas o salchichas. En Portugal, nuestro interlocutor fabricó durante algún tiempo chorizos del tipo de Cantimpalos y no salían igual, por la diferencia del pimentón.

Mientras visitamos la fábrica y vemos un enorme kilometraje de chorizos embutidos en tripas traídas de la India, nuestro amigo nos cuenta que los principales países de exportación son sudamericanos: Méjico y Cuba. Dentro de España, el mayor consumidor es Madrid.

—En Argentina—nos dice—existe un individuo que ha patentado la marca «Cantimpalos» para chorizos falsificados.

—Y entonces, para vender allí chorizos auténticos de Cantimpalos, ¿qué hay que hacer?

—¡Pues ya lo sabe usted: llamarlos de otro modo!

COMO EPILOGO, OMITIMOS EL ACUEDUCTO

Y ya me despidió de nuestros amigos, en cuya compañía me he asomado a casi todas las troneiras de este reportaje. Y lo peor es que me despidió de ellos y tomo el tren sin haberos hablado del Acueducto y lo demás.

Y algo hay para decir: la enorme labor de la Comisión de Urbanismo, modernizando la vía de acceso a Segovia, despejando los escenarios de arte y tipismo, derrumbando todos los tapones anodinos que los obstruían y abriendo en su lugar plazas y avenidas.

El resto lo podeis ver en el Espasa.

(Fotografías de Paris, Transmar y Aerotecnia.)

EL TESTAMENTO ESPIRITUAL DE BENITO MUSSOLINI



La tumba de donde fueron robados los restos mortales de Mussolini

UN RAYO DE LUZ MISTICA ALUMBRO LOS ULTIMOS DIAS DEL DUCE

Por Julián CORTES CAVANILLAS

(Desde ROMA)

DE muchos años —al menos desde que yo llegué a Roma en 1945— se viene discutiendo si existe o no un testamento espiritual de Benito Mussolini. En las Memorias, Memoriales, Diarios y testimonios que profusamente se han encargado de publicar, quizá con más fantasía interpretativa que con documentos serios, muchos de los actores y bastantes comparsas del régimen fascista, ninguno ha sabido reflejar la transfiguración íntima del Duce en orden a un renacimiento de activa y fervorosa religiosidad. La tremenda desilusión provocada en su ánimo por la catástrofe guerrera, por la votación adversa del Gran Consejo del Fascismo, por la deserción de las masas que por tantos años le fué propicia, por su destitución seguida del sequestro de su persona y por la propia convicción de haber fracasado en una aventura profundamente trágica en tiempos que ya no eran los de Garibaldi, pusieron en trance de meditación y de examen de conciencia un espíritu que por veinte años había cabalgado al galope. Y en el destierro, en la soledad prisionera de una pequeña isla, después de cuarenta años de haberse olvidado de Dios, un buen párroco pu-

so a Cristo delante de Mussolini, y el pobre dictador vencido, alzó su clásica figura de César para escuchar las viejas y eternas palabras del Evangelio. Fué un rayo de luz mística que ya no le abandonó hasta la muerte. Incluso su efímero poder—de Limbo, como él lo calificó—de la República Social ahondó más profundamente el surco de sus meditaciones religiosas. Y con mano temblorosa escribió, efectivamente, un testamento espiritual en las vísperas de su tránsito definitivo. ¿Es éste el que dice poseer un tal Lombardo, ex partisano antifascista, actualmente residente en Suiza, que asegura haber recibido de Mussolini algunas hojas manuscritas antes de ser fusilado, que contienen un mensaje al pueblo italiano?

YO PERDONO A CUANTOS NO ME PERDONAN

Existe en Italia una autoridad máxima, el doctor Duilio Susmel, que se ocupa de la publicación en 35 volúmenes de la «Opera Omnia» del Duce y que, por el examen caligráfico, asegura que tal documento es auténtico,

y aun la propia familia de Mussolini no tiene ninguna duda en cuanto a que es obra de su puño y letra. Por otra parte, de tal testamento deben existir copias, ya que en un piadoso «Recordatorio», profusamente distribuido al celebrarse una misa el 28 de abril de 1951, conmemorando la fecha de su muerte trágica, a la que asistí, se consignaba la mayor parte del texto, que reza como sigue: «No es la fe que llega en las horas del crepúsculo la que me sostiene, sino la fe de mi infancia y de mi vida, que me impone el deber de creer. No sé si estos apuntes serán leídos por el pueblo italiano. Pero me gustaría que lo fuesen para darle la posibilidad de recoger, en confesión de fe, mi último pensamiento. No sé siquiera si los hombres me concederán el tiempo suficiente para escribirlo. Veintidós años de Gobierno no me hacen, probablemente, digno, en el juicio humano, de vivir otras veinticuatro horas. He creído en la victoria de nuestras armas como creo en Dios Nuestro Señor: pero más todavía creo en el Eterno, ahora que la derrota ha constituido la prueba sobre la cual debemos llegar a mostrar al mundo la fuerza y la grandeza



BENITO MUSSOLINI

DUCE D'ITALIA

DOVIA DONGO
29 LUGLIO 1883 28 APRILE 1945-XXII

ITALIA, 28 APRILE 1947 - XXIV

†

IL SUO AMORE PER L'ITALIA
CHE VOLLE ED EBBE GRANDE
LIBERA E RISPETTATA
IOTTÒ CONTRO L'ODIO
DI EGEMONICHE POTENZE
CHE LA NOSTRA PATRIA VOLLERO
DEBOLE DERISA E SCHIAVA

TRADITO DAI VENDUTI ALLO STRANIERO
DAI VILI CHE NON CONOBBERO IL DOVERE
DAI DISONESTI PRIVI DI ONORE

UCCISO DA CHI TEMENDO
L'INESORABILE GIUSTIZIA
VOLLE CONTINUARE AD ASSICURARSI
LA LIBERTÀ PERSONALE
SACRIFICANDO QUELLA DELLA PATRIA INTERA

Fotocopia del recordatorio distribuido profusamente en Italia en el segundo aniversario del asesinato de Mussolini



Raquel Mussolini (viuda del Duce) y su hija Edda, condesa Ciano, durante la boda de Raimunda Ciano, en Roma

de nuestros corazones. Es un hecho indiscutible que la guerra se ha perdido, pero no es menos cierto que no se es vencido hasta que uno no se declara vencido. Esto deberán recordar los italianos sí, bajo la dominación extranjera, llegan a sentir el insofocable renacimiento de sus conciencias y de sus espíritus. Hoy yo perdono a cuantos no me perdonan y me condenan, condenándose a sí mismos. Pienso en todos aquellos a los que les será negado por años el amar y el sufrir por la Patria, y quisiera que fuesen no sólo testigos de una derrota, sino alféreces de una revancha.»

UNA CARTA A SU HERMANA

Esta exhortación a la revancha —a la «rivincita»— que oscurece a la belleza del testamento tiene, sin embargo, una continuación

en el documento original, que añade como complemento: «¿Dónde y cuándo? Esta es una interrogación a la cual nuestros mismos adversarios del Occidente se verán obligados a dar la misma respuesta que nosotros.» De esta manera, la oscuridad del testamento con la palabra «revancha» desaparece, y en cambio se abre luminosamente una profecía escalofriante. Porque, efectivamente, ¿quiénes son hoy en el Occidente los que sinceramente no piensan en una revancha, aunque el mismo deseo se exprese con otras palabras? Este breve testamento espiritual de Benito Mussolini habría que completarlo con la carta que, en los primeros momentos de su exilio, escribe a su hermana Eduvigis, y que es donde anuncia su vuelta a la fe. En tal epístola, quien ha dejado de ser el Duce indiscutible de una Italia que aspiraba a ser la continuadora del antiguo Imperio romano, ha condensado sus amarguras en una serena meditación, afirmando su condición de católico y hablando de otro testamento, de su puño y letra, donde señala que quiere morir en el seno de la Igelsia. La carta es un prodigio de sinceridad, que ofrece buenos pilares sobre los cuales la Historia podrá reconstruir, con certeza de perfiles, la figura de Mussolini vencido, del gran hombre en la agonía física y moral. En ella aparece desnudo de gestos, de vanidad, de palabras barrocas y de esperanzas políticas. Es la íntima, humana, cristiana y emocionada confesión a una hermana que le había escrito confortándole y a quien respondía sin sombras y sin reservas. La parte fundamental, textualmente, es como sigue:

«EXISTE DE MI PUÑO UN TESTAMENTO.»

«Por cuanto a mí se refiere, yo me considero un hombre en las tres cuartas partes difunto. El resto es un poco de huesos y de músculos en fase de extinción orgánica de diez meses a esta parte. Del pasado, ni una palabra. También ha muerto. No lloro nada, no deseo nada. Hablo ahora

del presente. Pocas horas después de mi caída, con un mensaje personal, el mariscal Badoglio me preguntó qué residencia deseaba escoger. Respondí que la más conveniente era la Rocca di Camminante. En cambio, comencé mi peregrinación por las islas. Quince días después se me comunicó oficialmente que, según informaciones de Forlì, las gentes se sentían tan feroces contra mí que me habrían despedazado. La «generosidad» romagnola, ¿era una fábula? Lo pensé e hice saber que, para evitar desórdenes, renunciaba a la Rocca. Durante algunas semanas mi aislamiento moral ha sido absoluto. Del mundo he recibido un telegrama de Goering y un regalo del Furer. He recibido también los boletines de guerra y otras noticias esporádicas y raras. Yo no deseo conocer más que lo indispensable, y ni siquiera leo periódicos... Millones de hombres, en cada parte del mundo, se habrán hecho preguntas a las cuales ninguno ha podido responder. Yo mismo no sé qué cosa soy: si un prisionero o un «custodiado» contra el furor del pueblo. No puedo verdaderamente lamentarme del tratamiento material, ya que estoy lleno de atenciones y consideraciones. Me llaman «excelencia», no sé a título de qué, y se preocupan de mi salud. Creo que en este mes mis peregrinaciones terminarán y, si se calman las iras de mis gentes de Romagna, me permitirán ir a la Rocca, donde esperaré tranquilamente el fin, que deseo, de mis días. A propósito: en una isla había comenzado —después de cuarenta años— mi acercamiento a la religión, ocupándose un párroco de fama óptima. Después he partido y su esfuerzo se ha interrumpido. De todas maneras, en una carpeta que tenía junto a la lámpara, sobre mi mesa de Palacio Venecia, y que en vano he pedido, existe de mi puño un testamento—mayo de 1943—que dice: «Nacido católico, apostólico, romano, como tal entiendo morir. No quiero funerales ni honores.» Recuérdame a Miguel, a los tuyos, a todos y recibe el más afectuoso abrazo de tu hermano, Benito.»

Después de esta carta y del otro testamento espiritual, que unidamente demuestran el renacimiento católico de Mussolini en la hora de la desventura, lo que continúa en el misterio es el testamento real, escrito de «su puño», que estaba en una carpeta sobre la mesa histórica del histórico salón del «Mapa Mundial», de Palacio Venecia, y precisamente junto a la lámpara que alumbró tantas vigiliass en un sueño incandescente de grandeza. Pero lo esencial de su disposición es que deseaba morir como había nacido: católico, apostólico, romano. Y sobre la tumba ignorada y el cadáver secuestrado por el Gobierno De Gasperi, nadie sabe si existe una cruz.

Lea "Poesía Española"

RUMBO NORTE HACIA LOS BANCOS DEL GRAN SOL



TRAS LAS PARDELAS EN BUSCA DEL BONITO

CON LAS NEVERAS LLENAS, CAPEANDO UN TEMPORAL EN EL ATLANTICO

(Continuación.)

NORTE. CUARTA AL NORDESTE

CALOR y bochorno sobre cubierta. Cuando la mar está tranquila, aparte de baldear de cuando en cuando las cajoneras del pescado para que éste se conserve lo más fresco posible hasta la hora de meterlo en la nevera, no hay mucho que hacer a bordo.

La poca brisa que hay la llevamos en popa y apenas se siente. Desplegamos la lona de la mesana y nos echamos un rato a su sombra, con los cordeles entre las manos. Allá cerca de las once pasamos una ballena. Abundan mucho por estas aguas. El animal está tomando el sol, con casi todo el lomo fuera del agua. Cada veinte o treinta segundos, al respirar, proyecta en el aire un chorro de vapor. Vista de lejos parece un islote pardo que tuviera un «geiser» en uno de sus extremos. Pero al acercarnos, la trepidación del motor la saca de su modorra y, con un majestuoso balanceo, desaparece en las profundidades.

Así va transcurriendo la mañana.

De pronto, uno de los hombres de proa se endereza en actitud de vigía, haciendo pantalla sobre los ojos con una mano para ver mejor, mientras con la otra le hace gesto al timonel de que «cailga» un poco a la derecha. Es que sobre el agua, una media milla a proa y a estribor de nuestra barca, se ven revolotear unos pájaros. Son las «pardelas», aves marinas de la familia de las gaviotas. Dichas aves se alimentan preferentemente de unos pececillos alargados, semejantes al boquerón, que los pescadores conocen por el nombre de «paparda» y que son, al mismo tiempo, la comida del bonito. Así, por carambola, resulta que las pardelas constituyen en medio de la mar una especie de poste indicador que dice con sus vuelos y picados: «Pesca probable.»

Ya navega nuestra barca en dirección a las aves. Ya el resto de los marineros comienza a rebullir de su siesta, despiertos inmediatamente por una especie de sexto sentido...

—¿No ve la «temblura»?—me dice Cheno a mi lado, al tiempo que señala con la mano extendida.

Es un cabrilleo imperceptible, apenas un poco distinto del que produce la brisa sobre la superficie. Otras veces, la «temblura» es más aparente y hasta se ve saltar el pescadillo. Y en ocasiones, con mar muy tranquila, es incluso el mismo bonito, como manchas de plata oscura, el que salta por encima del agua.



El bonito está ya a bordo. Una buena pieza, que pesará sus seis o siete kilos. Mientras un hombre sujeta el pez por la cola, otro le desengancha el anzuelo, que viene prendido a las agallas.

Pero esta vez sólo son las aves marinas, las «pardelas», y ese ligero rizarse del agua lo que nos guía hacia nuestro objetivo. El patrón, que se ha puesto a la rueda para dirigir la maniobra, avizora también, con más de medio cuerpo fuera de la cabina.

De pronto, uno de los cordeles de popa se suelta de la trampilla que lo retiene a la amura y empieza a desenrollarse vertiginosamente. Le sigue un segundo cordel, luego un tercero y un cuarto... Los hombres corren a sus puestos.

—¡Poco a poco!

Es la voz de aviso para que el timonel disminuya la marcha. Al mismo tiempo que acortamos velocidad comienza una verdadera barahúnda de gritos y órdenes. Yo me lanzo a mi cordel, y apenas lo he cogido entre los dedos y la palma de la mano para «cacear»—es decir, para agitar el cabo sobre el agua con pequeñas sacudidas, con objeto de atraer la atención del pescado—cuando un tirón violento, que pone al rojo la palma de la mano por su brusquedad, me indica que ha «aferrado» pez.

—¡Arree, arree, don Ignacio...!—me grita el bueno de Gerardo, que está detrás de mí, en el siguiente cordel.

UNA BUENA «AFERRADA»

Al principio hay que darle cuerda al bonito, hasta que cansa y empieza a subir a la superficie. En este primer instante, sus tirones son tan violentos que si no se le deja ir un poco rompería el cordel. Muchas veces, sin embargo, lo rompe, y es entonces, sea o no culpa suya, la gran gritería del patrón al marinero correspondiente: son, por término medio, ocho o diez duros los que se vuelven con él a las profundidades. Pero si ha «aferrado» en firme, tan pronto como se ve que aminora su resistencia hay que empezar a «cobrar».

—¡De prisa, de prisa...!

De prisa y sin pausas. Arden las manos y parece que la piel de los dedos va a hendirse bajo la fibra del cordel mojado, que corta como una cuchilla; son muchas brazas de hilo las que hay que subir a bordo antes de que la masa reluciente del bonito comience a aparecer junto a la amura. Muchas veces, mientras se le va trayendo, reacciona de nuevo y coletea como un demonio... y entonces hay que «darle cuerda» de nuevo y cobrar otra vez, poco a poco.

—¡Aguanta! ¡Aguanta firme! A rumbo...

Una vez que ha aferrado la pesca es necesario mantener la proa recta para que no se crucen los cordeles mientras se efectúa la maniobra.

Las de popa, las de las varas, las de amura, todas las lías están funcionando a un tiempo esta vez. Dieciséis en total. No dan abasto los brazos de los catorce hombres. Ha sido una buena aferrada.

—¡A ver esa segunda! ¡Aguanta penol!

Los cordeles más cortos, es decir, los de popa y amura, son los que se recogen primero. Hay que seguir un orden para no armar un lío con todos los hilos. Ya empiezan a caer los primeros pescados a bordo. Los que son pequeños se suben de un solo tirón, pero en cuanto pasan de los cuatro o cinco kilos hay que valerse del gancho.

Salpicaduras, sangre y escamas por todas partes. La cubierta, sobre la que ya no era fácil mantenerse por el balanceo, se ha puesto escurridiza, como si la hubiesen frotado con cáscara de plátano. Corro a popa para ver subir el último pez, que es un animal que debe pesar sus doce o trece kilos, y tan endemoniado que dos hombres no pueden manejarlo.

—¡Aguanta, aguanta!

Mientras los hombres cobran y retienen el cordel, con su gran peso, que intenta meterse por debajo de la barca, Antón, el maquinista, se inclina por encima de la borda, con un equilibrio inverosímil que casi me hace desconfiar de si Newton no sería un embustero, y con un movimiento rápido del brazo engancha al pez y lo sube a bordo. El animal coletea todavía como un energúmeno. Tan pronto como cae sobre la cubierta, un hombre lo sujeta por la cola, mientras otro le desengancha el anzuelo de las agallas. Después, un rápido golpe de cabilla, como si se tratase de un conejo, acaba con él. Es necesario saber bien donde ha de dársele este golpe, con objeto de no estropear la carne, que luego ha de ir a las con-



«Yola» no quiere dejar de salir en el reportaje y se retrata junto a nuestro enviado, Rived, en el castillo de popa

servas. Encima de los ojos es el sitio. El animal abre la boca hasta desencajarla, como si le faltase aire—cuando lo que ocurre en realidad es que le sobra—, y entre salpicaduras de sangre y sesos machacados da sus últimos coletazos y queda inmóvil junto a la pila de sus compañeros de infortunio. La escena no es realmente como para abrir el apetito.

—¡Avante libre!

Es la indicación de que el timonel puede poner marcha normal nuevamente. Se acelera el latido del motor. Gira la rueda 180° y la barca vira en redondo sobre su propia estela, para volver a pasar otra vez por donde vinimos, por si acaso se repite la suerte.

Así, arriba y abajo, continuamos todo el día. A la hora de la cena—las siete de la tarde—hemos subido a bordo más de doscientos peces. Las dos cajoneras de popa van abarrotadas.

A las nueve, después de contarlos, se mete el pescado en la nevera y comienzan a recogerse los cordeles. De noche no se pesca. Para el motor, y con todo el timón metido a una banda para que lo más que haga la barca sea girar sobre sí misma, queda nuestra casa flotante al garete sobre las olas. Todo el mundo se va a sus catres. Solamente el farolito verde encendido sobre la cabina del timón esparce su claridad imprecisa sobre la cubierta e indica nuestra posición en medio de la inmensidad.

A las diez tomamos el patrón y yo nuestro último café con leche, fumamos nuestro último pitillo y nos vamos a dormir también. Hasta mañana al amanecer, si no hay novedad.

MIS AMIGAS DEL CATRE Y EL CHOCOLATE DE LAS SIETE

Los catres de a bordo no son verdaderamente un lecho para huesos delicados. Y meterse en ellos exige, además, una gran precisión de movimientos. Son ocho las literas que van en el rancho, instaladas en dos filas que convergen en ángulo por el estrechamiento de la proa y que ocupan casi todo el espacio libre. Añádase a esto los rollos de cabos, los trajes de agua, los sacos de patatas del cocinero, las cajas con el pan... y se comprenderá fácilmente lo difícil que resulta por esta especie de topera la circulación de más de dos hombres a un tiempo. Sin embargo, aún caben en ella algunas docenas de picajosos insectos, que obligan al neófito a pasarse rascando una gran parte de la noche.

—¡Bah! No «de» es nada—me dice uno de los marineros—. Eso es sólo los primeros días. Hasta que se hagan amigos...

Y debe ser que, en efecto, nos hemos hecho amigos, o que el cansancio puede más que la picazón, porque a partir de la segunda noche duermo yo como un tronco. Hasta que las primeras claridades del alba empiezan a filtrarse por el tambucho de la escotilla, y con ellas la señal de comenzar la jornada. El mar tiene a esas horas un aspecto gris lechoso, impreciso, que casi se confunde con el cielo, y todo está húmedo sobre cubierta: los cordeles, la barandilla de la amura, la rueda del timón. El frío de la amanecida cala hasta los huesos, a pesar de las zamarras de abrigo, mientras se sueltan de nuevo las «lías» y se pone en marcha el motor.

Hasta las seis y media no apunta el sol sobre la mar. Los grises del horizonte y de las aguas se van convirtiendo entonces en rosas y platas, y el resplandiente disco asoma por fin lentamente entre vedijas de nubes que se deshilachan para darle paso. A esta hora siempre se pesca algún bonito. No muchos, pero sí algunos despistados que han salido de casa muy temprano en busca de su desayuno...

El nuestro nos lo sirve el cocinero a las siete en punto. Para esto, Chirulo es un verdadero cronómetro: no hay miedo de que se nos estropee el estómago por desorden en las comidas; si acaso, por las comidas mismas, pero nunca por su falta de puntualidad.

Pero ya está sacando Chirulo la gran perola humeante, y hay que buscar la cuchara y la marmita, en la que echará un gran cazo generoso de chocolate en polvo hecho con leche. Una ración inmensa en la que los marineros hacen sopas de pan hasta dejar el todo convertido en una especie de pasta que casi podría comerse con tenedor. Esto no es solamente una cuestión de gustos, ni

un capricho: beber líquido a bordo, cuando el mástil oscila de banda a banda sobre un ángulo de más de cuarenta y cinco grados, resulta una operación más difícil de lo que podría antojársenos a primera vista. Si no, les invito a ustedes a hacer la prueba.

Yo ya la hice el primer día y el resultado fué nefasto: acabé con chocolate hirviendo por la zamarra, por la camisa y por el pecho. Por todos sitios menos en mi boca. A partir de entonces he decidido desayunarme como todos mis compañeros, a base de sopas bien espesas, subidas hasta la boca con cuchara.

EL PATRON Y SUS RATONES

Poco a poco, en estos días de mar, he ido conociendo bien a toda la gente de a bordo: a Antón, el motorista, con su ceño siempre fruncido, sus enfados y sus voces continuas por cualquier cosa... y su corazón de miga de pan. A Tofín, con su cara de bebé grande, coloradota como una manzana, siempre sonriente, siempre alegre. A «Oyo mouro» (Ojo de moro), el segundo patrón, que cada vez que el cocinero decide obsequiarnos con alguna de las «especialidades» de la casa, él decide por su cuenta asarse un buche de bonito o alguna otra cosa... (El apodo de «Oyo mouro» no es adquirido, sino heredado: su padre y su abuelo ya se llamaron así, y hasta es posible que la cosa arranque de tiempos más remotos, aunque no existe ningún árbol genealógico que lo demuestre.) «Cheno» es otro de nuestros personajes importantes, siempre erguido a proa, siempre con los ojos en la lejanía, al acecho de la menor «temblura». Y «Militu», el ayudante del motorista, que vive siempre pensando en cuándo iremos de arribada a Vigo o a Coruña, para ver a las rapazas... Y el bueno de Escalera, que los primeros días me cuidaba como si él fuese la «nurse» de a bordo y yo un bebé desvalido que no pudiese dar dos pasos por cubierta sin su ayuda.

Saturno, el patrón, siempre debajo de su gorra ladeada, que casi no se quita ni para dormir, es como el «pater familiae» de este pequeño grupo de hombres que, durante los seis meses que dura la costera del bonito, comen, duermen y trabajan juntos. Excepción hecha de las breves horas que pasan en tierra entre marea y marea («marea» se llama a los días que transcurren desde que se sale de puerto hasta que se vuelve), y que por lo demás se consumen casi enteramente en descargar el pescado y hacer provisiones, puede decirse que su verdadera casa es la barca.

Las dos debilidades de Saturno son su gorra y el café con leche: si le quitasen el uno o la otra creo que se sentiría desamparado a bordo. Y su tortura son los pequeños ruidos nocturnos. Los golpes de mar que baten contra la amura y retumban en el interior del rancho como cañonazos no le perturban en absoluto; pero el más leve rechinar de un gozne o de un estay mal amarrado le tienen ya en pie y buscando de dónde procede el ruidito para amordazarlo con cuerdas y papeles. A estos leves crujidos nocturnos les llamamos a bordo «los ratones del patrón».

LOS AMORES DE «YOLA»

También llevamos en la barca una compañía femenina. Es «Yola», la perra de a bordo. Negra, peluda y retozona, no sabe salir de la cubierta. Se ha acostumbrado de tal manera al balanceo que cuando, por rara excepción, salta a tierra firme, va tambaleándose como un borracho. Según dicen las malas lenguas, tiene amores con el perro de la otra barca. Cuando por la noche, antes de recoger el aparejo, se acercan las barcas para darse y recoger noticias sobre el tiempo o el pescado, y mientras los patrones charlan, ellos se envían ladridos tiernos de amura a amura. Pero «Yola» no cree, por lo visto, en nuestra época igualitaria, y ni a cuatro patas quiere perder los derechos de su sexo; nunca es ella la que se inclina sobre la borda, sino que deja que sea el otro, el galán, el que lo haga, mientras ella, erguida sobre el castillo de proa y con la cabeza un poco ladeada, le escucha.

CONFERENCIAS INTERNACIONALES SOBRE LAS OLAS

Esto de la pesca es como la ruleta: cuestión de suerte. Y parece que hoy tampoco sale nuestro número. Hace casi cuarenta y ocho horas que apenas si hemos subido a bordo un solo pez.



Parece una foto tomada por Drake antes del abordaje si en los tiempos de Drake hubiese habido máquinas de fotografía. Pero no: se trata solamente de un pesquero bretón, de los muchos que todavía navegan a vela por estas aguas

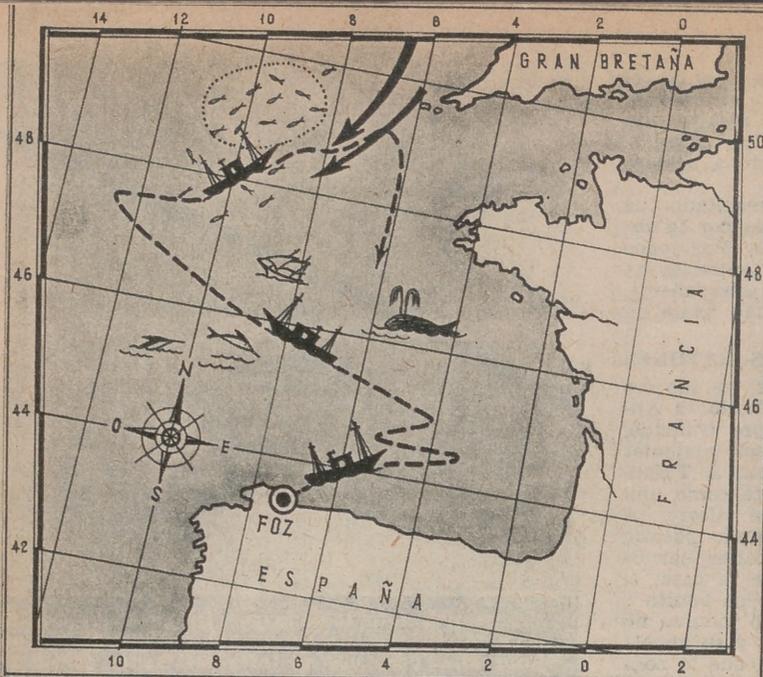


Ya está el bonito llegando a bordo, pero el animal parece dispuesto a salir sin protestas de su elemento se revuelve como un condenado.

A mediodía, poco antes de que Chirulo comienza a anunciarnos con grandes golpes de cuchara contra la proa que «la mesa está servida para los señores», comienza a dibujarse en la lejanía la silueta geométrica de unas velas anaranjadas. Pronto la silueta que navega de prisa y en diagonal de nuestra ruta, se nos pone casi a proa, y entonces podemos verla con mayor claridad. Se trata de un pesquero francés. Un bretón. Los bretones navegan a vela todavía, y aunque van provistos de un motor auxiliar, siempre que pueden se apoyan solamente en el viento para economizar combustible. Con el viento en popa como lo tiene ahora, casi navega más de prisa que nosotros. El patrón, desde el castillo, me hace señas de que meta a babor para atajarle. Vamos a hablar con él, por si puede darnos alguna noticia del pescado. Al principio, el francés, que está ya a nuestra proa, nos está sacando ventaja; va a cruzarnos de largo antes de que tengamos tiempo de maniobrar. Pero al darse cuenta de nuestras intenciones recoge trapo y se pone al paio para esperarnos. Trescientos metros, doscientos...

—¡Toda a estribor! ¡Acorta máquina!

Es necesario rectificar el rumbo mucho antes de llegar a él para que la inercia de la marcha no nos lleve a la embestida. Ya estamos junto a su costado. Apenas si lleva cinco o seis hombres a bordo. Caras curtidas, coloradas, que me hacen pensar en «Mon Frere Ives», de Loti. Como yo soy el único que habla francés a bordo, me toca ac-



He aquí la ruta seguida por el «Reiriz», en pareja con el «Quintanero», rumbo al Norte, hacia los bancos boniteros del Gran Sol. Las flechas indican la turbonada que descendió desde las costas suroeste de Inglaterra

tuar de intérprete. El patrón se coloca a mi lado para irme apuntando las preguntas.

—¡Eh... le bateau français!

—¡Bonjour, copin!—me contesta un hombrachón de pelo entrecano desde el otro lado de las olas. Su voz me llega diluida por el ruido del mar y la distancia, pues a causa de las varas es peligroso acercarse demasiado. Haciendo megáfono con las manos vamos entendiéndonos. Le digo que somos de Galicia, en España. Ellos son de cerca de Brest. Tampoco han tenido mucha suerte estos últimos días. Pero según parece hay barcos pescando más al Norte, hacia el Gran Sol. Los bancos de pescado se han corrido hacia allá.

Al mismo tiempo que hablo con otro le voy traduciendo a Saturno, que está a mi lado.

—Pregúntale que en qué posición.

Pero el otro ya casi no me oye, a pesar de que transmito a grandes voces. El viento lo está alejando.

—¡Bonne chance!—me grita a modo de despedida, más con el gesto que con la palabra. Y comienza a largar trapo. Pocos minutos después ha vuelto a convertirse solamente en una bella silueta romántica, en una estampa de otro tiempo, que con sus altos palos y sus velas teñidas de color naranja se aleja hacia el horizonte hasta perderse de vista.

Saturno se ladea la gorra con su gesto característico y se vuelve hacia el segundo, que está aguantando la rueda en la cabina:

—¡Máquina! ¡Cuarta al Norte...! Nosotros también vamos hacia el Gran sol—añade, dirigiéndose a mí.

Vira la barca un descuartelar y comienza a palpar de nuevo el motor, mientras Chirulo vociferaba desde su cocina armando un estruendo infernal con el cucharón:

—Pero, ¿comemos o no? Que se enfrían las «fabas»...

Por el ruido que hace, cualquiera diría que nos ha preparado un gran banquete. Pero todos sabemos ya de antemano en que va a consistir.

VARIACIONES SOBRE EL MISMO TEMA

El menú de a bordo no tiene grandes sorpresas. Sus variaciones oscilan siempre desde las judías con tocino y patatas hasta los garbanzos con patatas y tocino. Pasando, desde luego, por las patatas con tocino y judías y el tocino con garbanzos y patatas. Algún día, como plato especial, comemos paella, es decir, una especie de engrudo de arroz aderezado con patatas y tocino. Cuando hay pesca, se aparta un bonito... y se guisa con patatas para variar.

Indiscutiblemente es una comida rica en calorías y suficiente para reparar las fuerzas de un hombre. Pero un sí no es un poco monótona... Además, como las perlas se lavan en el agua ca-

liente que despiden el escape del motor y tanto las judías como las patatas se lavan y se ponen a remojo en agua del Océano, para economizar la potable, todo al final tiene un sabor semejante, mezcla de grasa, gasolina y agua salada. Lo que yo he venido a llamar «sabor de barca».

Afortunadamente, la cosa se compensa con el hecho de que nosotros, si nos probasen, tendríamos también el mismo sabor: desde que se sale de puerto hasta que se avista tierra de nuevo—diez o doce días por término medio—está terminantemente prohibido usar el agua dulce en otros menesteres que los de beber y guisar. Dentro de los reglamentos de a bordo es un verdadero delito desperdiciarla en cosas inútiles, como es el lavarse. Como excepción de jerarquía—pues todavía hay clases—el patrón y yo nos permitimos el lujo de lavarnos los dientes cada dos días o tres.

Como os vayáis acostumbrando a todo esto y a limpiarlos con toda naturalidad los dedos grasientos en las musleras del pantalón, estáis ya cerca de convertirlos en uno más de a bordo. Pero el verdadero doctorado, lo que pudiéramos llamar «el espaldarazo de marinerío», sólo lo alcanzaréis cuando aprendáis a ir al water colgados como un mono sobre la borda con un balance de 45 grados por lo menos.

EL «BALLÓN» EN PLENO OCEANO

El crepúsculo se presenta claro y luminoso. Después de una larga conferencia con el «Quintanero», se ha decidido navegar toda la noche para ganar tiempo y millas. Me tumbo un rato sobre un rollo de cuerdas a proa para fumar un cigarrillo. Vistas desde aquí abajo, y tomando como referencia la vertical del mástil, todas las estrellas parecen estrellas fugaces. Pero estrellas fugaces «de ida y vuelta». Decididamente no tengo sueño: me abrocho bien la zamarra y me subo a la cabina para acompañar al segundo en su cuarto de guardia. Conectamos la radio—llevamos radio a bordo, aunque la mayoría de las veces es imposible entenderse con ella a causa de la «fritura» casi continua de los atmosféricos—y acertamos por puro azar con una emisora que está transmitiendo música de baile. Ahora tocan «el negro balón» y resulta una extraordinaria experiencia para los sentidos escuchar sus notas frívolas de cabaretín mezcladas con el silbar del viento en los estays.

NUNCA HEMOS IDO TAN LEJOS...

Séptimo día de navegación y apenas si llevamos 200 bonitos a bordo.

Ha comenzado a soplar viento del S. W., que es el cuadrante peligroso. Del cielo plomizo cae una lluvia menuda y los golpes de mar, que nos cogen de través, hacen muy difícil mantenerse en pie sobre cubierta. Viento, lluvia y «salsa» (así es como llaman los pescadores a las salpicaduras del Océano). Uno de esos días que se consignan en el parte meteorológico con la frase: «Visibilidad escasa en el Cantábrico». Una frase que para los que escucháis el boletín entre las noticias de última hora, cómodamente sentados en vuestra butaca junto al aparato de radio, apenas sí significa nada. Para los hombres de mar, en cambio, que se encuentran a muchas millas fuera de la costa, significa la cubierta resbaladiza, la ropa que no seca, los ojos continuamente alerta al peligro que puede no verse llevar... Así van transcurriendo las horas, lentas, monótonas, grises como el cielo y el Océano. Los hombres, acurrucados al resguardo del castillo de proa y de los tambuchos, parecen masas inmóviles de resignación: el agua, fina y menuda, se les cuela lentamente por las aberturas de la ropa de aguas, empapándose hasta los huesos.

Por la tarde, el patrón calcula nuestra posición a la estima (casi sería mejor decir a «ojímetro») por rumbo y horas navegadas. Estamos en el 44° 15' de latitud Norte y el 12° 10' de longitud Oeste. Es decir, unas trescientas cincuenta millas

al N. W. de Finisterre. Algo más de vez y media la distancia que hay entre Madrid y Coruña. El Atlántico no es ya el mar de la costa. Tiene un tinte sombrío que impone.

—Nunca hemos ido tan lejos—me confiesa el patrón confidencialmente.

Los hombres, aunque ellos no entiendan de cálculos y latitudes, lo perciben también con su instinto certero y comienzan a dar muestras de inquietud. El bueno de Gerardo tiene el entrecejo fruncido y algunos de los tripulantes confiesan francamente que no se encuentran a su gusto.

—Son demasiadas horas «fora de terra»... (el pescador cuenta siempre la distancia en horas navegadas).

—Esto ya no le es venir al bonito... Es una temeridad si viniese tiempo.

Pero el patrón está dispuesto a seguir adelante hasta que encontremos el pescado. Y para disipar aprensiones encuentra una frase rotunda:

—¿Y luego? Si viniese tiempo..., ¿qué más te da para ahogarte estar a veinte horas de tierra que a sesenta?

Es un razonamiento lógico, al fin y al cabo. Al anochecer, cuando estamos terminando de meter en la nevera el poco pescado que se ha cogido durante el día, apenas una docena de bonitos que no pasarán de los cuatro o cinco kilos, se acerca a hablarnos el «Quintanero».

Por lo visto, según anuncia la radio (la nuestra va estropeada desde el mediodía porque se le ha fundido una lámpara), baja un temporal peligroso hacia el Atlántico desde las costas de Irlanda.

Los dos patrones conferencian de amura a amura, en la oscuridad:

—¿Qué, pues? ¿Volvemos para casa?

—¡Ah! Eso es lo que tú quieras...

—No, yo como querer, non quiero nada...

(Por nada del mundo sería ninguno de ellos el primero en dejar ver su deseo de regresar, por peligroso que resulte seguir adelante.)

—¡Non te dijo el francés que había bonito para «fora»?

—Eso me dijo. Pero...

—El tiempo aún puede cambiar, digo yo.

—Digo yo también.

—¿Seguimos entonces?

—¡Ah, eso como tú quieras!

—No, como tú digas... Desde luego si tú vienes yo voy.

—¿Vamos entonces?

—¡Pues avante!

Aun cuando los dos sabían muy bien lo que iba a decidirse a partir de las primeras palabras, estas charlas largas y despaciosas son un rito de protocolo mariner, imprescindible en alta mar.

Seguimos con el mismo rumbo: N. cuarta al N. E. Cada vez más adentro del Atlántico; cada vez más «fora de terra». A mi lado uno de los hombres meneaba la cabeza como si pensase para sus adentros: «Esto es una locura...». Pero no dice nada. Un marinero no se atrevería a opinar nunca contra las órdenes de su patrón.

CON NIEBLA EN EL GRAN SOL

Latitud, 47° 30' N.; longitud, 9° 10' W.

Estamos bordeando los límites de esta zona que en las cartas de marear aparece señalada con el nombre de «El gran sol». Pero que vista desde la borda no se diferencia de otra cualquiera en estas latitudes más de lo que una gota de agua se diferencia de otra gota.

Sin embargo, la pesca sí ha variado. En apenas día y medio que llevamos zigzagueando por aquí hemos subido a bordo más de seiscientos bonitos. Con los que ya iban pescados nos falta muy poco para completar el millar. Una buena marea. La nevera va abarrotada y las caras de los hombres rebosan satisfacción a pesar del cansancio y del agua que chorrea de sus chubasqueros. Porque desde anteanoche casi no ha cesado de llover. Todo va húmedo, rezumante de salitre. El bonito en adobo que nos sirve Chirulo a la hora de la cena, viene aderezado en las marmitas con «salsa» del Atlántico. Y en este caso el nombre le cae como anillo al dedo, aunque resulte un tanto desagradable al paladar.

El «Quintanero» también ha hecho una buena pesca.

Estamos a punto de parar la máquina y recoger el aparejo para irnos a dormir, cuando Cheno, que está a mi lado junto a la amura, me dice, señalando hacia el horizonte:

—¿Ve usted esos nubarrones, don Ignacio?

El firmamento, que parecía haberse aclarado un



El patrón toma la meridiana con el sextante para calcular la posición del barco. Pero a Pepe le interesan mucho más las «fabes» que todo esto de los meridianos y las latitudes

tanto a última hora, presenta por la banda de estribor, en la lejanía, unos nubarrones negros y macizos como un telón opaco.

—Sí, parecen muy espesos—le contesto.

—Y tanto que lo son. Si no salta el viento mañana es cuando vamos a tener «tiempo» de veras. (Este que hemos tenido estos días ha debido ser «de broma», por lo visto.)

Cheno da una última chupada a su colilla y echa a andar hacia el rancho. Yo le sigo también, un tanto preocupado: hasta ahora eran solamente avisos del observatorio meteorológico.

El Atlántico ha empezado a encrespase y presenta un aspecto bastante sombrío. La foto está tomada derecha: lo que oscila sobre un ángulo de casi noventa grados es el eje de la cubierta cada vez que viene un golpe de mar



«TIEMPO», SIN ADJETIVOS

El amanecer es gris y lluvioso. Toda la noche el mar ha golpeado como un batán contra la amura, y eran tan fuertes sus embates que en muchas ocasiones había que agarrarse a los bordes del camastro para no ser despedido fuera. Cuando a las cinco y media de la mañana salgo del rancho, los ojos todavía medio cerrados por la falta de sueño, veo pasar por la aguja de popa al «Quintanero», que ya ha puesto en marcha sus motores, y bailando una zarabanda infernal sobre las olas se diluye entre la niebla como si se tratase de una aparición del buque fantasma.

El Océano, bastante agitado ya en días anteriores, es ahora una gran caldera de plomo oscuro que se balancea, sube y baja terroríficamente en torno a la débil amura de nuestra barquita.

Ahora ya no llueve, pero lo que es peor, sopla un viento que nos lleva a todos helados. Hacia las once sobreviene una calma inesperada. Inesperada para mí, al menos. Se aclara el cielo por barlovento y hasta las aguas parece que van a aquietarse. Es sólo un falso espejismo, sin embargo.

Desde la cabina del timón, a la que he subido un rato para relevar al segundo, veo avanzar por el Este una impresionante nebrura, con la forma de un cono invertido.

Es el vórtice de la tormenta, que se nos echa encima a una velocidad vertiginosa.

—¡Mete toda a estribor! ¡De prisa...!—me dice el patrón desde abajo. Los hombres se afanan recogiendo los cordeles y metiendo las varas a bordo. Se acabó la pesca. Ya será bastante con ocuparse de aguantar la turbonada. Está ya demasiado cerca para rehuirla y no queda más solución que hacerle frente: ponerle la proa. Es lo que se llama «capear» un temporal, o «ponerse a la capa». Las olas, cogidas de cara, es como mejor se aguantan. Lo malo es cuando vienen por popa o de costado. Muchas barcas se han perdido a veces precisamente tratando de huir de lo que corría más que ellas.

El bueno de Gerardo asoma su cabezota, con la gorra bien encasquetada. a la altura de la cabina, y me dice, señalando cañudo en dirección a la masa negra:

—«Tiempo», don Ignacio.

(Así, «tiempo» a secas, sin adjetivos de ninguna clase, es como llama el marinero a lo que se nos echa encima.) Ya cae por ráfagas el primer chaparrón, azotando la cubierta de través a causa del vendaval.

—¡Aguanta bien a rumbo!—me grita el patrón. Y casi al mismo tiempo entra como una tromba chorreante en la cabina y aferra sus manos junto a las mías sobre la rueda.

Las olas, enormes desde por la mañana, han ido aumentando en magnitud hasta alcanzar los cinco y seis metros de altura. Se las ve venir por barlovento, más altas que la cruceta del palo, como montañas gigantescas dispuestas a engullirnos. Nuestro cascarón salta y se encabrita como si fuera a volcarse sin remedio, se oye el ¡chaf! opaco y terrorífico de la quilla al rebotar sobre el lomo espumeante, y de nuevo nos hundimos en un terraplén gris sin fondo, mientras la «salsa» barre la cubierta de proa a popa y azota contra los cristales de la cabina. Por el único que mantenemos



TRAS LA TEMPESTAD VIENE LA CALMA. Crepúsculo en pleno Atlántico. Se podría cuartear la Rosa tomando como referencia los distintos tonos que toman las nubes en los cuatro puntos cardinales a la puesta del sol

abierto para no perder del todo lo poca visibilidad que aun queda, nos entran verdaderos cubos de agua a cada golpe de mar. A partir de los dos primeros vamos tan empapados que ni siquiera importa.

Si pudiese vérsela desde lo alto estoy seguro que nuestra barca parecería un juguete ridículo, saltando como un potro salvaje sobre la montaña rusa del Océano. Pero es de buena raza nuestro jaco: de los más marineros que se conocen en el golfo de Vizcaya.

Delante de nosotros, a proa, dos o tres hombres con sus grandes capuchones de agua y sus chubasqueros semitransparentes que infla el ventarrón, parecen extraños fantasmas, amarillentos e imprecisos. La visibilidad es nula a más de quince metros. A cada cabezada del barco sólo queda ante nuestros ojos una oscura muralla de líquido negroverdoso; se oye el estrépito sordo del envite, que estremece el barco entero, y salta al aire un torbellino de espumas que se mantiene un instante en suspenso para caer luego en sonora chaparrada sobre cubierta. Los fantasmas amarillos se repliegan entonces y se apretujan aún más contra la defensa del castillo... ¿Dónde he visto yo antes de ahora un movimiento semejante al de estos cuerpos que se agachan y se doblan sobre sí mismos en busca de la protección más cercana? Ya caigo: era en el frente, cuando revienta una granada y vuelan las esquirlas por el aire para caer de nuevo a tierra en lluvia bisbisantes y mortal. Pienso en lo curiosa que es la semejanza, tanto en el ruido como en el movimiento de los hombres. Y en ambos sitios está en juego la vida.

Mantener la vertical dentro de la cabina es tan difícil como pretender mantenerse a pie firme dentro de una coctelera; hay que saber flexionar las piernas al ritmo y la velocidad precisas, si no se quiere salir despedido contra las paredes. Y aun así, a veces se sale.

—¿Qué, le parece duro?—me dice el patrón sin mirarme, todo su esfuerzo concentrado en gobernar proa al envite. Y añade al cabo de un momento:

—¡Pues esto no es nada! Si hubiera visto el otoño último... Volaban las tablas de la nevera sobre el puente como si fueran recortes de papel, y tres hombres no bastábamos para sujetar la rueda.

El que no se consuela es porque no quiere. A pesar de todo hay una grandeza innegable en la tempestad.

«¡YA PASO, COMPANERO...!»

Así hasta la noche. Hacia las ocho comienza, por fin, a amainar la marejada. La inmensidad gris se va calmando, como si estuviera ya fatigada de tanta furia, y la lluvia cesa poco a poco. Los entrecejos se desfruncen y las ropas de agua van cayendo en los ranchos por las escotillas. A lo lejos comienza a precisarse la silueta del «Quintanero». Los dos hemos capeado con suerte.

Cada hombre vuelve ya a su faena como si tal cosa; para ellos es la vida de todos los días, de todos los meses, de todos los años, hasta que se los lleve el mar o los jubilen de viejos para guardas de muelle... Chirulo manipula entre sus perolas; Toñín está apretando un cabo que se soltó con el temporal. Alguien, no recuerdo quien, ni importa tampoco, dice a mi lado, mientras se limpia la mano en la camisa para alargarme su petaca:

—Ya pasó, compañero...

Os aseguro que el apelativo de igual a igual, liando junto a aquel hombre un buen pitillo de cuarterón —¡el primer pitillo que vamos a poder encender después de muchas horas!— me suena en aquellos momentos mejor que ninguna de las alabanzas que en mi vida intelectual pudiera haber escuchado nunca.

—Sí, ya pasó por esta vez.

—¡Sur-Suroeste!—ordena el patrón. Es la ruta de «casa».

De nuevo navegaremos toda la noche. Pero ahora es ya rumbo a tierra, después de diez días en pleno Atlántico. No podemos asegurar aún si iremos a parar frente a la Estaca de Vares o a la derecha del puerto de Avilés..., porque ya os dije que aquí se navega un tanto a «ojímetro» y no es posible afinar demasiado la derrota. Lo que sí es cierto es que a S.-S. W. está la costa de España. Dentro de un par de días, si no ocurre novedad, la avistaremos, y desde donde hayamos llegado seguiremos luego costeano hasta Foz.

Ignacio RIVED
(Enviado especial)

PENSAR Y MANDAR

desde GERONA



INTELIGENCIAS PROTEGIDAS Y SUELTAS DE NEBLIES

MIRANDO al mar la otra mañana y sintiendo la incitación al viaje y la aventura que tal contemplación promueve, acaso influenciado por el lugar—viejos astilleros de donde salían las polacras y bergantines de arrogante velamen en los años románticos de 1800—, bajo las sombras de los pinos apretados que desbordan la tierra y parecen querer meterse en el mar con ansias de quilla y mástiles, dábamos vueltas en la conversación, unos amigos al tema apasionado y trascendente de las generaciones hijas de los que en el 36 levantaron a España.

A nuestra avidez de espacio, pese a los aladares plateados, se presentaba la interrogante del sentir de esta muchachada y, sin discrepancia, hubo coincidencia de pareceres en que están demasiado sujetos a la alcándara nuestros altaneros neblies, alcotanes que sienten ansias de espacio y que el perímetro geográfico de la Patria se les queda pequeño.

De algo, y aun mucho, sirve la veteranía en el mando y es achaque común dar forma dispositiva a lo que primero aletea como pensamiento. De aquí lo que sigue como sugerencia de una tarde de agosto cara al mar y de una experiencia de años de ver uncidos a los fríos escalafones—asesinos de ímpetu—a mozos hechos con la savia de los días de guerra.

Ver que obreros aventajados aun «hacen las Américas» y vuelven ufanos con sus galas y preseas mecánicas reservadas hoy a los menos en nuestro solar, abren los ojos a las posibilidades inmensas de una serie de ingenieros, arquitectos, médicos, veterinarios y otras carreras de es-

te tipo, cuyo único afán actual en muchos casos es enquistarse en un escalafón.

Bueno fuera que al terminar su carrera estos tales, por sondeo de su voluntad, por sorteo si saliera una pollada medrosa, se les proyectara hacia los países prometedores del futuro en donde no se mensura por hectáreas, ni se cuenta por centenares el censo ganadero de una explotación agrícola; donde hay zonas como naciones con servicios, más que sanitarios, de curenderismo; donde los bosques vírgenes esperan al ingeniero de Montes que los beneficie; en que las enseñadas piden astilleros y barcos con ingenieros Navales que los erijan y boten, en que aun albañiles adelantados hacen surgir barrios... Roto el «*numerus clausus*» de las escuelas técnicas, este excedente tendría campo amplio en que operar y abrir al mundo por cerebros españoles, por inteligencias protegidas españolas, nuevos tesoros económicos a través de nuestra Patria. Pues, ¿qué? Incluso los derrotados en nuestra guerra de Liberación con el exilio en tierras semivirgenes ¿no se han abierto próspero camino?

Medítese en los treinta o cuarenta elegidos anualmente por cada Escuela o Facultad sobre nuestra entrañable Hispanoamérica, sobre el África tentadora, sobre Asia, vencedores hoy de la distancia con la aviación para beneficiar lo ignoto. ¿No creéis que estos serían los Adelantados de España?

Ahora bien, es menester dotar de retribución decorosa—pero sin derechos adquiridos—a estas menadas aventureras y dejarlos tres

Por Luis MAZO
Gobernador Civil de Gerona

o cuatro años, sin programa, sin falsilla, sobre estas fértiles tierras de que hablamos para que ellos oteén y se lancen sobre la presa. Y pasados los tres o cuatro años—bajo su palabra de honor—ya reintegrarían al Estado su previo dispendio y volarían de la madre Patria a sus nuevos lares y de sus nuevos lares a la Patria, marcando rutas para los que ahora, en la alcándara, con la pihueta sujetándoles los pies sienten la atrofia en las alas y que su vuelo altivo racial degenera en vuelo gallináceo incapaz de salvar las bardas del corral doméstico.

Y volar, volar a todos los vientos, bajo todos los soles. Que ya llegará el momento que comprendan la frase de Eugenio d'Ors en sus «*Diálogos de la Escollera*»: «Hay que volar a todos los vientos, de todos los mares, pero hay que procrear en un nido.» Y como la poesía construye y era amada de nuestro José Antonio, el de la clara estirpe y el alentado pecho, cuando estos muchachos suban a la carlinga del avión o asciendan la escalerilla del barco que les lance a la divina aventura de sus mejores años que tengan la impresión que sintió el poeta de «Sentirse el cuerpo joven y el corazón sin miedo. Tener el alma llena de locas ambiciones y una clara mañana ardiente y deslumbrante sobre el azul del agua, bajo el azul del cielo en un barco... zarpar...»



“AFILAR, AFILAR”

VIDA
LOS TI
LA RU

POR TODOS LOS CAMINOS SE VA

HACIA el norte de la provincia de Orense hay una hermosa comarca donde sus hombres se dedican desde hace mucho tiempo el ejercicio de oficios ambulantes, siendo los más conocidos los afiladores y los paragüeros, especie de ciudadanos de todas las capitales.

El «barallete» es ese misterioso lenguaje de los paragüeros que sirve para que éstos, por los senderos de la tierra, recuerden los nombres hermanos de su comarca: Nogueira de Ramnin, Parada del Sil, Esgos, Maceda, Paderne y Pereiro de Aguiar. Los paragüeros, cuando hablan de esos lugares los llaman «Chaira», que quiere decir tierra de ambulantes, tierra de caminantes eternos...

He aquí unos cuantos de estos hombres andariegos que en su mocedad fueron valientes como el que más y que ahora, sobre sus rostros arrugados, llevan marcados todos aquellos caminos que les vieron pasar. Orense es el vivero de estos hombres. La rueda de afilar se fabrica principalmente en esta tierra. No obstante, también hombres de otros lugares de España practican el oficio. Cuando salíamos en Madrid del Museo Romántico otro paisano y yo divisamos en la acera de enfrente un afilador. Nos acercamos creyendo que sería paisano, y al entablar conversación resultó que era catalán.

El paragüero intrépido y trotarundos, el paragüero que sabe contar historias de todos los lugares, el paragüero auténtico que tiene casi personalidad de leyenda, ése sí es de Orense y de esa hermosa comarca llamada «Chaira». Cuando veáis un afilador pasando bajo vuestra ventana al son de su musiquilla y queráis saber si es un auténtico paragüero, no hay más que preguntarle si habla el «barallete». Si dice que sí y en realidad lo sabe, es un hombre que lleva en su sangre varias generaciones

de afiladores. Si, por el contrario, dice que no, es que es un simple aventurero de cualquier rincón menos de Orense.

EL INVENTOR DE LA RUEDA DE AFILAR ES GALLEGO

Ante nosotros un viejo afilador. Se llama Andrés Fernández, pero se le conoce por «Lizgairo», por ser alto y delgado. Tiene setenta y dos años, y en sus tiempos mozos, viniendo de rondar amores, se encontró con la Santa Compañía en una encrucijada del camino. Es de Viñoas (Nogueira de Ramnin) y ha recorrido varias veces Portugal, Brasil, Cuba y Francia. Sabe muchos secretos del oficio, conoce dónde y cuándo salió la primera rueda de afilar, el nombre

del constructor y hasta su leyenda.

—Todos saben por aquí, al menos todos lo dicen, que la rueda de afilar la inventó un herrero llamado «tío Xan». La leyenda dice que está sepultado en el Miño con su rueda. Cuentan que lo llevó la corriente una noche de invierno y se ahogó. Muchos creen que era de Liñares porque allí se encuentran las mejores ruedas de afilar. En el Miño, frente a la sierra Corveira, hay un peligroso remolino donde se puede escuchar a media noche el rumor de una rueda de afilar en movimiento.

—Entonces, si el «tío Xan» fue el que hizo la primera rueda de afilar, ¿sería también el primer afilador?

—Pues no, según me contaron



El afilador, ese hombre que conoce todos los caminos y cuenta historias de todos los lugares, no es preciso preguntarle de dónde es si habla la misteriosa lengua conocida por el «barallete». Orense es la sede de este gremio de caminantes eternos

FIJAR, AFILAR, CUCHILLOS, NAVAJAS, TIJERAS..."

LEYENDA DE TITAMUNDOS DE UDA Y EL APITO

"BARALLETE", LENGUA
MISTERIOSA de los PARAGÜEROS

VA A ORENSE

una vez, el primer afilador era de Francia, aunque yo en esto no estoy conforme, ni mucho menos.

—¿Qué le contaron a usted?
—Allá por el año veintitantos, trabajando yo cerca de Evora, se me acercó un señor muy bien vestido que me preguntó de dónde era. Le dije que de Orense, la tierra de los mejores paragueros y de los primeros afiladores. Entonces él me dijo que estaba confundido, que el primer afilador había sido un francés.

—¿Y usted qué le contestó?
—Me callé; su testimonio tenía de verdad lo que el hambre de un ternero amamantado reacción quitado de la vaca.

HACER UNA RUEDA TIENE ALGO DE ARTE

Las ruedas de afilar son las compañeras de estos hombres que arreglan sombrillas y pulen tijeras. Un taller de ruedas de afilar es como una ultraterrenal escuela de geometría en la que el profesor desconoce por completo el problema de la cuadratura del círculo. Emilio Pato es el maestro de un taller de esta clase en Orense.

—La primera rueda la hice a los trece o catorce años en Liñares, el lugar más famoso de las ruedas de afilar.

—¿Son muy difíciles de construir?

—Hacer una rueda tiene algo de arte. Muchos que esto pretendieron han fracasado. La rueda, ante todo, tiene que ser muy dura. La mejor madera es la de nogal dura, buena de trabajar y sin nudos.

—¿Cuesta mucho una rueda de afilar?

—Las ruedas son como los trajes: se hacen a la medida del cliente. Las más corrientes valen unas ochocientas pesetas, pero las hay de dos mil, de cinco mil y de quince mil, incluso.

—¿En qué consiste la diferencia?



El afilador instala su negocio en cualquier parte de la ciudad. Y por cierto que no es mal negocio los veinte o treinta duros que caen al día. Abajo: Un taller de construcción de ruedas en la provincia de Orense



—En las maderas, en los herrajes, etc. Las de dos mil y cinco mil no tienen necesidad apenas de cambiarles los esmeriles para trabajar. Las de quince mil son como un verdadero taller ambulante, dotadas de los más minuciosos detalles.

En efecto, en un rincón y casi terminada, podemos ver una de estas maravillas portátiles.

—¿Se hacen ruedas en muchos sitios?

—En varios, pero las mejores del mundo, podemos decirlo, son las de Orense.

LOS SILBATOS DE LOS AFILADORES

Los apitos son esos silbatos de madera con que los afiladores y otros vendedores ambulantes llaman al cliente. La construcción de un apito no es cosa fácil: ha de dársele la sonoridad precisa, la ligereza adecuada y la variedad filarmónica que les haga parecer una simple orquesta en miniatura.

—Los apitos—continúa diciéndonos el señor Pato—son de invención mucho más tardía que la rueda. Se comenzaron a construir hace unos treinta o cuarenta años. Antes los afiladores llamaban a la gente tocando un hierro o gritando. Hoy los usan la mayoría de los ambulantes.

—¿También son de nogal?

—No, son de buje. Su construcción es difícil, porque hay que guiarse por una escala musical. Corrientemente tienen doce notas y vienen a costar unos diez duros.

PORTUGAL, ESCUELA DE PARAGÜEROS

El señor Faustino es un viejo paraguero. Vivió en Portugal veinticinco años, en donde puso un taller de afilar. Sostiene la teoría de que la vida de los ambulantes tiene mucho que ver con la profesión de sus antepasados.

—De una familia de «cordeiros» nace un «cordeiro»; de una familia de afiladores nace un afilador. Hoy, sin embargo, el hijo de un afilador puede ser carpintero o mecánico; antes, no. El padre era entonces el ejemplo en el aprendizaje profesional del hijo.

—¿Cómo es el aprendizaje de un afilador o paraguero?

—Ahora apenas se hacen afiladores. Los únicos que hay son casi todos viejos, descendientes de aquellos tiempos de Portugal. Portugal podría llamarse escuela de paragueros. En mi mocedad sí que existía el aprendizaje. Los afiladores viejos llevaban con ellos hasta diez o doce chicos de criados, encargados de buscar trabajo a sus amos a la vez que aprendían el oficio. Los amos muchas veces les daban estupendas palizas, por lo que el aprendizaje era también una escuela de endurecimiento del cuerpo, el cual había de resistir las lluvias y las nieves de los caminos.

—¿Era muy dura entonces la vida en Portugal?

—Portugal, llamado por los afiladores, en su lenguaje, «Biqueque», fué el duro aprendizaje de los «mutilos» (criados) de mi tiempo.

—¿Se les pagaba mucho?

—Poco; a veces, nada; iban por aprender el oficio. La máxima preocupación de estos muchachos que marchaban a Portugal a correr la aventura, más grande de su vida era la de si saldrían buenos ganadores.

CUBA, FIEBRE DE JUVENTUD

El «barallete» nació casi por necesidad. Se vivía en un mundo extraño y era necesario hablar de una manera que no lo entendiera la gente. No se sabe exactamente el lugar de su nacimiento. En Portugal se perfeccionó y se hizo más conocido, porque era casi obligatorio aprenderlo. Se calcula que consta de unas setecientas palabras, y fueron precisamente los paragueros y los afiladores los que crearon, arreglaron y formaron muchos de estos nuevos vocablos.

—¿Cómo acabaron aquellos tiempos de Portugal?

—Allá por 1900, Portugal estaba totalmente invadido de ambulantes. Hubo necesidad de buscar otras zonas de trabajo; una de estas zonas fué Asturias, llamada «Berria» en «barallete». Después, la emigración marcó un nuevo camino en la vida de los ambulantes.

—¿Dónde emigraban?

—A las islas Azores, al Brasil y, sobre todo, a Cuba. En aquellos tiempos se podía ir a Cuba por veinte o veinticinco duros. En Cuba se hicieron muchos cuartos.

—¿Cuánta gente se marchó?

—Mucha; entonces la fiebre de la juventud era Cuba. Todos los viejos de por aquí pueden decirle que conocieron la isla. La mayor parte se dedicó al oficio de platero, y a casi todos les fué bastante bien.

—¿Cuándo hubo más paragueros en España?

—A finales del siglo pasado, en los tiempos de Portugal. Después, con la emigración, escasearon un poco; al terminar nuestra guerra de Liberación volvieron a aumentar, y ahora otra vez con la emigración vuelven a escasear.

—¿Eran mejores antes o ahora?

—Bastante mejor eran los de antes, los de hace veinticinco o treinta años.

Para el señor Faustino, el viejo paraguero que conoció la época de Portugal, «cualquier tiempo pasado fué mejor».

DE 20 A 30 DUROS DIARIOS DE GANANCIA

En las orillas del Miño, en la «Carballeira», está Fernando. Destacado sobre el horizonte, Fernando tiene una estampa quiétesca. Fernando es un «zarra lleiro»—el cerrajero ambulante de nuestras calles—. El nos hace ver la diferencia entre el afilador nato y el paraguero mixtificado.

—El paraguero es el hombre que por los caminos no lleva rueda, sino un cajón al hombro. Hace exactamente lo mismo que el afilador, pero como no tiene rueda, no puede afilar.

Los afiladores y los paragueros son, por lo regular, labradores.

—¿Qué diferencia existe en un mismo individuo cuando es afilador o cuando es labrador?

—El labrador es, por lo general, un tipo abierto, charlatán, amigo de su casa y de su familia; pero cuando marcha por el mundo se obra en él una transformación: habla poco, vive por dentro pensando en los suyos con el afán de mandarles dinero para que compren una vaca, un traje o un carro. El paraguero o el afilador, cuando está lejos de su casa, únicamente habla de sus cosas interiores con un compañero.

—¿Cuánto sacará diariamente un hombre de este oficio?

—Según como sea la zona, el que trabaje y la época. Un afilador puede ganar muy corrientemente veinte o treinta duros diarios.

«YO ME CASE TRES VECES»

En Pereiro de Aguiar hay un anciano que fué paraguero allá por los años de su juventud. El viejo paraguero de Pereiro de Aguiar nos cuenta su mocedad.

—Yo estuve en Portugal, en África, en Méjico, en Cuba, en Francia y en Alemania, en donde me casé tres veces. Creo que ser paraguero es la cosa mejor del mundo.

Lleno de emoción nos enseña su rueda. Ante ella nosotros guardamos el más profundo silencio. Es una rueda vieja y tiene en una chapa el nombre de Rosa.

—¿Por qué se llama Rosa?

—Rosa—nos dice mirándonos con sus ojos escondidos allá abajo—es el nombre de mi primera mujer. Esta rueda tendrá sus ciento cuarenta años. Ya perteneció a mi abuelo.

—¿Cuál es la máxima alegría de un paraguero anciano como usted?

—Que mis hijos sean honrados trabajadores, que alguno mantenga el prestigio profesional de su padre, que casen bien casados y morir, que será pronto, en medio de ellos.

Nuestro hombre, a pesar de sus ochenta y cinco años, es un valiente.

—¿Tiene miedo de morir?

—Ninguno. Me entierran, me lloran, van a los funerales, y se acabó. Sólo quiero que en la piedra de mi tumba me hagan una pequeña rueda de afilar.

LOS MAESTROS DE LA «TARAZANA»

Estos son los auténticos maestros de la «tarazana»—la rueda de afilar—de esa hermosa comarca orensana llamada por ellos «Chaira». La vida de un paraguero tiene mucho de caminante misterioso, de conocedor de caracteres y de utilizador de un arte. Los caminos de Portugal, de Francia y de América han oído, además de nuestras calles, el concierto minúsculo de su apito, y las amas de casa de estos países, cuando han llamado al afilador para limar unas tijeras o para poner en condiciones un cuchillo, han hablado, sin saberlo, con uno de los muchos hijos de Orense que se dedican al oficio.

José Fernández FERREIRO

EL INGRESO EN LAS ESCUELAS ESPECIALES



LAS NUEVAS NORMAS HAN PRODUCIDO UN AUMENTO GENERAL EN EL NUMERO DE ADMITIDOS

Caminos y Montes superan en mucho el mínimo establecido por la ley

EN las cosas de la enseñanza, sobre todo cuando se trata de saberes que luego permiten ganarse la vida al que los ha adquirido, hay siempre dos circunstancias contrapuestas. Por un lado, cualquier ciudadano tiene derecho a aprender cómo se hace un puente o a averiguar en qué consiste el «imperativo categórico». Parece también natural, por otra parte, que se evite una inflación que haga imposible el sostenimiento digno de tan distinguida clase. Entrar en la Universidad llevaba consigo ciertos problemas. Ingresar en una Escuela Especial podía constituir por sí solo el fin de una vida. Por eso los universitarios empezaban con facilidad y terminaban encontrándose con una lucha dura e implacable. Por eso también a los técnicos parecía resultarles más sencillo conseguir un «modus vivendi».

VENTAJAS E INCONVENIENTES DEL EXAMEN DE INGRESO

El examen de ingreso en las Escuelas Especiales parecía una

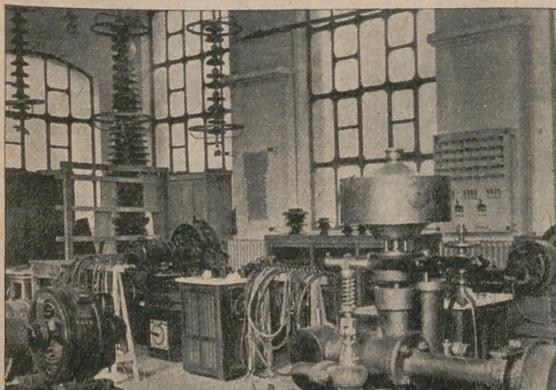
oposición vuelta del revés. En general, estamos acostumbrados a que los humanos, después de haber demostrado sus cualidades —de forma más o menos suficiente— frente a sus competidores y ante Tribunales competentes, sufran una transformación que les convierta totalmente y como quien dice en hombres de provecho. En el examen de ingreso se selecciona a los triunfadores con cinco o más años de adelanto. El razonamiento usado puede resumirse sin demasiado rigor así: «Usted se sabe el «Rouche», el «Rey Pastor», el «Mataix» y otros libros importantes por el estilo; usted, por otra parte, tiene una cultura general aceptable; usted va a triunfar en la vida.»

Aquí aparecía uno de los aspectos quizá criticables del sistema. Porque el que logra superar el ingreso no ha demostrado totalmente que puede llegar a ser un buen ingeniero. No ha sufrido pruebas que traten de inquirir esta especial aptitud. Y si se añade a esto una cierta limitación en el número de ingresados, el método quizá comience a dejar de

ser el mejor. Hace falta una gran capacidad económica de resistencia que permita aguantar convocatorias y convocatorias sin éxito, además de una impermeabilidad absoluta al desaliento. Si un año abundan los bien preparados, muchos de ellos deberán quedar fuera. Si otro el nivel medio es bajo, entrarán con más facilidad los mediocres. Y entretanto aparece una especie singular de jóvenes que queman sus energías en una empresa de la cual, aunque no escatiman el esfuerzo, saldrán en su mayoría derrotados.

UNA NUEVA ORIENTACION

Este estado de cosas fué el que movió al Gobierno a modificar ligeramente la actual legislación. El Decreto de la Presidencia del Gobierno de 4 de julio de 1952 señalaba la necesidad de establecer un número mínimo de alumnos ingresados en cada Escuela Especial. Tenía el legislador buen cuidado de aclarar que este número mínimo no era inviolable. Podía ser alterado para más. Porque «la cantidad de admitidos sólo debe



Una vista de la sala de maquinarias de ensayo, en la Escuela de Caminos



Alumnos de Caminos observando la construcción de una maqueta de salto de agua



Edificio de la Escuela de Ingenieros de Minas

quedar determinada por la preparación que demuestren los aspirantes». Casi un año después, en marzo de 1953, otro Decreto establecía de modo taxativo los topes inferiores. Un período experimental se había abierto en la enseñanza técnica superior. Se creaban también convocatorias extraordinarias. Ahora que ya está en plena vigencia lo legislado parece conveniente hacer un balance. He aquí algunos datos significativos que resumen la variación producida en el número de ingresados.

**EN CAMINOS Y MONTES
LOS CUPOS HAN SIDO
EXCEDIDOS**

En primer lugar, es significativo que las cifras marcadas por la ley hayan sido superadas en algunos Centros. El mayor incremento se ha registrado en la Escuela Especial de Ingenieros de Caminos: sesenta y cinco eran las plazas señaladas, y ochenta y una han sido las cubiertas entre las convocatorias de junio y sep-

tiembre de este año, cifra probablemente inédita en los anales del Centro. Caminos goza, en ese mercado pintoresco de dificultades que los pretendientes se crean, la mayor cotización. Pero ha sido la Escuela que más abierta se ha mostrado. Como punto de comparación indicaremos que en 1952 ingresaron setenta y dos.

Montes sigue a Caminos en esta clasificación. El cupo marcado era de cuarenta plazas. Han pasado cincuenta y dos, frente a veintitrés en el año anterior. En Esta Escuela ha habido más aprobados en septiembre—treinta y cinco—que en junio—diecisiete—.

**OTROS RASPAN LAS CI-
FRAS OFICIALES**

Otros Centros se han mantenido alrededor de las cifras oficiales sin excederlas en mucho. Tal es el caso de la Escuela de Ingenieros Industriales de Madrid, donde eran cien los previstos y han resultado ciento cinco los aceptados. Claro que el salto es mucho mayor si se contrasta con

los sesenta y siete aspirantes aprobados en 1952. En la Escuela de Minas—que ahora se prepara para celebrar el CLXXV aniversario de su fundación—han ingresado sesenta y cuatro mozos. Los aprobados el año anterior fueron cincuenta y nueve. La cifra oficial era sesenta. Más o menos todo sigue igual.

Telecomunicación se ha ceñido a la cifra exacta. Treinta era el cupo y treinta fueron los escogidos. Anteriormente el número de los aprobados oscilaba entre quince y veinte.

**UNA ESCUELA QUE AUN
NO HA TERMINADO**

De Agrónomos no se pueden dar todavía datos completos. Están a medio terminar los exámenes y aún no se conocen los números definitivos. Hasta hoy van ingresados cincuenta y seis aspirantes. El año anterior solamente lo hicieron cuarenta y cinco. Quedan nueve puestos por cubrir. La esperanza alegra aún la inquietud de los que faltan por examinar.

En Arquitectura van ingresados cuarenta y cinco. Aquí la cifra marcada es inferior a la de aprobados en otras épocas—frente a cincuenta y ocho en 1952 se han señalado treinta y cinco para este año. Por tanto, han iniciado la carrera larga y dura también después del ingreso diez alumnos en exceso sobre el número legal.

**EXITO DE LAS NUEVAS
NORMAS**

De este resumen rápido se deduce que las nuevas normas han sido bien recibidas. Faltan datos de provincias y alguno de Madrid, pero los aducidos son suficientemente claros. Como es natural, hay quien no ve bien estos aumentos. Algunos sienten cierto temor ante la posibilidad de que el número de titulados exceda al de las plazas apetecibles existentes. Quizá sea en este aspecto donde más previsora se muestra la legislación. Porque reducir el número de ingenieros al de vacantes es transformar en cierto modo esta maravillosa profesión en un quehacer oficinesco. Los mejores siempre triunfan. Y una sana competencia entre intelectuales preparados es el camino más apropiado para la aparición de creaciones excepcionales. España tiene hambre de técnicos, porque tiene hambre de industria. Nunca está de más disponer de un buen plantel de hombres que dominen la hidráulica o la resistencia de materiales. Frente al «que inventen ellos» unánimemente hay que oponer un justificado «ahora inventamos nosotros». Ingenieros y universitarios tienen esta misión a su cargo.

Francisco DUBERT
y
Francisco CERCADILLO



A la izquierda: Entrada de la Escuela Especial de Ingenieros Industriales. Derecha: Edificio de la Escuela de Ingenieros Agrónomos

Asegúrese usted

EL ESPAÑOL

todas las semanas

solicitando una suscripción.

POR LA RUTA DE LOS CONQUISTADORES



Vista panorámica de La Paz, capital de Bolivia. Al fondo, la mole imponente del Illimani y otras cumbres de los Andes

LOS INDIOS

Arturo Mateos, el motorista solitario, cuenta su aventura

CAZAN AGUILAS A PEDRADAS

El chotis "Madrid" en la última avanzadilla del mundo civilizado

VI

MIL KILOMETROS DE CAMINO

PENTADO en un banco de la avenida 16 de Julio, de La Paz, descansaba de mi paseo por la ciudad. Un frío seco y cortante me había acompañado en las calles empinadas, flanqueadas por modernos edificios, en las que me crucé con indios de razas distintas, tocados por anchos sombreros, envueltos en sus mantas de vivos colores. También vi muchos soldados completamente equipados con uniforme alemán, en el que sólo variaban las insignias. Y por todas partes aparecía el Illimani, el coloso de siete mil metros, que domina el paisaje, envuelto en su ropón nevado.

Fumaba tranquilo. Una de las veces que me llevé el cigarro a la boca vi mi mano teñida de verde. Di un salto. El viento se había llevado el cartel de «reición pintado» y un grupo de estudiantes reía viendo mi espalda completamente rayada de verde. Avergonzado, arrimándome a las paredes, conseguí llegar al hotel. Ya en la habitación me rei yo mismo contemplando mi aspecto de cebra. Pero la situación era trágica, pues no tenía otra ropa ni dinero para reemplazarla. Con gasolina conseguí limpiar algo mi chaquetón de cuero, pero no mis pantalones, que quedaron verdes para todo el viaje.

Así me dirigí al Consulado argentino para pedir, sin éxito, el visado. Analicé mi situación. Tenía ante mí la mancha de la selva virgen. Hacia Brasil, había que atravesar el terrible Matto Grosso; hacia Paraguay, el maligno Chaco. La única solución lógica era volver a Caracas. Un funcionario español, viéndome tan indignado, me dijo en broma:

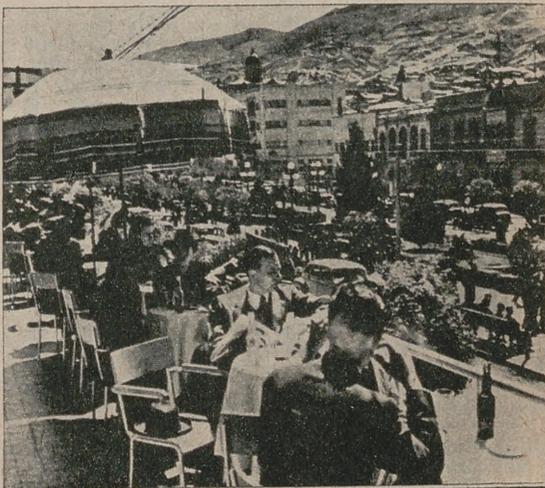
—Vaya usted a Brasil atravesando el Matto Grosso. Total, lo único que encontrará usted en falta son 1.000 kilómetros de camino... atravesie la selva virgen...

NOCHES, INDIOS Y FIERAS

No, no era mala idea. Yo me sabía muy bien la anécdota del español que se tiró sin paracaídas.

Iba a hacer otro tanto. Buscando el Moto Club para que me dieran algún plano, fui a parar a un taller de reparación de motocicletas. Había tres personas, que, al escuchar lo que me proponía, se quedaron de piedra; después me abrazaron con entusiasmo. Dos de mis interlocutores eran hermanos simpáticos muchachos que me llevaron con ellos a cenar y me contaron también su aventura.

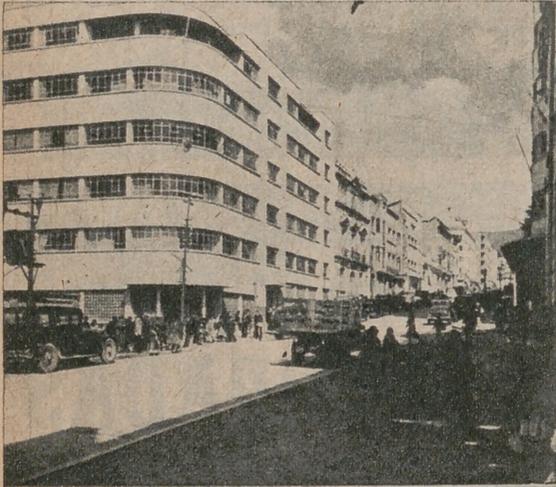
—Nosotros hemos conseguido llegar hasta Santa Cruz en moto... y esto es ya una hazaña que no recomendamos a nadie. Tardamos casi un mes... Y hasta Santa Cruz es sólo la sexta parte, y la mejor, de lo que usted piensa recorrer... Más allá de Santa Cruz no conocemos el camino... y le recomendamos que no intente esa locura... Más adelante hay sólo una senda entre la terrible vegetación. Atraviesa la selva durante centenares



Terraza del hotel «Sucre-Palace», de La Paz



Plaza de Murillo y Museo Legislativo de La Paz



Edificio del ministerio de Economía en la capital boliviana

de kilómetros, para llegar a un ferrocarril en construcción que comunica con Brasil. Pero la selva es muy peligrosa; piense que no encontrará un ser viviente y que si lo encuentra pueden ser indios nada recomendables... hay tribus antropofagas... piense en las noches... y en las fieras... Yo no quería pensar.

El domingo los magníficos camaradas del Moto Club boliviano me ofrecieron un homenaje inolvidable. En todos los periódicos salieron artículos dedicados a mi aventura, y en el estadio de La Paz, durante el descanso del partido de fútbol, tuvo que dar una vuelta en mi moto —donde lucía la bandera española—, saludando, entre los aplausos y vivas del público, a la hospitalaria tierra boliviana. Luego, en alegre caravana, atronando las calles con nuestras motos, visitamos menderos y lugares típicos. Como mejor recuerdo me regalaron un auténtico amuleto inca.

Era la mañana siguiente. En «el alto» me dejaron. Habían salido a acompañarme y me despidieron entre abrazos. Atrás se quedaban los amigos; hacia adelante, lluvia, barro y nieve, bajo el cielo plomizo del altiplano. La tristeza me oprimió el corazón. Para ahuyentarla me lancé a través de los enormes charcos, entre revueltas, que me obligaban a una lenta marcha. Así pasé durante horas en un viaje agotador. Ya de noche vi las luces de Oruro, única alegría después de catorce horas de revolcones y caídas. Estaba molido de lo lindo. Me había llovido todo el tiempo; helado, tiritando, entré en un hotel. Pedí ron y, mientras bebía, me di cuenta de que el dueño lucía una decoración española. Le tendí los brazos como si encontrara a un hermano. Era un soldado de nuestra guerra que accidentalmente había ido a parar a Bolivia. Charlamos largo rato y se lamentó de no poderme alojar: estaban ocupados hasta los pasillos. Hizo que me acompañasen a un hotel vecino.

Un posadero gordo, alumbrando con una vela, me guió a través de pasadizos y corredores hasta una habitación de seis camas, donde ya dor-

mían otros huéspedes. Sólo la del rincón estaba vacía. Mi cansancio me impidió poner peros al lugar y apagando la vela, sin hacer ruido, me acosté.

Me despertó la luz del sol, y cuál sería mi sorpresa al ver, en el lecho contiguo, charlando, a un joven matrimonio. El resto de las camas estaba ya vacío.

Yo tenía prisa, pero no estaba dispuesto a exhibirme; me sentía abochornado. Opté por arrebujarme y esperar. Al cabo de una hora les oí levantarse y salir. Entonces hice yo otro tanto. Desayuné, en el mercado, una torta remojada con chicha. Y abandoné Oruro, que tiene el aspecto de un gran pueblo castellano.

CAZANDO AGUILAS A PEDRADAS

Un río con puente era una novedad. Pero sólo la barandilla sobresalía entre las tumultuosas y crecidas aguas del desbordado río. Lo difícil era averiguar si existía todo lo demás. Dejé en la orilla la moto y con gran cuidado, agarrándome bien, pues la corriente me arrastraba, atravesé los cuarenta metros del puente. Ahora faltaba saber si «aquello» aguantaría el peso de mi moto. Santiguándome me lancé por la pasarela, temiendo a cada instante irme al fondo. No pasó nada y por eso lo puedo contar. Continué el viaje. Iba hacia Cochabamba, cruzaba grandes neveros, a 5.000 metros de altura, bajo un cielo negruzco, entre espesa niebla que me impedía ver el paisaje.

En una de las revueltas, ya en el descenso, encontré una nueva interpretación del mito de Ganimedes. El mozo era indio puro y había venido al aguilá que, muerta, con sus alas desplegadas, le servía de apoyo mientras dormía beatíficamente. Saqué una foto al hombre y al animal espléndido. Según me contaron después, es muy fácil cazar a estos colosos del aire. Los pastores indios dejan que desciendan para comer alguna pieza de su rebaño y cuando el ave, ahita de carne, intenta remontar el vuelo, le es imposible. Salta pesadamente; entonces los pastores la matan a simples pedradas. ¡Magnífica moraleja podría sacarse de la historia!

Otro río de cien metros de anchura, muchos coches esperando y en lugar de puente, cinco o seis docenas de indios metidos en el agua hasta mitad del cuerpo. Un automóvil se lanzaba a toda velocidad y quedaba atascado en mitad de la corriente. Manos y manos lo tomaban, lo levantaban en vilo y así era transportado hasta la otra orilla. A mi también me pasaron de esta manera triunfal, a lo romano. Todos los conductores pagaban con «la voluntad» en forma de buenas propinas. Mi voluntad era mucha, pero sólo pude dar las gracias. Estoy en deuda con aquellos indios del río cercano a Cochabamba.

QUINIENTOS KILOMETROS DE BARRO

Después de dormir en la pensión de un árabe, busqué información para llegar a Santa Cruz. Los policías que durante meses cerraban el paso —por la mala situación del camino— me aseguraron que podría llegar «si no me llovía». Eran 500 kilómetros.

Cargado con la máxima cantidad de gasolina, abandoné Cochabamba. Tres simpáticos motoristas decidieron acompañarme, y su compañía fue inapreciable. Describí el camino: dos surcos abiertos por el paso de los camiones en una capa de barro de medio metro de espesor. A ambos lados, la muralla verde y húmeda de la selva, la verdadera selva que aun no conocía. Cruzábamos anchos ríos, casi siempre sin puente, y cada cien kilómetros se alzaba un «hotel» cabaña grande donde una familia vivía de vender alimentos a los viajeros. A las pocas horas de caminos, por tanto meternos en las corrientes de agua fría, se le fundió un pistón a la moto de uno de mis acompañantes. Tuvieron que detenerse en espera de un vehículo que les volviera a Cochabamba. Les agradecí su generosa ayuda y seguí solo. En un «hotel» encontré conductores de camiones cuyos vehículos, atascados en el profundo barro, tendrían que quedarse en el camino, abandonados durante meses, hasta que terminase la estación de la lluvia. No había otra solución.

Si yo llegué a santa Cruz fué gracias a la mano que me echaron desde una caravana de camiones —con cadenas en las ruedas—, que a paso de tortuga se dirigía a aquella ciudad. Lo curioso fué que, por el enorme esfuerzo, el motor de mi moto se calentó tanto que se incendió seis veces. Método para apagarlo: llenar el casco de barro y ponerlo de tapadera.

Las mujeres de Santa Cruz tienen fama de ser las más hermosas de Bolivia y doy fe de que eran bonitas; mucho más lindas parecían al pensar cuantas penalidades nos costó llegar para poder contemplarlas. Y dejarlas, dejar sus sonrisas, era duro. Hacía adelante, la selva; todo misterio y peligro. Me asesoré del camino para llegar a Corumbá, capital de Matto Grosso. Todos movían la cabeza.

—Es imposible... son dos mil kilómetros de selva.

Otros decían que sólo mil quinientos, y esto ya resultaba un consuelo.

—Será una gran suerte si logra encontrar la vía del ferrocarril que, por contrato internacional, están construyendo Bolivia y Brasil... Así podrá llevar sin pérdida a Corumbá... Pero si no lo encuentra...

Y se encogían de hombros con un gesto que era todo un canto fúnebre. Pero yo me sentía contento, pensando en la nueva aventura. Cené opíparamente y, por las calles cubiertas de arena, me dirigí a un cine. Estaban en el descanso y, como si lo hubieran a posta, al entrar yo pusieron el chotis «Madrid». En aquel paraje, última avanzadilla del mundo civilizado, corazón de la selva, resultaba inconcebible. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral; de golpe me vinieron la emoción y los recuerdos.

DIEZ GALLINAS COCIDAS Y CIEN LITROS DE GASOLINA

Diez gallinas cocidas, cien litros de gasolina y alguna botella de licor constituían los víveres para «Harley» y para mí. Según me dijeron, por la vía en construcción pasaba una máquina con tres vagones una vez a la semana. Mi única tabla de salvación era encontrar la vía en el día en que pasaba aquel tren. Jugándome la dudosa carta me lancé entre la selva cerrada por el espeso barrizal que me dificultaba la marcha. Estaba ya tan acostumbrado a lo malo, que en aquello no veía ninguna novedad. Encontraba restos de camiones abandonados a la orilla del tenebroso camino, abierto a golpes de machete en la espesa vegetación tropical. Aquellos grandes árboles sobrecogían; el problema era tener que dormir en los lugares habitados por fieras. Yo no quiero relatar ahora las penalidades, los terrores de seis días en los que avancé unos quinientos kilómetros. Según mis cálculos, tenía que encontrar ya la vía, pero no la divisaba por ninguna parte.

Me despertó, al séptimo día, el golpear furioso de las primeras gotas de lluvia sobre la lona que me cubría. Mi «dormitorio» consistía en un suelo de

pedras; apoyaba la espalda sobre la moto, que formaba una de las paredes de mi tienda. La lona estaba bien sujeta y rodeada de pedras: sólo quedaba un hueco protegido por el motor. De este modo me creía seguro contra los animales nocturnos. La lluvia era ya espesa cortina de agua. Recordé cuanto me dijeron en Santa Cruz:

—Si llueve se termina su viaje—y vi los gestos de pesame con que acompañaban las palabras. Una tromba me caía encima. Todo se me volvía arreglar la lona para que el agua no entrase. Sobre mi cabeza escuchaba el chillido ensordecedor de los monos que corrían, alocados, buscando refugio. Una hora estuve así: varios centímetros de agua inundaban ya mi tienda. Aquello no tenía aspecto de parar; yo había de pensar en algo si no quería morir. Una avalancha líquida me tiró al suelo, destruyendo mi refugio. No pude ahogar un desolado grito. El agua me empapaba todo y una corriente impetuosa me llegaba hasta las rodillas. Dos enormes fieras, espléndidos jaguares, pasaron a mi lado sin hacerme caso... Su miedo era mayor que su instinto carnívoro... Otros muchos animales huían, con desesperada prisa, mientras el agua arrastraba ramas y montones de hojas... Aturdido yo también por aquella espantosa lluvia, cuya fuerza era indescriptible, quise correr hacia alguna parte, pero el barro me lo impedía... Allí estuve hasta el atardecer, con las manos crispadas sujetando la moto, ciego por el agua que cubría mi cuerpo sin cesar.

INDIOS Y CUATRO DIAS DE HAMBRE

Al atardecer el miedo a morir me hizo tomar una solución extrema. Abandonar todo y salvar el pellejo.

—A veces llueve durante un mes seguido—me habían dicho. De mi velocidad en salir de aquel lugar dependía mi salvación. El agua se había llevado los pocos víveres que me quedaban, nada había en torno que me sirviera de alimento... «Podré aguantar cuatro días andando, sin comer. Eso si los habitantes de esta endemoniada selva no adelantan los acontecimientos», me dije. Sabía que por aquellos andurriales había indios hostiles. Vivían en paz con los hombres blancos mientras éstos no transpusieran los límites de la tierra que les pertenecían. Me habían contado que existía un acuerdo con el Gobierno de La Paz, que garantizaba su autonomía.

—Tenga cuidado no pierda la senda... pudiera encontrarse con una flecha clavada en la espalda.

Y ¿dónde quedaba la senda? El agua iba creciendo bajo la terrible lluvia. De la moto saqué unos recuerdos de plata que compré en Perú para mi madre y hermana, y, solamente con el cuchillo y la máquina fotográfica —oxidada por los continuos baños— decidí marchar. Abandonaba mi vehículo y esto era espantoso. Allí se quedaban también los rollos de películas, valiosísimos documentos de mi viaje, que el agua había estropeado completamente.



Mientras dura la estación de las lluvias, los caminos, convertidos en barrizales, con intransitables. Cuando un vehículo se aventura por ellos necesita para salir la ayuda de los hombres de la comarca

Y huí como las fieras enloquecidas. Marchaba procurando seguir la brecha abierta entre los árboles. Serpientes de diferentes tamaños nadaban en las sucias aguas. Por fortuna no se preocupaban de mí. Buscaban refugio en los altos árboles, donde ya muchos animales se habían instalado.

—Y ahora un consejo importantísimo: si le llueve no se suba nunca a un árbol. Serviría de pasto a cualquier animal hambriento.

UNA NOCHE DE TORTURA

Por fortuna mi mente recordaba todas las recomendaciones. Y no me subí a un árbol, aunque el agua me tiraba, empujándome, hiriéndome contra las raíces y las piedras.

Yo no sé cuánto anduve casi a ciegas; llevaba el cuchillo preparado por miedo a una sorpresa. Y así me llegó la noche... *La noche*. En aquel infierno, que ni Dante pudo imaginar, las tinieblas superaban todas las torturas. Y recordé con nostalgia la noche pasada en el Perú, a 5.000 metros de altura, esperando morir helado. Aquello era una fiesta de bodas comparado con ésto. Antes de que la última sombra me envolviera, me acurrugué en el tronco carcomido de un árbol enorme. Contra un hueco, la corriente había amontonado ramas y hojas, formando una especie de dique. Instalado allí, con el cuchillo preparado, esperando que cualquier animal viniera a disputarme el sitio, pasé la noche. Entre el ruido de las aguas no hubiera podido oír ningún otro rumor: un jaguar o una serpiente caerían sobre mí por sorpresa. La lluvia me azotaba sin piedad. De vez en cuando lanzaba enormes gritos, para ahuyentar a los merodeadores, para hacerme compañía a mí mismo. Y echaba maldiciones contra aquellas gentes importantes que se habían dedicado a hacer revoluciones en lugar de hacer carreteras, en países tan fabulosamente ricos y hermosos como aquellos.

Y llegó de repente el día. Mi posición no había cambiado. Solamente ahora la vista ratificaba lo trágico de la situación. Como Ofelia, yo tenía que morir en el agua, pero de modo mucho menos romántico que la heroína shakesperiana. La tensión nerviosa, la noche en vela, el hambre aguda, me estaban venciendo. «Es mejor morir andando que morir sentado», me dije. Y como un sonámbulo comencé a andar y a caerme en la alta corriente de agua. Me acompañaba el aullido incesante de los monos, cientos de monos, irritados por la lluvia. Me guiaba por el claro abierto entre los árboles, que indicaba la dirección del camino, pero, de pronto, los árboles se espesaban: no había equivocado. Otro claro más allá... también los árboles se cerraban al poco rato; andaba y retrocedía con el solo anhelo de que mis pasos me llevaran a la vía del ferrocarril.

Llegó así la segunda noche. Los nervios querían estallar, una fiebre alta me secaba la garganta y me hacía estremecer continuamente. Tenía las ropas destrozadas y el cuerpo lleno de arañazos. Era un pobre guínapo humano en lucha con la potencia de una naturaleza gigantesca. Temblando, deshecho, tuve que pasar la noche entera *de pie, sobre un piedra*, con el cuchillo alzado. Fué una tortura inimaginable. El sonido regular del agua, la fiebre, el cansancio me empujaban al sueño. Yo tenía que estar alzado, golpeándome para espabílarne. Y pensaba, pensaba en cuanto me había dejado atrás, en mis amigos, en que tenía que llegar hasta el Brasil como lo había prometido, empeñando mi honor. ¡Pobres palabras humanas! Mi destino era que muriese así, de pie, en mitad de la selva.

Al tercer día, el amanecer venció mis energías... Caí, pero el agua me ahogaba. Me incorporé. Sabía que cerca se deslizaba un río, pues había observado una continua bruma, inmóvil como larga columna, y, entre los bichejos con que me tropecé, vi muchas *lapas*, especie de cocodrilo que no mide más que dos metros. «Si llego hasta el río, sobre un tronco puedo dejarme llevar por la corriente...», acaso así me salve. Con esta idea, última que me dió mi cerebro, arrastrándome como un muñeco, procuré orientarme hacia el río. La fiebre me devoraba... un esfuerzo más... y otro...

UN CAMPAMENTO SALVA MI VIDA

Serían las tres de la tarde cuando se abrió ante mí un claro, ocupado por primitivas cabañas.

Hombres casi desnudos salieron de ellas. Con el único aliento que me quedaba grité, cayendo de bruces sin sentido.

Recuerdo después —en una especie de niebla— que desperté en una cabaña, rodeado por aquellas figuras cobrizas. En un cuenco de madera me dieron a beber algo. «No estoy durmiendo, estos son indios de verdad», me dije. E instintivamente saqué los objetos de plata peruana que aun conservaba y se los tendí al que parecía el jefe. Después, acaso por efecto del brebaje, quedé dormido profundamente.

Desperté por segunda vez. Habían pasado horas o días. Estaba solo. A la puerta de la cabaña había un indio sentado.

Me habían rodeado el cuerpo con una faja, que todavía conservo. Estaba arropado con pieles. «Demasiados cuidados», me dije. Y pensé irónicamente que todo aquello sería para que me pusiera fuerte y luego matarme en prolongada agonía. Todas las películas del Oeste me vinieron a la imaginación. Y por sí esto fuera fantasía, las palabras admonitorias: «Si viola sus fronteras, le matarán a flechazos. Son sanguinarios y crueles. Entre ellos hay tribus de antropófagos...». Sí; los cuidados eran para devorarme después sano y rollizo.

Entró el indio y me habló en una lengua que creo guaraní. Llamo a gritos y vinieron otros indios. El jefe y dos o tres más lucían los objetos de plata que les había regalado. Hablaban entre ellos.

—Endemoniados indios, ¿no véis que no os entiendo? Estoy muy agradecido a vuestros cuidados, os debo la vida...

Se callaron todos y uno de ellos se acercó más y me habló «en español». Lo chapurreaba, pero nos entendimos. Me sacaron fuera, pues ya no llovía. Yo, lentamente, les conté el porqué de haberme oculto en su tierra. Les expliqué mi aventura en palabras sencillas. El indio las iba traduciendo. Y me miraban todos como impasibles estatuas.

—Nosotros verte... tres días verte.

O sea, que entre las espesura me habían observado mientras luchaba desesperadamente contra la lluvia.

—Tú ser hombre como éste—y me señalaba una piel de fiera.

Aquello debía ser una alabanza y sonrei.

—Tú solo... sólo...—repetía el indio. Y había en sus palabras admiración.

—Tenía mi moto y la he perdido... no puedo seguir adelante, ¿qué véis a hacer de mí?

Tradujo el intérprete y el jefe ordenó algo. Cuatro indios jóvenes se alejaron.

«Ahora van a buscar a la gente de otra tribu para celebrar la fiesta de mi muerte», pensé. Otra vez estaba dentro de la cabaña. Pensé en huir... era imposible. Estaba tan débil que apenas podía incorporarme. Pasaron horas angustiosas. Un viejo me dió de comer frutas y harina. Atardecía ya cuando oí un canto salvaje. Me estremecí. Unos indios me sacaron en brazos hasta la entrada. Y yo entonces vi algo que me hizo llorar y reír con emoción profunda. Los cuatro jóvenes regresaban. Volvían sí, llenos de barro, pero *trayendo a hombros mi motocicleta*. El intérprete estaba a mi lado. Le estrujé la mano con fuerza. A mis pies dejaron a la pobre moto, la lona y todos los objetos que había dejado caer al abandonar el vehículo. Era un prodigio. Aquellos indios salvajes y fieros, gente comodona y hostil, se habían molestado por ayudarme, ¡y de qué modo! Era mucho más de lo que un hombre podía esperar. Les expresaba con gran alegría mi agradecimiento, pero el intérprete no traducía. Todos habían comprendido.

—Nosotros, amigos. Tú, valiente...—. Y entre todo lo que se ha dicho de mi viaje, las palabras de aquel salvaje han sido la mayor alabanza para mí.

«NO HACEN MAS QUE MATAR»

El jefe dió una orden. Me hicieron beber algo muy fuerte. En volandas me llevaron hasta el río. Allí había una balsa de troncos en la que me instalaron con la moto y todas mis cosas. Me acompañaba el intérprete y cinco indios más. Supe entonces que ellos se dedicaban a confeccionar ham-



Con su hijo a la espalda, ésta es la estampa de una india belviviana

cas y que, el que chapurreaba español, iba hasta un lugar habitado, donde vendía o cambiaba los productos de la tribu. Después, por el río, regresaba al escondido lugar de la selva que constituía su mundo. También me enteré que los tres días últimos yo había estado dando vueltas siempre por el mismo lugar, sin avanzar nada en mi camino. Y, lo más terrible, aquella tribu —creo que éran *matacos*— tenía por vecina a otra de indios antropófagos, con la que andaba en continua guerra. ¡Si llego a avanzar un poco más!

La balsa, dominada por la corriente del río, giraba a menudo y yo veía dar vueltas a las copas de los árboles; era una alegre danza, pues la bebida alcohólica hacía sentirme más fuerte y optimista.

Vi que mis acompañantes indicaban hacia la orilla: divisé un rústico embarcadero y algunas construcciones. El viaje terminó. Era un poblado habitado por mineros e indios. En sus manos me dejaron y ellos, impassibles, sin un gesto, sin una palabra de contestación a mis demostraciones de gratitud, se alejaron otra vez río arriba...

Todo esto podría parecer mentira si yo no tuviera como testigos a las gentes de aquel poblado y como prueba la faja y otros recuerdos que me dejaron los indios.

—Es algo increíble... Le han salvado a usted la vida esos... esos que no dejan salir vivo a nadie de sus tierras—. Y los mineros se hacían cruces ante lo que acababan de presenciar.

Estaba muy enfermo. Me llevaron otra vez a Santa Cruz. Allí me recogió, gratuitamente —he de decirlo con gratitud— el avión brasileño «Cruceiro do Sol». Me condujo a La Paz, donde fui hospitalizado. Mi estado de salud era preocupante...

(Continuará.)

POESIA ESPAÑOLA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES
INDICE Y CENTRO DE LA
ACTUALIDAD POETICA

LOS MEJORES POEMAS, BAJO LA
MAS DEPURADA SELECCION

LA MAS COMPLETA INFORMACION
SOBRE LIBROS, LECTURAS, RECI-
TALES, CERTAMENES, CONCUR-
SOS, ETC., ETC.

POESIA ESPAÑOLA

SUMARIO DEL NUMERO 21:

RAPSODIA DEL GRAN TURCO,
por Adriano del Valle.

ELEGIA A CLEMENCIA MIRO,
por María Alfaro.

EXPRESO AL HOMBRE, por
Manuel Molina.

1953, por Manuel Fabeiro Gómez.
LA POESIA, por Pedro Caba.

DOS SONETOS, por Jesús Massip.
DOS POEMAS, por Jesús Juan

Garcés.

VERSOS PARA UNA CIUDAD,
por Luis López Anglada.

«ALTEO» (Ricardo Blasco), por
Pablo Cabañas.

«GOIG» (Xavier Cásp), por Jesús
Acacio.

«RESERVANDO MI LAGRIMA
PARA LO CALIDO DE MIS
CENIZAS» (Oswaldo Rossler),
por Pablo Corbalán.

DOS POETAS DE LA ESCUELA
DE ROCHEFORF, por Manuel
Alvarez Ortega.

POEMAS, por Alfonso Sastre.

POEMA PARA MI GATO, por
Juan Pérez Creus.

LA CAJA DE MUSICA, por Leo-
poldo de Luis.

UN NUMERO CADA MES POR
10 PESETAS

En los números 19 y 20 de POESIA
ESPAÑOLA colaboraron:

Fernando Allúe y Morer, Clementina Arderiu, Joan Arus, Ricardo Blasco, Enrique de Bonaval, Pedro Caba, Juan Antonio Campuzano, Demetrio Castro Villacañas, Carmen Conde, José Córdoba Trujillano, José Cruset, Jaime Delgado, Jesús Delgado Valhondo, Tomás Garcés, Ramón de Garcíasol, Pío Gómez Nisa, Lorenzo Gomis, Juan Ismael González, Alvaro Jiménez, Casado, José María López Abellán, Mario Angel Marrodán, Rafael Mir Jordano, Lauro Olmo, Román Ortega, Carlos Edmundo de Ory, Arcadio Pardo, Ricard Permanyer, José Luis Prado Nogueira, Vicente Ramos, Agustín Sancho, Agustín Torres Lazo y Luis Trabazo

SUSCRIBASE HOY MISMO A

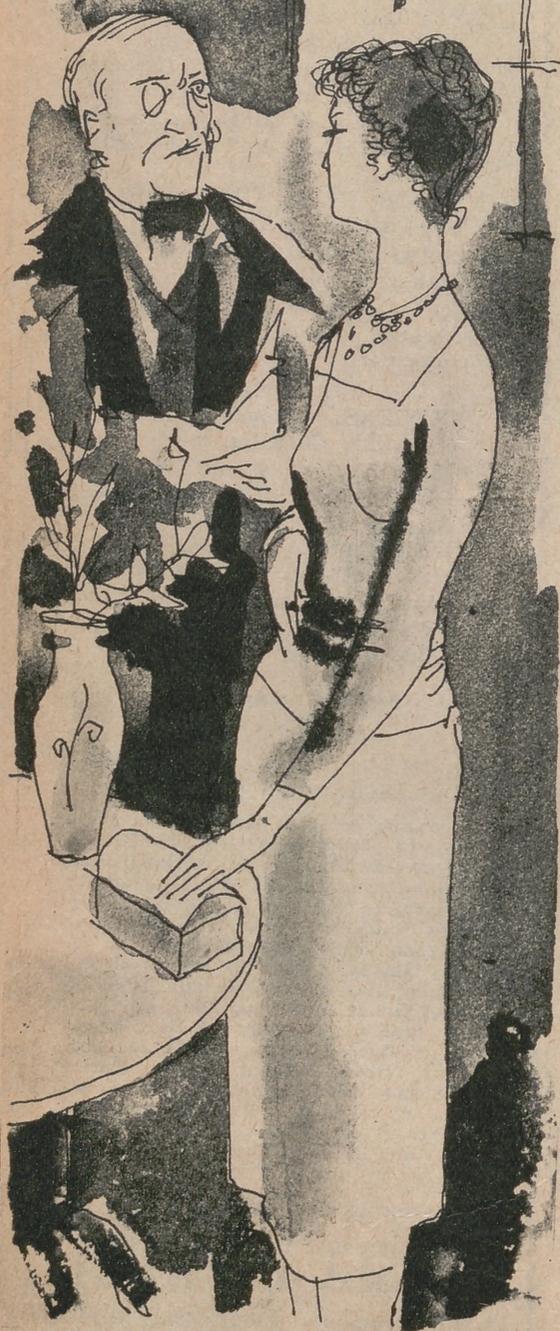
POESIA ESPAÑOLA

Administración: Pinar, 5. MADRID

BALTICO

NOVELA

Por José Luis SAMPEDRO



La primera noticia que, al cabo de quince años, se tuvo del joven barón desaparecido fué la de que se hallaba en un hospital de Rotterdam. Al menos, en él había ingresado un hombre que, al recobrar el conocimiento, dijo llamarse Hans Freiherr von Rantau y dió la dirección de su padre, en la Prusia Oriental. Sin embargo, era un marinero recogido por la Policía en una taberna del puerto, con una herida en la cabeza causada por un bote.

El extraordinario acontecimiento fué un terremoto espiritual para los habitantes del castillo. La señorita Berta, sobrina del viejo barón, que vino a vivir con él cuando la desgracia, se retiró a sus habitaciones de la torre y pasó la tarde relejendo papeles y cartas amarillentas, que las frecuentes lecturas habían casi roto por los dobleces. La invitación para su propia boda con el desaparecido primo—agosto de 1914—permaneció largos instantes en sus manos, mientras los ojos contemplaban la fotografía del joven húsar, nunca ausente de la mesita.

Mientras tanto, en la biblioteca, el señor barón releía la carta del Rujkeer Hospitaal. Según el médico director, el paciente, al saber que estaba en Holanda, preguntó si le permitirían pasar a Alemania para incorporarse en el frente a su regimiento. Cuando le convencieron de que no era el 4 de julio de 1914, sino el 2 de agosto de 1929, pidió un espejo para mirarse y quedó anonadado. No tenía la menor idea de lo que había hecho en todo aquel tiempo. No podía explicarse sus vestidos de marinero ni la herida en una taberna. Recordaba, sí, haber recibido un golpe «la noche anterior», pero al chocar contra la borda del bote en que le sorprendió la tempestad cuando intentaba alcanzar la costa holandesa y escapar del internamiento que le amenazaba en Bélgica. Según sus documentos, era Peter Hendrik, un marinero holandés residente en la isla de Schouven. Había que desear, sin embargo, toda sospecha de superchería. Se habían dado ya casos análogos, y los dos accidentes sufridos explicaban el absoluto olvido, primero, de todo su pasado anterior a 1914, y, después, de toda su vida durante los quince años siguientes. Como quiera que fuese, dentro de pocos días sería dado de alta, lo que se comunicaba a sus posibles parientes en el castillo de Rantau.

El viejo barón sentía, ante la carta, que su hijo estaba vivo. El doctor Oken, con quien todos los días jugaba en el castillo la partida de ajedrez, estaba de acuerdo con la interpretación médica del caso, que, además, venía a corroborar sus teorías mecanicistas. Así lo creía también el señor pastor Reiselén, otro habitual del castillo, aunque basándose, por el contrario, en la Providencia divina.

A la hora de la cena, la señorita Berta se presentó en el comedor con un fino collar de oro, primera alhaja que se ponía desde «entonces». El viejo barón la previno, bondadoso, contra un posible desengaño. Pero ella sonrió—extraordinario—como si fuera imposible equivocarse.

Igual confianza reinaba entre la servidumbre, comocionada también desde la llegada de la carta. «Ya puedes ir limpiando las monturas», dijo un

antiguo criado al joven palafrenero. «¡Pero si no hay más que un caballo de silla!» «¿Te crees que no comprará más mi señorito? Nada le gustaba tanto como galopar sobre un buen animal», replicó la vieja Lena, que había sido nodriza de Hans. Y luego, como le sucedía desde hacía tiempo, agregó unas palabras sin relación con lo que venía diciendo: «¡Señor, Señor, qué va a ser ahora de nosotros!»

Por un azar, la señorita estaba presente cuando se pronunciaron aquellas frases, y aunque todo el mundo sabía que a la pobre Lena ya no se le podía hacer mucho caso, sus palabras llegaron hasta el corazón de Berta. Ella también estaba intranquila, ahora que la incógnita había quedado despejada. Un telegrama enviado desde Rotterdam por el viejo barón confirmaba la resurrección de Hans. «Ya lo tenemos otra vez—terminaba—. Alégrate, hija mía.» Una carta posterior añadía que Hans la recordaba, que había preguntado por ella inmediatamente, sobre todo si se había casado. Estaba un poco más viejo, claro, y algo cambiado de aspecto por su vida de mariner. Pero todo marchaba bien, concluía el barón.

¿Todo? En la misma carta venían unos renglones de Hans. Resultaban turbadores, porque era letra suya, pero torpísimamente caligráfica. Como escrita por un niño cuya manecita se hubiera Hans limitado a guiar. Aquellos renglones dudosos ensombrecían las noticias alentadoras, pues al verlos era evidente que no todo volvía a ser como en 1914. Que una enorme realidad desconocida se agazapara siempre, como un tumor secreto y amenazador, en el seno de la más apuntalada confianza.

Berta meditaba sobre todo ello junto a los ventanales de la biblioteca y trataba de comprenderse a sí misma. Descubría que nunca le había dejado morir del todo, que un fantasma querido había continuado alentando junto a su vida y habitando su atmósfera. Y ahora el fantasma, a su vez, se resistía a morir, a ser aniquilado por la brutal irrupción de un organismo real. La incertidumbre de aquellos quince años había llegado a constituir para Berta un seguro refugio, porque le satisfacía aquella sombra siempre tal como ella la deseaba, nunca amenazadora con lo imprevisto de la vida. Pues la señorita del castillo no necesitaba ninguna boca verdadera para que, en sus noches solitarias, el recuerdo del único beso provocase lágrimas y agitara el adolescente pecho lo bastante para su ansia emocional. Por eso ahora se replegaba, temerosa de la violenta ráfaga real que disiparía las nieblas del lago interior y obligaría a ver la roca de las orillas, los traidores remolinos, los escollos.

Durante aquellos días de espera hizo buen tiempo. El Báltico mostraba en calma sus verdes lejanías, alegradas incluso por un venticillo que pastoreaba ingravidamente nubes traslúcidas. Cerca, el mar era un movetizo tejido de ondas entrecruzándose con venturosa indiferencia. Pero, en ocasiones, Berta creía ver desde la terraza que las aguas se encabritaban bajo una ráfaga helada. Y, a veces, en la caverna del acantilado, al pie del castillo, la ola entraba sordamente y salía bufando con sinies-

tra violencia, pulverizada en un cono de espuma, a causa del aire súbitamente comprimido dentro de la cavidad. Berta sentía entonces el socavón en su alma.

Sin embargo, se esforzó por encontrar sus mejores sonrisas para el momento que por fin llegó. Fué primero, a lo lejos, la nube de polvo sobre la alameda; después, el bulto del carruaje; luego, el rítmico trotar de los caballos, que, al cabo, franquearon la verja y contornearon el estanque hasta detenerse al pie de la escalinata. Berta esperaba en lo alto, y detrás los criados. En aquel momento la emoción prevaleció en ella y la felicidad flotó ciertamente en el aire.

Entonces un hombre bajó del coche y, mientras el viejo barón se apeaba, permaneció un instante inmóvil, mirando hacia arriba. Berta dió unos pasos hasta el primer escalón. El hombre empezó a subir con paso macizo y cauto, como planeado contra la inestabilidad. Berta lo tuvo junto a ella. No, no era el joven húsar. Aunque sí, en lo más hondo de los ojos, como tras un velo, cabía reconocer el alma invariada del prometido. La felicidad, que decaía, se reanimó con eso unos instantes y Berta entregó dichosa sus manos.

Pero en las otras manos que se adelantaron a recibirlas Berta sintió llegar definitivamente la tragedia. La directa comunicación del ser femenino con los subterráneos mundos esenciales se le reveló implacablemente: no era las manos de Hans. Aquellas dos parejas de manos se palparon y se examinaron como entrecruzadas antenas de dos insectos que tropiezan en su senda y no se reconocen ni se comunican. Fueron piedra contra piedra.

Durante la catástrofe, los criados vitoreaban al joven señor, el barón sentía temblar su bigote cano y procuraba conservar su serenidad, el doctor consideraba el caso sintiendo incluso cierto reflejo de la alegría general, el pastor alababa al Señor, cuyos designios son inescrutables y cuya mano conduce siempre al hombre por su camino...

En cuanto al hombre, es decir, Hans, quizá no se daba plenamente cuenta de lo sucedido, emocionado como estaba por la resurrección del mundo de su infancia. Pero Berta, sí: veía la felicidad resquebrajada, muerta. Sólo Dios sabía si podría ser recuperada. Por de pronto, había que dedicarse nada menos que a reconstruirla.

Por si la tragedia no hubiera estado clara, se hizo luego patente en el salón, donde se celebró el regreso con viejo vino rhenano. Berta abrió el piano y pulsó unos acordes con dedos todavía capaces. A su lado estaba Hans, ambos dejados casi a solas.

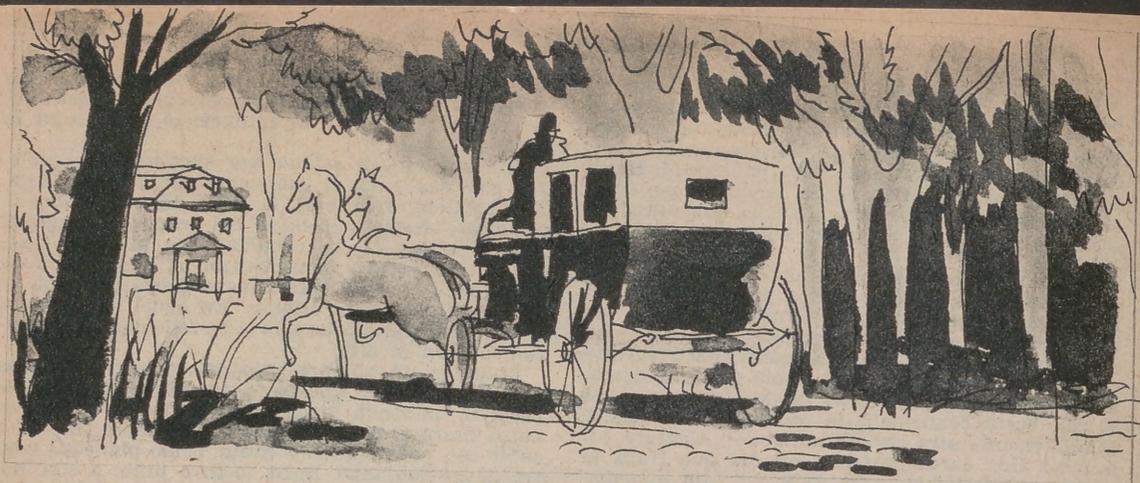
—¡Qué desafinado está!—dijo ella—. Pero, ¿te acuerdas de nuestra sonata de Kreutzer?

Y señaló el violín, callado desde entonces. Hans se turbó.

—Creo que no podría. Hace mucho que... Bueno, en todo este tiempo no he debido usar mis manos como antes. Fíjate, casi no parecen mías.

Y las alargaba, con tímida sonrisa; alargaba dos manos al extremo de sus muñecas. Parecer—pensó Berta—, sí parecían las manos de Hans, y era una gran ventaja que él solamente creyera que no lo





parecían. Porque, en verdad, no lo eran. ¿Hasta qué punto? Berta empezó a tocar un «lied» que también les recordaba muchas cosas, y al concluir se enfrentó con el rostro de Hans. Vió una expresión difícil, como si el alma realmente conmovida no pudiera por sí sola manifestarse en el rostro y necesitase que dedos de la voluntad forzaran a los músculos a traducir la correspondiente actitud. A pesar de todo, la tragedia de las manos resultaba en cierto modo compensada por el éxito de los ojos, que Berta sentía suyos.

Hans también había sentido que la música reforzaba el puente sobre ese abismo al que no podía ni quería asomarse. Nada en su alma sino conformada paz y el viejo—¿viejo?—amor por Berta. No, nada sino eso. Pero lo trágico era que esa «nada» no era el vacío, sino que estaba llena de un contenido ignoto. Era como llevar un fardo de no se sabe qué: acaso provisiones útiles para el futuro, pero quizá un explosivo mortal en cualquier instante. Y Hans no podía arrojar ese fardo, como un insecto se desprende de un miembro apesadado, y la enorme bola de nada pesaba en su alma.

Para el alma hubiera sido más fácil ir dejando agostarse el fardo poco a poco, lo mismo que el tronco deja morir la rama sobrante. Pero al cuerpo le resultaba imposible. La memoria del músculo, infiel a lo lejano, era pavorosamente leal a lo inmediato y en ella la reciente nada lo era todo. Hans comprendía que sobre un cuerpo casi adolescente se habían superpuesto quince años de hábitos hasta condicionar la forma y el gesto. Sentía miedo al considerar sus pies de planta encallecida, su andar balanceante y sus manos con la viva capa de tosquedad sobre la aristocracia heredada. Berta tendría que ayudarle, pensaba; las mujeres contribuyen prodigiosamente a moldear el cuerpo del varón. Pero, ¿cómo lo sabía él, de dónde le venía esa idea, quizá esa experiencia? No de sus años de oficialillo que se limitaba a pasar sobre las mujeres, sino seguramente de allí, del abismo de nada a sus espaldas. Y Hans contemplaba desde la terraza el otro abismo, donde el verde Báltico parecía querer inclinarse hacia un gris sombrío.

Era un mar indeciso. Habían hecho el viaje hasta Königsberg por avión, con escala en Copenhague, por no haber plazas para un vuelo directo. Durante el vuelo, Hans había realmente conocido el Báltico por vez primera. Un mar dudoso, sí, donde ni el agua ni la tierra lograba ser una u otra plenamente. La verde lámina marina estaba fragmentada por innumerables islas arenosas, apenas emergidas y hasta inundadas en los temporales. Los verdes herbazales se confundían con el color del agua y se prolongaban alrededor en prados casi submarinos, solamente acariciados por el aire durante la bajamar. Más lejos, mar adentro, también se asomaba la tierra en la amarillenta presencia de los bajíos o en las acumulaciones de hierbas y despojos que las olas revolvan con el sarro del mar. Por su parte, el suelo continental mostraba agujereada su firmeza por centenares de lagos opacos, cuyo cerco de bosques era como irradiación de las aguas. Hierba en el mar y gaviotas en los prados. En el avión, Hans había recordado aquellos versos: «Ni Eslovenia, ni Germania, ni Oriente, ni Occidente; traspasada de lagos, casi ni mar ni tierra; esa indecisa costa, nuestra patria.» Su patria. La misma indecisión de su alma, de su desdoblado ser.

Transcurrieron unos días en que ambos se cambiaron palabras animosas, mientras los gestos cau-

telosos tanteaban cuidadosísimamente para no dar un paso irremediable. Todos observaban a Hans. Para la servidumbre era solamente algo raro, explicable por su extraordinaria historia. Para el pastor, era la mano de Dios salvándole providencialmente de la guerra—donde, sin duda, hubiera muerto el valiente húsar—y devolviéndole otra vez a Rantau. El viejo barón era quizá quien menos olfateaba la inquietud, cegado por el júbilo de haber recuperado no sólo el hijo, sino la perpetuación de la raza. El doctor aguardaba con pesimismo, pues sabía lo que pesa el cuerpo en el hombre. Y Lena, la vieja nodriza, nada parecía pensar, nada decía. Pero cuando pasaba ante su mirada, Hans se veía a sí mismo como una peligrosa bomba susceptible de estallar cualquier día entre las gentes.

El mismo castillo parecía participar de la tensión, polarizada claramente entre dos lugares: la biblioteca y la terraza. A Berta le bastaba, para definir si el día había sido favorable o no, saber en cuál de los dos sitios había permanecido más tiempo con Hans. Ella procuraba atraerlo a la biblioteca, donde las viejas maderas amigas revestían las paredes, las alfombras amortiguaban la vida y los asientos eran dóciles. Donde el piano se convertía en la poderosa voz de antaño, los libros exaltaban el espíritu—desgraciadamente, los libros nunca habían sido la pasión del joven húsar—y hasta las cabezas de ciervo y los trofeos llamaban a la antigua afición cinegética de Hans. En la biblioteca, ella confiaba en domar el caballo desmandado.

Pero el caballo arrastraba a Hans hacia la terraza. Allí las manos y el cuerpo entero recibían el viento sañado y las ropas batían como velas flojas contra los mástiles cuando se cambia de rumbo. Y a través de su vida muscular, el alma de Hans se adormecía bajo la canción del largo y el aliento del mar libre. Permanecer allí era llenar plenamente de vida cada minuto, empaparse del mundo, participar de la armonía universal. En la terraza se sentía enraizadamente vivo, Berta lo percibía tan bien como él y a veces no se atrevía a arrancarle de allí para llevarle hacia la dudosa batalla, sino que, escondida tras los cristales, veía las espaldas del hombre recordadas contra un cielo donde rayos de sol aún estival traspasaban a ratos las nubes en claro abanico, pero donde otras veces todo era ceniza y plomo aborascado.

Berta confiaba, sin embargo, en un recurso supremo. Al fin, cuando una mañana llegaron los caballos, pudo ponerlo en práctica. Nada como la equitación había apasionado antes a Hans. Por eso estaba llena de esperanza cuando bajó con él la escalinata y le ofreció un potro magnífico para dar una galopada hasta la orilla del lago.

Era un día inmejorable, con toda la dulzura de la otoñada temprana. Los árboles, ya casi desnudos, recortaban exquisitas ramificaciones contra el cielo pálido. Las hojas secas rozaban el suelo en las suaves ráfagas. El aire estaba todo lleno de olor a tierra musgosa. Berta montó y suspiró de alivio después que vió a Hans poner el pie en el estribo, sujetarse a la silla y subir como era debido, aunque quizá no ágilmente.

No, no fué ágilmente. Hans tuvo que hacer un raro esfuerzo para encoger las rodillas y adaptar sus piernas al vientre del animal. Sus dedos eran torpes para las riendas. Sabía el nombre de cada parte del caballo y de la silla, conocía con igual certeza el modo de colocarse y los movimientos precisos. Su memoria de ahora le decía que en otro tiempo hubiera encajado en la silla sin esfuerzo,

hubiera sentido prolongarse su ser hasta los cascos del animal. Pero no basta saber con la cabeza, y no pudo abandonarse en toda la mañana al placer del galope provocado por Berta. Nada fué instintivo, sino todo calculado. El caballo lo percibió en el acto y se negó a fundirse con el jinete, haciendo más difícil la tarea. Por eso, cuando regresó, lo hizo bajo un peso absoluto de fracaso.

Por la tarde, la reacción le impulsó a huir del castillo, de Berta, de todo. Hans descendió la colina hasta la aldea. Era para él un terreno desconocido, pues de joven no solía ir, y por tanto neutral. Entró por una estrecha calle y desembocó en la arena de la playa. Inconscientemente se aproximó a un grupo de pescadores que remendaban redes junto a las barcas varadas. Todo aquello le atraía como un remolino en el mar. Necesitaba saber los nombres de aquellas cosas, como si fueran palabras que habían de llenar un vital texto incompleto.

Los pescadores confestaban respetuosamente, halagados por el interés del joven señor, cuyo dedo, como el de un niño, iba señalando esto, aquello, haciendo sonar las antiguas palabras del mar germánico en los labios curvidos. De pronto, un viejo silencioso se quitó la pipa de la boca y dijo a sus compañeros:

—Cabezas duras, el señor barón se está riendo de vosotros. Mirad, sabe de mar mucho más que todos juntos.

Los demás advirtieron entonces el nudo que los dedos de Hans habían hecho en un bramante, sin que él se diera cuenta. El viejo prosiguió:

—¿Creéis que quien hace así el nudo de almirante no sabe lo que es un trasmallo? Apuesto a que remienda mejor que yo.

Hans, súbitamente consciente, vió las caras que reían la broma y las encontró caras de hermanos. Y vió el nudo entre aquellas manos suyas, cuya tosqueadad ahora parecía más viva y afinada, casi resplandeciente. Percibió el abismo de nada al que se asomaba, pero no pudo echarse atrás. Alguien le alcanzó en el acto una lanzadera con bramante y se sentó ante un roto de la red. Sus manos hervían de una vida intensísima. Casi sin mirar, sintió que sus manos se movían y después se paraban. Los pescadores le alabaron entre risas. Hans sintió un gozo inmenso, portentoso.

—Vamos a beber algo—gritó, poniéndose en pie.

Fué en la taberna donde el enviado de su padre encontró al hijo perdido. Rodeado de marineros, de humo y de carcajadas; borracho no de alcohol, sino de vida. Al salir, ardientemente sereno, Hans vió un gato inmóvil en el suelo, con una navaja atravesándole el vientre. En una de las cimas de gritos y carcajadas que alcanzó la reunión, el gato había cruzado el cuarto, y la mano derecha de Hans, que cortaba arenque ahumado con una navajita, se había disparado, lanzando el arma certeramente contra el animal. Hans, al ver ahora el cadáver, se estremeció. Subió al castillo con angustia en el alma, tentado de saltar por el borde del camino y acogerse al frío seno del Báltico. A la mañana siguiente fué cuando llegó la mujer.

Sólida, firme, bien anclada. No una joven provocativa de deseos, sino tan garantizadora de perdurabilidad como una diosa madre. Detrás de su frente no había vacilaciones. Por eso cuando, en un medio alemán apenas inteligible, preguntó por el joven barón y el desconfiado portero le dijo que no estaba, ella no insistió ni se desmoronó. Miró con fijeza al criado, dió las gracias y, arreglándose su manteleta, bordeó el estanque hasta la puerta de la verja. El portero se quedó intranquilo y fué a contarle a la señorita.

Era indudable que la mujer hubiera vuelto de todos modos, pero no hizo falta. Cuando aquella tarde Hans volvía a fugarse del castillo, arrastrado por su cuerpo con la misma fuerza que para los vicios a que no queremos ceder, oyó de pronto una voz a su espalda:

—¡Hendrik!

No sabía de nadie en el mundo que llevara ese nombre, pero conoció que le llamaban. Se volvió y vió a la desconocida inmóvil en el recodo. Y sintió que su cuerpo ya no deseaba ir al pueblo.

Ella empezó a hablarle en otro idioma. Las palabras tenían una música familiar, pero Hans no las entendía. Como si ella lo hubiera esperado así, recurrió a su mal alemán.

—Sé que no me conoces, Hendrik. Sé lo que te sucede. Fui al hospital y me lo contaron todo. Pero soy tu mujer y pensé que tenías que saberlo. Si quiera por los chicos.

Mirándola, Hans veía a aquella mujer plácida,



pero incontenible, ir al hospital, enterarse y reflexionar. Pensar con el lento fatalismo de las mareas. El sencillo hecho penetraba en Hans torrencialmente. Algo así tenía que salir de la gran bola de nada. Ya estaba ahí.

Ambos descendieron por las rocas, mientras hablaban, hasta una playita escondida. Era precisamente donde, con la marea alta, el Báltico llegaba hasta el pie del acantilado y resoplaba en la caverna. Ahora el mar se mostraba gris y llano, en infinita espera trémula, grandiosa. Sólo, en el borde, unos lengüetazos verdosos chascaban sobre la arena y lanzaban una lámina de agua pronto replegada.

Ella empezó a llenar de cosas el inmenso vacío, como el que va amueblando una casa. No muchos objetos, pero cada uno con carácter y anclado en su sitio. Era en su pueblo, en Vloordam (Hendrik repitió los sonidos—Vloordam—con deleite de su boca), donde él había ido a parar aquella noche, quince años atrás, recogido sin sentido por un arenquero. Estaba, como ahora, sin saber quién era, sin documentos—él los había destruido adrede antes de huir—, con la nada detrás. Se puso a trabajar con los pescadores que lo habían recogido. Estaba siempre triste y aislado, como ahora (al afirmarlo ella, Hans se estremeció). Al cabo, decidieron casarse (¿y antes?, pensó Hans. ¿Y hasta que llegamos a ello? Pero la mujer colocaba simplemente en el vacío los muebles sólidos y escuetos), y como él no tenía documentos y había que esperar y cumplir formalidades, se fueron a vivir juntos. Tenían cuatro hijos: el mayor—Hendrik—, ya grumete en un arenquero. El no tenía obligación legal ninguna. Ella lo sabía, pero, pensó, ¿cómo va a estar un hombre sin conocer quince años de su vida? Bueno, ya lo había dicho todo.

Si, había terminado, tranquila y quieta. Había disipado la niebla. El espíritu de Hans, anegado por aquel nuevo pasado, se llenó de una congoja que, como si fuera un niño, le hizo buscar amparo en la segura diosa madre. Se besaron, sin que después ella adoptara odiosas actitudes de triunfo, a pesar de haber sido un contacto ancho y perfecto. Igual que debieron haber sido, y no lo fueron, la fusión de jinete y caballo en la galopada, el encuentro de las manos a la llegada. El beso fue como hacer un centauro de un hombre y un caballo. Hans sintió por vez primera el sabor del sosiego profundo. Y ni siquiera sabía todavía cómo se llamaba ella.

El Báltico reivindicaba su arena. Tuvieron que escalar nuevamente las rocas. El hombre no vaciló en ser también leal y honesto, y la llevó al castillo, presentándola como quien era. Deseaba creer que todos juntos deliberarían mejor, pero sabía perfectamente que era él quien tenía que decidir. Ellos dos, mejor: Hans y Hendrik.

Pero, ¿caso era posible decidir? ¿Qué tenía Hans de común con aquella mujer? Ni el mismo idioma, ni la patria, ni los recuerdos. En cambio, estaba ligado a la fidelidad de Berta y a la infancia y al mundo en que naciera. Pero Hendrik ya no era un muerto ignorado. Hans y Hendrik, Hendrik y Hans... Como dos enemigos que luchan, unas veces prevalecía éste y otras aquél. El insomnio le hacía girar sobre sí mismo como el mar hace dar vueltas y lleva y trae, en un mortal cansancio, al

despojo de naufragio arrojado a las playas. Su insomnio tenía que retumbar por el castillo entero y multiplicar arrugas en todos los espejos. Al compás de su desvelo se agitarían, sin duda, todos los del castillo. Menos el sueño de la diosa madre.

Al día siguiente, el mundo, como las almas, estaba ceniciento, en espera de tormenta. Hans se encontró a Berta en la terraza e hizo algo inaudito: la ciñó fuertemente y apretó sus labios contra los de ella. No cabía decirse que fue un beso, pensó Hans después. Y los brazos, inadaptados al frágil talle, como las piernas torpes para el caballo. Berta lo adivinó todo. Y se dio cuenta, especialmente, de que al sentir los sanguíneos labios sobre su boca ella misma se había replegado instintivamente. Pues aquél no era su amado fantasma, sino un ser vivo de aristas exigentes.

Aquella noche estalló la tempestad. Los relámpagos encendían los ventanales, ahogándose los truenos en el bramido del oleaje contra la roca. A la madrugada era todavía un caos grisáceo cuando Hans-Hendrik, resuelto a huir definitivamente, salió del castillo sin ser visto. Las olas monstruosas se revolvían espumajeadas por toda la extensión de mar que dejaba ver la cortina de lluvia. La playa estaba llena de despojos: ramajes, un gran pez, algas revueltas, hasta un pato salvaje de los lagos cazado por la tempestad, fofa e informe montón de plumas. El viento soplaba en cambiantes ráfagas desde todas partes. Hans-Hendrik miró al Báltico y, por vez primera, lo vió decidido. Por tanto, que el Báltico decidiera por él. Acabar del todo, si eso era lo mejor.

Fue al cobertizo donde los marineros guardaban los aparejos y estuvo eligiendo los necesarios. Al salir con la lona y los remos, volvió a mirar el mar intensamente. Y le pareció que su obstinación no era ya la misma, que la rabia de la tormenta era más voluble, más dispuesta a ceder.

Al asomar a la playa, distinguió una silueta junto al bote. Era la holandesa. Había quitado los parales que sostenían horizontalmente el casco y lo había dejado caer sobre un costado para vaciarle de lluvia. Bajo el agua torrencial, toda empapada, ella conservaba su eterna seguridad. Hendrik se acercó y, sin decir nada, juntos arrastraron la embarcación hasta el agua y la pusieron a flote.

Cuando Hendrik asió las cuerdas para izar la vela, su cuerpo tembló de gozo como el de un caballo bien montado. Las olas los zarandeaban. Ella empuñó el timón. Hendrik la miró largamente y miró después al cielo. Las nubes parecían más claras; la lluvia disminuía. Ella, de una raza que lucha contra el mar y delimita sus orillas, arrebatándole los prados submarinos, era, sin duda, la que había decidido, no el Báltico.

Mediada ya la mañana, cuando echaron de menos en el castillo a Hans y a la holandesa, el mar ya no mostraba sino restos de su furia. Apuntaba un sol tranquilizador; las revueltas ráfagas se habían convertido en un constante y dócil viento que soplaba sin tregua hacia el Oeste. Después de impulsar cierta pequeña vela ya remota, ese viento acariciaba los prados de Jutlandia y, más allá, alcanzaba las grises aguas del mar del Norte, donde los arenqueros salían de sus puertecitos para la faena. Donde la vida comenzaba, la vida de cada día.



EL LICEO DE BARCELONA



CIEN AÑOS DE HISTORIA EN LA VIDA DEL MEJOR TEATRO DE OPERA DEL MUNDO

Por su escenario han pasado las figuras más destacadas del "bell canto"

EN 1837 se fundaba en Barcelona el primer Liceo, que tuvo por nombre Sociedad Filodramática de Montesión. Se instaló donde la actual Catalana de Gas y Electricidad en un solar del convento de Montesión afectado por las leyes de la desamortización.

Esta Sociedad fué creada por un grupo perteneciente a un batallón de milicianos nacionales que organizó allá un círculo de recreo; más tarde, se amplió la asociación y empezaron a representar obras de teatro en prosa y luego en verso.

En 1838 empezaban las funciones de ópera con «Norma», de Bellini, que fué interpretada por Catalina Mas y Francisco Porcell.

CAMINO DE LAS RAMBLAS

Reclamado el edificio por el Gobierno, tuvieron que abandonarlo, trasladándose al actual sitio en la Rambla de Capuchinos. bajo la dirección del arquitecto José Oriol Mestres, pudiéndose inaugurar el Domingo de Pascua, 4 de abril de 1847.

El primer programa de este Liceo tuvo un carácter mixto:

una Sinfonía del maestro catalán señor Gomis; «Don Fernando de Antequera», drama en verso de ventura de la Vega, escrito expresamente para este teatro; la «Rondeña», bailada por doce parejas, y finalmente «El regio imene», cantata con música de Mariano Obiols, como homenaje a Su Majestad la Reina Isabel II. No hubo ópera hasta tres días más tarde, poniéndose en escena «Ana Bolena», de Donizetti. El precio de la butaca fué de unos escasos reales. Esta ópera, «Ana Bolena», que no figura actualmente en los repertorios corrientes, fué repuesta precisamente por nuestro teatro, con motivo de la celebración de su centenario, para lo cual tuvieron que desenterrarse las partituras y hacerlas estudiar por un grupo de artistas italianos. Desde entonces, la obra no ha vuelto a ser representada en ningún teatro del mundo.

Hasta 1861 alternaron en el escenario del Liceo las óperas con los ballets, operetas, zarzuelas, comedias de magia (muy en boga por aquel entonces) y hasta números de circo cuando éste no tenía la organización a que estamos hoy acostumbrados.

EL LICEO, AVE FENIX

El día 9 de abril de 1861, pocos momentos antes de iniciarse la función, el Liceo se incendió. El fuego nació en el almacén de sastrería del teatro. Cuando las llamas se extinguieron, sólo quedaban en pie las cuatro paredes maestras.

Se dice—y no sabemos qué puede haber en ello de anécdota o leyenda—que su arquitecto, don José Oriol Mestres, coincidió en pasar por allí en el momento del incendio y que ante la vista del fuego devorador de su obra sólo se le oyó exclamar: «El Liceo ha muerto. ¡Viva el Liceo!»

Esta frase, en la que se ha querido ver el símbolo de la tradición liceista barcelonesa y del espíritu vivo de continuidad de la ciudad, halla concreción con una inmediata realidad: al día siguiente del incendio se inició la reconstrucción y con tal ímpetu que un año más tarde, el teatro abría de nuevo sus puertas a los amantes de la ópera.

En el nuevo Liceo, se suprimió el anfiteatro del segundo piso y se amplió y modificó el último. Desde entonces pocas reformas se han hecho ya.

BARCELONA, WAGNERIANA

La primera obra que del «monstruo de Baireuth» se estrenó en Barcelona, en el teatro Principal, allá por el año 1882, fué «Lohengrin».

La aparición de la música wagneriana sobre los escenarios barceloneses suscito, como en todas partes, las enormes discusiones planteadas por su revolución operística.

A excepción de la citada, todas las demás obras de Wágner se estrenaron ya en el Liceo. La «Walkiria» y «Tristán e Isolda» lo fueron en 1899; la tetralogía completa del «Anillo del Nibelungo», en 1910, y en 31 de diciembre de 1913, a las diez de la noche y por tanto dos horas antes de que expirara el plazo fijado por Wágner para su representación en cualquier teatro del mundo (a excepción del «Baireuth» que tenía el privilegio de representarla en exclusividad durante treinta años), «Parsifal». Esta representación que se terminaba a las cuatro de la madrugada del primer día de 1914, ha sido uno de los mayores éxitos del Gran Teatro del Liceo de Barcelona tanto en lo que respecta a público, como a la crítica y labor artística.

La última ópera de Wágner que se estrenó en el Liceo y en Barcelona fué «Rienzi», una de sus primeras producciones. Su puesta en escena tuvo lugar en 1951.

Ligada a la figura de Wágner y a su música va siempre, en estos años de introducción en nuestro mundo musical, la voz y el entusiasmo del eminentísimo tenor catalán ferviente wagneriano, Francisco Viñas, una de las estrellas que más han brillado en el marco del escenario del Liceo.

Del calor con que se recibió en Barcelona la obra de Wágner se muestra la creación de la «Asociación Wagneriana», fundada alrededor de las funciones liceístas y que ha prolongado su vida hasta hace poquitos años, hasta la desaparición de las figuras que la alentaron.

LLEGAN LOS RUSOS

En 1915 entra la música rusa en Barcelona con «Boris Godunov», de M. Moussorgsky. No gustó al público, posiblemente por ser interpretada por artistas no rusos. Hace creer esto así la circunstancia de que cuando en 1922 vino una compañía completa rusa (se trataba de un grupo de rusos exilados) y la puso otra vez en escena el éxito fué total.

Un hecho memorable ligado con el Liceo y con la música rusa: durante la Gran Guerra, de forma inesperada, sin saberse cómo, aparece en el horizonte barcelonés un ser revolucionario y portentoso, el hombre tirano de sus artistas y genial al mismo tiempo, Serge Diaghilew. Con él, los ballets rusos. Con él también, el «hombre pájaro» el que retaba a la fuerza de la gravedad, el bailarín Nijinsky, el «genio necesario», como lo ha llamado otro gran bailarín. Nijinsky se presentó en el tablado del escenario del Liceo el 23 de junio de 1917. En 1930 lo hizo la máxima figura femenina del ballet: Ana Pawlova.

Desde entonces, casi sin excepción, no falta en el Liceo su temporada de ballets. Muchos barceloneses no sabrían prescindir de él.

UN TEATRO EXCEPCIONAL

Existe una circunstancia a nuestro modo de ver, que hace del Liceo, un teatro excepcional, único en el mundo.

El Liceo vive por sus propios medios. A diferencia de los demás teatros de ópera, aún los más famosos—entendiendo por tales, los que desarrollan regular y continuamente, sus temas de ópera—. El Liceo, se desenvuelve, sin ninguna clase de ayuda oficial.

Esta es una de las más importantes realidades, que quizá sorprenda a muchos, sacada de la entrevista, que con objeto de informar ampliamente sobre esta gran institución barcelonesa, hemos realizado con dos de los directores de la Empresa, que desde hace siete años viene rigiendo con singular acierto el único teatro estable español de ópera.

POR SUS PROPIOS MEDIOS

—¿Cómo es el único que funciona sin subvención?

—Se explica por el cariño que tiene Barcelona a su Liceo, y la gran cantidad de aficionados a la buena música que existen en la ciudad.

—Pero sólo de cariño no se vive.

—No, naturalmente. Pero este teatro tiene mil propietarios que por pertenecer a la clase social más importante le ayuda económicamente. Todos ellos tienen «su» localidad en propiedad y como le he dicho, entre palcos y plateas, suman mil.

—¿No han querido pedir subvenciones a los elementos oficiales?

—Creemos que podría hacerse. Así como en otras ciudades españolas durante la época de fiestas, el Estado, Diputación o Ayuntamiento subvencionan corridas de toros, representaciones de ópera y otras manifestaciones deportivas o artísticas, también consideramos sería posible que se concediera anualmente una importante subvención al Liceo.

—¿Hay desequilibrio entre los gastos y los ingresos?

—Exactamente. Los gastos, son verdaderamente fabulosos.

—Para hacernos una idea ¿cuánto viene a costar el montaje íntegro de una ópera nueva?

—Alrededor de unas 500.000 pesetas.

—¿Incluido todo?

—Todo a excepción del vestuario de las primerísimas figuras, que vienen obligadas por contrato a aportarlo ellas mismas.

HACEN FALTA MAS TEATROS DE OPERA

—¿No cree usted necesarios más teatros dedicados a la ópera en España?

—Sí. Una ciudad no tiene verdaderamente categoría internacional sin uno de ellos; véanse si no las capitales de las demás naciones. En cualquier acontecimiento o llegada de personajes,

siempre hay una serie de festejos; pero el que más resalta, suele ser la velada de ópera, pues en ella no sólo se exalta el arte, sino que es al mismo tiempo una fiesta de sociedad.

—¿Creen que con una subvención prosperarían?

—Naturalmente. Este es un teatro de gran lujo, que consume dinero a manos llenas. Piensen que se da trabajo a unas 600 personas entre artistas, orquesta, banda, coros, cuerpo de baile, comparsa, tramoya, electricistas, utilería, sastrería, zapatería, peluquería, porteros, acomodadores, etcétera, durante cada representación.

—Volviendo al régimen de la propiedad del teatro, ¿qué obligaciones tienen estos propietarios?

—Comprar la acción que les da título a una localidad y subvenir a los gastos de carácter general que se originen. Además por cada representación contribuyen con las siguientes cantidades: por representación de ópera, 33 pesetas; de ballet, 27, y de conciertos, 18,75 pesetas. Estas son las tasas actuales. Cuando se efectúan reparaciones o mejoras en el edificio y sala, se reparten los gastos.

—¿Y cuántas representaciones se dan por semana?

—Cuatro. No podemos dar más porque el contrato de concesión de empresa nos obliga a ello.

—¿Qué resulta más conveniente económicamente la temporada de ópera o la de ballet?

—La que da prestigio es la ópera, que es lo más caro, porque exige muchas cosas; en cambio el ballet, puede hacerse en cualquier teatro que tenga un escenario suficientemente grande.

EL PUBLICO Y SUS GUSTOS

—¿Qué clase de ópera prefiere nuestro público?

—Los de más de cincuenta años, el «bel canto»; los de menos de cincuenta, Wágner, sin duda, y los jóvenes de veinte... el cine.

—Pero ¿no cree que la ópera está un poco pasada de moda?

—No; siempre hay público de ópera. Si no existiera no se comprenderían estas grandes masas de aficionados que acuden a los festivales de ópera de Salzburgo, Bayreuth, Aix-en-Provence, etcétera.

—Entonces el Liceo ¿podría llegar a convertirse en motivo de atracción turística?

—Ya lo creo, y sobre todo si pudiéramos organizar festivales como los citados, pero... nos falta el dinero. Tengan por seguro que vendría público de todas partes, pues incluso ahora, son continuos los encargos que recibimos desde Madrid, Bilbao, Canarias y otras ciudades, incluso de América, para la reserva de localidades. De Madrid tenemos unas 30 personas que acostumbran cada año a venir para asistir a la temporada.

OPERA Y CINE

—¿Qué opina de la ópera en el cine?

—Si es una representación filmada, no resulta. Si es un guión cinematográfico, sí. Se hizo una

película sobre la vida de Verdi y posteriormente otra sobre la de Puccini. Recientemente se ha llevado a la pantalla la vida de Caruso. Suelen poner demasiada fantasía, pero ayudan a divulgar la buena música y el público al conocer la vida de un personaje, acaba por interesarse también por su obra.

—¿Qué opina de Mario Lanza?

—Mario Lanza no ha cantado nunca ópera en teatro. Tiene una buena voz y para interpretar la película se aprendió unas cuantas romanzas como pudo aprenderse canciones sentimentales, faltaría comprobar el rendimiento en una representación de ópera completa y actuando directamente ante un público entendido.

—¿Y Mojica?

—Actuó en el Liceo y fracasó. No tiene gran volumen de voz. Pero eso en el cine no importa gran cosa. Para ellos, la música es el telón de fondo; para nosotros, es el primer plano.

PARA ESTA TEMPORADA LO MEJOR

—¿Con qué voces cuentan para esta temporada?

—Los cantantes más destacados serán: Renata Tebaldi, la gran soprano de la actualidad, que viene al terminar su contrato con el Colón de Buenos Aires; María Cánigla, Margherita Carosio, Ebe Stignani, Caterina Mancini, y entre ellos Gianni Poggi, Mario Filippeschi, Enzo Mascherini, Giuseppe Taddei, Aldo Protti, etc... Y el tenor Mario Del Mónaco, que actuó aquí hace siete años al inicio de su carrera sin gran fortuna.

—¿Y vuelve?

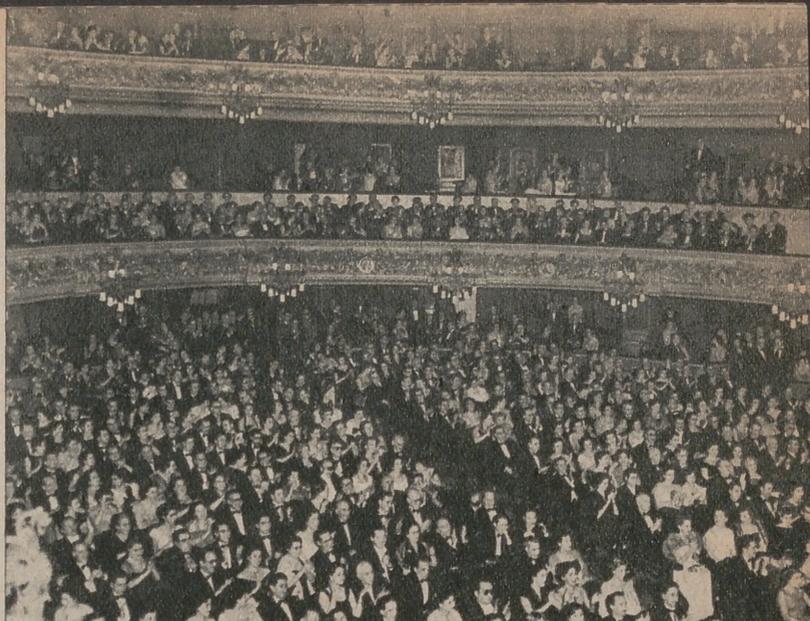
—Precisamente por esa circunstancia ha retrasado durante tantos años su reaparición en España; ahora, le hemos convencido y hará en esta temporada tres «Aida». Desde luego ha progresado enormemente, siendo hoy en día uno de los primeros del mundo.

—¿Cuánto gana una primera figura?

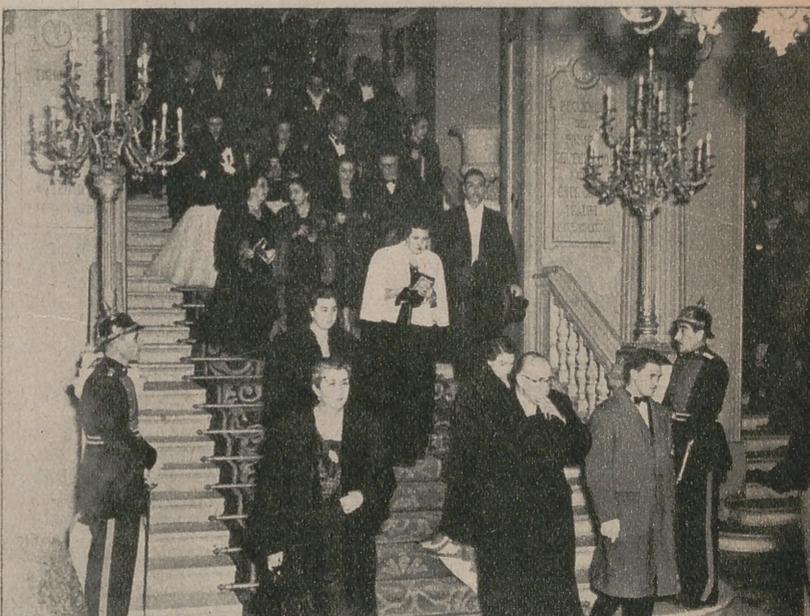
—Es una pregunta de triple filo. Le voy a contestar por tablas: en América se le paga, por ejemplo, a Mario Del Mónaco, unos mil dólares por representación. Y ellos nunca pierden.

—¿Perspectivas para esta temporada?

—Respecto a las obras, y como novedades en España, se pondrán en escena: «I cavalieri di Ekebu» de Zandonai, ilustre músico italiano, muerto en 1944, autor de la ya conocida obra «Francesca da Rimini». Los otros dos estrenos serán: «Margherita da Cortona» de monseñor Recife, autor de la ópera «Cecilia» estrenada en el pasado año con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional. Y por último, «Peter Grimes», de Britten, estrenada en el «Sadler's Well Opera» de Londres el 7 de julio de 1945 y que se ha mantenido con éxito creciente en todos los escenarios mundiales. Este autor, considerado como el primer compositor británico, fué encargado de escribir la ópera de la Coronación que se llamó «Gloriana» en homenaje a Isabel II. Para su puesta en escena viene completa de Londres la compa-



La ópera sigue manteniendo el mismo interés que hace cien años. El aspecto del Liceo barcelonés en día de representación es el mejor testimonio



El público saliendo del Liceo. En nuestro recuerdo evocamos aquellos tiempos felices de la ópera al observar esta fotografía

fía con decorados, vestuarios, atrezzo, luminotecnia y demás efectos especiales del Covent Garden.

OPERA Y MODERNISMO

—¿Es compatible ópera y modernismo?

—Sí. «El Cónsul» es una buena prueba de ello, pero de todas formas resulta extraño. Desde el punto de vista poético, tengan en cuenta que es muy difícil decir musicalmente: «Señor Fulanito, le llaman por teléfono».

—¿Es que no han encontrado palabra que rime con teléfono?

—Sí. Otro teléfono...

—Volviendo a la compatibilidad de ópera y modernismo, les diré que esto no es nuevo. Hace precisamente cien años, Verdi estuvo a punto de fracasar en el estreno de su «Traviata», debido a que el vestuario de la obra coincidía con el del momento. Tanto

es así que en representaciones posteriores, y durante muchísimo tiempo, se representó esta ópera con decoración y vestuario un siglo anterior al de la acción.

EL PÚBLICO

—¿Por quién viene el público: por las obras o por las figuras?

—La mayor parte de las veces por los cantantes, y que las obras son conocidas, pero las interpretaciones varían.

—¿No se podrían suprimir los entreactos?

—Tengan en cuenta que venir a la ópera es una fiesta y los entreactos forman parte de ella.

—¿Hay quien viene sólo por los entreactos?

—Pues sí, es muy posible que traigan algunos espectadores, pero en ínfima minoría.

—Entonces son imprescindibles.

—Sí. Aun contando con que los cantantes pudieran resistir una ópera seguida, cosa imposible,

pues es agotador físicamente, el mismo público los volvería a imponer. También él necesita descanso después de los siete cuartos de hora que dura el primer acto de «El ocaso de los dioses». Ni se podría soportar una representación de «Parsifal» sin descanso.

ENTRE BASTIDORES

Hablamos con Miguel Ibáñez, jefe de máquinas del Liceo, y uno de sus empleados más antiguo. Trabaja desde hace treinta y cuatro años en él y anteriormente había sido tramoyista en otros teatros.

—¿Cuál es su trabajo?

—Montar los decorados.

—¿Cuál de ellos cuesta más montar?

—Quizá «Parsifal». Suele llevar una hora.

—¿Qué prefiere: el cine o la ópera?

—La ópera—contesta sin vacilar—. Al cine apenas voy.

—¿Cuántas óperas ha visto desde la butaca?

—Ninguna. Todas las he visto entre bastidores. Tengo demasiado trabajo dentro; pero durante los ensayos salimos con frecuencia al patio de butacas para ver el efecto que hace la decoración.

—¿Cuántos obreros trabajan a sus órdenes?

—He llegado a tener 70, y 50, como mínimo, los días de menos trabajo, en obras poco complicadas.

—¿Cómo da las órdenes?

—Por medio de micrófonos.

—¿Es un trabajo muy duro?

—Sí, bastante, ya que la maquinaria es muy vieja.

Interviene ahora el señor Pamiés, uno de los directivos de la Empresa.

—Si bien tenemos la mejor sala del mundo, en cambio, por dentro, está todo muy anticuado.

—¿Cuánto costaría ponerlo al día?

—No menos de cien millones de pesetas.

—Y reformar la sala, ¿cuánto costaría?

—No lo puedo calcular, pero no hay por qué hacerlo, pues a parte de no creerlo necesario tenemos estropear sus magníficas condiciones acústicas.

—¿Entonces no ha sufrido ninguna reforma desde su inauguración?

—Alguna ha habido, pero de poca importancia. Una de ellas fue con motivo de haberse desprendido el cielo-raso a consecuencia de resquebrajamiento producidos por los bombardeos sufridos durante nuestra guerra civil. Se habían superpuesto capas de yeso, y esto fue lo que cayó, pero pesaba unas veinte toneladas. Afortunadamente no hubo desgracia alguna. El pintor Mestres Cabanes copió exactamente las pinturas que había antes.

Continuamos preguntando a Miguel Ibáñez:

—¿Ha aparecido el consabido gato alguna vez en este teatro?

—Sólo una. En plena representación de «Tristán» apareció, no se sabe cómo, en el escenario y con toda tranquilidad se durmió sobre el velo de Isolda. A fuerza de llamarlo conseguimos que saliera del escenario, pero todos pasamos muy mal rato.

—¿Es que no hay ratas?

—No. En cambio, debajo del escenario solía haber unos 70 centímetros de agua. Cuando se hizo el Metro, desapareció; más tarde volvió sin saberse cómo y ahora hace tiempo que no hay. Es una cosa que nadie se ha podido explicar.

—¿No se inundó nunca el teatro?

—No. Porque se utilizaban unas bombas parecidas a las de los barcos que al llegar a determinado nivel empiezan a funcionar automáticamente.

ESCENOGRAFIA

—¿La escenografía del Liceo, la hacen ustedes o es importada?

El señor Ibáñez nos mira y contesta un directivo:

—Tan sólo en casos excepcionales, como este año, la Compañía del Covent-Garden que trae sus escenarios y hasta sus maquinistas, la escenografía se hace íntegramente aquí, y no se acostumbra a repetir una sola decoración. Precisamente, a la sombra del Liceo y para estos fines ha surgido una escuela escenográfica de características propias que iniciaron Soler y Roviroa, Mauricio Vilumara, Salvador Alarma, Olegario Junyent, y que hoy tiene magníficos continuadores en Mestres Cabanes, Ramón Batlle y otros.

—El escenario del Liceo ¿es el mayor del mundo?

—No, el de la Ópera de París. es uno de los mayores, ya que lo ponen en comunicación con el foyer de la danza y se duplica la profundidad.

Y para terminar le preguntamos al señor Ibáñez:

—¿Recuerda alguna anécdota en relación con su oficio?

—Recuerdo el día en que tuvimos que cambiar el decorado que estaba montado para poner el de «Tannhauser» con sólo media hora de anticipación.

LOS DIVOS DEL LICEO

—¿Qué nombres, entre los divos mundiales, recuerda usted que hayan actuado en el Liceo?

—Actuaron todas las primerísimas figuras de la ópera mundial sin excepción: Chaliapine, Caruso, y naturalmente todas las españolas: María Barrientos, Mercedes Capsir, María Espinalt, Victoria de los Angeles, Viñas, el gran wagneriano, Gayarre, Lázaro, Fleta, por cierto que éste fue elegido por Toscanini—el más exigente de los directores—como intérprete de «Tunrandot», para su estreno.

—Y es muy difícil llegar?

—Sí no se es casi genial, imposible.

—¿Prueban a los aspirantes?

—Sí. Concedemos de 50 a 70 audiciones anuales. Piensen que el Liceo es la gran meta.

—¿Y cuántos son admitidos?

—Tan sólo dos o tres.

LOS CORDEROS DE «MARUXA»

—En «Maruxa» unos corderos han de aparecer en escena. Parece fácil, pero...

A los ganaderos que traen reses al matadero se les alquila cierto número de los llamados corderos

sabios, que son los que en el baño hacen el oficio de guías. No abundan muchos animales de estos, pero siempre se consigue reunir los necesarios.

Ya tenemos los corderos. ¿Cómo los haremos cruzar el escenario pausadamente, sin espantarse, ni ocasionar el menor estrepicio, asustados por las luces y la música? Es cuestión de paciencia; entrenarlos, y colocar entre los falsos arbustos de la decoración, trozos de pan duro para que se entretengan. ¡Ah!, y evitar que se coman los arbustos.

PANUELO VERDE

Se ensaya «La Dolores». El bajo va presentando a su amada una serie de regalos, entre ellos un precioso pañuelito encarnado, al que alude cantando. Va a mostrárselo y... el atrezoista se ha equivocado de color, el pañuelito es verde. Promete sustituirlo para la función.

Llega el momento de la representación ante el público. El bajo confiado en que se habrá hecho el oportuno cambio vuelve a cantar lo de pañuelito encarnado y... el pañuelito sale verde, de nuevo.

El reincentista atrezoista tuvo que aguantar las bromas de toda la compañía una buena temporada. Pero logró que las risas llenaran con su eco una platea tan seria como la del Liceo.

INTERPRETE EN TREINTA MINUTOS

En plena representación de «Tristán» la sorprano se quedó afónica. Como pudo aguantó en escena hasta el final del acto, el primero. Faltaba cantar el segundo y el tercero.

Otra soprano, invitada por la Empresa, había asistido a la representación. Se la buscó por la sala inútilmente; había salido. Alguien trajo la buena noticia de que había sido vista en un bar próximo. Mientras, todo el mundo estaba dominado por la natural angustia, fueron a buscarla, la encontraron y... de espectadora, en menos de treinta minutos pasó a intérprete y por cierto con gran éxito.

CIEN AÑOS DE HISTORIA

Anécdotas las hay a montones, variadas para todos los gustos, aunque casi todas amables por fortuna. No en vano tiene este gran teatro más de cien años de historia.

Nos muestra una amplia estantería. Nuestra afición de bibliófilos nos hace envidiar una obra que reposa allí: «El Gran Teatro del Liceo 1837-1930», de Marcos Jesús Bertrán, gala del antiguo taller de Oliva de Vilanova. Pero de él sólo existen un número determinado de ejemplares, y todos con dueño afortunado, pues las planchas de impresión de las dos ediciones numeradas que se hicieron, castellana una y catalana otra, fueron rotas para evitar la reimpresión de una obra auténticamente ejemplar.

Han colaborado en este reportaje María Cruz Hernández, María Luisa Antem, Ramón Abella, José María Font, Manuel Puigdo y Angel Cuevas

CARLOS III & ROXYA

LUNES, DIA 9
¡SENSACIONAL ESTRENO!

UNA SUPERPRODUCCION EN TECHNICOLOR
¡COMPLETAMENTE DISTINTO A CUANTO
SE EXHIBIO HASTA LA FECHA
EN ESPAÑA!

DILIP KUMAR
NIMMI
NADIRA

DISTRIBUCION
CHAMARTIN

PRODUCTOR y DIRECTOR
MEHBOOB.

MAYA

Technicolor



EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

Y NO DIJO NI PALABRA

Por Heinrich BOLL



AL terminar el servicio me dirigí a la caja para cobrar el sueldo. Conté el dinero y me acerqué a una mesa situada junto a la puerta para meterle en un sobre y escribir una nota a mi mujer: «Tengo que verte mañana. Te llamaré antes de las dos». Metí los billetes en el sobre, junto con la nota, moqué con la lengua el borde engomado, dudé un momento, volví a sacarlo y me guardé un billete de diez marcos en el bolsillo del gabán. En la nota volví a escribir: «He cogido diez marcos. Mañana te los devolveré. Besos a los niños. Fred.»

Llovía cuando salí y en la avenida las hojas secas se arrastraban por el asfalto. Me quedé a la puerta hasta que el 72 dió la vuelta a la esquina, subí y me llevé a la Tuckhoffplatz.

Al abrir la puerta de cristales del sótano me alegré que mi presencia provocase una sonrisa en el rostro de Wágner. Le conozco desde hace treinta y cinco años. Entonces vivíamos arriba, al aire libre que hay ahora por encima del tejado de cemento de su taller. Allí vivíamos, al aire, cuando sólo teníamos cinco años.

Mientras me daba la mano dijo:

—¿Qué? ¿Otro encargo para tu mujer?

Cogió el sobre que le tendía y añadió:

—En seguida lo envío. Mandaré a mi sobrino en cuanto vuelva de confesar. Dentro de —miró el reloj— media hora.

—Lo necesita hoy mismo —dije—. Lleva dinero dentro.

—Ya lo sé—respondió él. Le di la mano y salí de nuevo.

Seguía lloviendo cuando bajé del autobús cinco minutos más tarde en la Benekamstrasse. Seguí una línea de fachadas góticas de edificios derruidos. Las fachadas han sido conservadas por su valor ornamental y a través de sus ventanas se ve el cielo gris. Sólo se conserva intacta una de estas casonas antiguas. Precisamente donde yo me dirigía.

—¿Está la señora Beisem?—pregunté.

—No.

—¿Se ha acordado de que mañana es día 1?

—No—contestó la muchacha.

Luego me dejó en el gabinete y a los pocos momentos me trajo una taza de café y a un chico agarrado por los tirantes. Yo me había comprometido a meterle en la cabeza las reglas de la con-

Heinrich Böll se ocupa en esta obra de un tema de máximo interés: la indisolubilidad del matrimonio. Por lo que a técnica novelística se refiere, presenta la originalidad de que cada uno de los capítulos es narrado alternativamente por el marido y la mujer. Pero nada más lejos de su intención que buscar cauces nuevos de forma o estilo. Se trata sencillamente de una gran novela naturalista de un católico alemán. Desde el punto de vista de la moral cristiana plantea los problemas de la vida cotidiana en una gran ciudad de su país en estos años. Sus personajes son seres corrientes de los que se pueden encontrar millares y millares en esta posguerra. Tras tantos relatos de experiencias bélicas aparece ahora en Alemania y resumimos para los lectores de EL ESPAÑOL la primera novela en la que se hace un genuino y sereno balance de la miseria civil.

«Und sagte kein einziges Wort», por Heinrich Böll; editado por Kippenheuer und Witsch, Colonia-Berlín, 1953. 215 págs. cuarto menor, en tela, 10,80 DM.

tabilidad. El chico es sano, sus mejillas sonrosadas y le gusta jugar en el patio y buscar castañas por el parque.

Repetí las reglas de la contabilidad ante la cara del niño y en parte éste volvió a repetirmelas a mí. Así, lentamente, pasó la hora y yo me había ganado dos marcos cincuenta.

Diez minutos más tarde estaba sentado en una cocina, que tenía un insoportable olor a vinagre, ante una chiquita pálida, de grandes ojos, casi amarillos, a la que trataba de enseñar vocablos latinos. De vez en cuando se abría la puerta y aparecía una cara flaca y huesuda

de ojos también casi amarillos:

—Esfuérzate, niña, ya sabes los sacrificios que hago para mandarte el colegio y las lecciones cuestan dinero.

La niña se esforzaba, yo me esforzaba y toda la hora la pasamos susurrando palabras latinas, frases y reglas de sintaxis. A las tres y diez en punto entró la señora flaca del cuarto de al lado y me dijo: «Me permitirá que no le pague hasta...», y yo dije que sí antes de que terminase la frase.

Siempre cuento el dinero que me envía Fred. Los niños me miran mientras pasan por mi mano los billetes; aparto las monedas y hago montoncitos: El sueldo mensual de mi marido, que es telefonista del Obispado: 320 marcos y 83 pfenigs. Aparato un billete para pagar el alquiler de nuestra única habitación, otro para el gas y la electricidad, otro para el Igualatorio médico; cuento el dinero que debo en la panadería y guardo el resto: 240 marcos. Fred me dice en una nota que se ha quedado con diez marcos que me revolverá mañana. Se emborrachará.

—¿Es dinero de papá?

—Sí—digo yo.

—¿Sigue todavía enfermo?

Nos abandonó hace dos meses, duerme en casa de algún conocido o en cualquier asilo, porque ya no puede soportar la estrechez de nuestra habitación, la presencia de la señora Franke ni la horrible vecindad de los Hopfs. Por aquellos días, la Comisión de la Vivienda, que está construyendo una colonia de casas en las afueras de la ciudad, tomó un acuerdo contra nosotros, porque Fred es

un bebedor y los informes del párroco sobre mí no fueron favorables. Está enfadado conmigo porque no participo en las reuniones de las asociaciones parroquiales. Pero la presidenta de la Comisión es la señora Franke, que de esta forma ha aumentado su fama de mujer recta y desinteresada. Si nos hubiesen concedido una vivienda le habría quedado libre nuestra habitación, la única que le falta de todo el cuarto para instalar su comedor. Así, su decisión contra nosotros la perjudicaba a ella misma.

Cuando voy a la fuente a llenar un cubo para fregar, sin querer, veo mi cara en el espejo: una mujer delgada consciente de la amargura de la vida. Conservo todavía un hermoso pelo y los pocos mechones grises de mis sienes, que dan a mi color rubio un brillo de plata, no son más que un síntoma mínimo de mi dolor por los dos pequeños a los que mi padrino me dice que debo encomendar mis rezos. Tenían la misma edad que ahora tiene el más pequeño, Franz, empezaban ya a ponerse de pie en su cunita y se esforzaban por hablarme. Nunca pudieron jugar en un campo lleno de flores. Pero el dolor que siento se mezcla a veces con el consuelo de que al menos estos hijos se han librado de la vida.

¡Lo sé y no se me puede olvidar! Sé que fueron los piojos los que trajeron la muerte a mis hijos, que nos vendieron unos polvos que no servían para nada de una fábrica propiedad del primo del ministro de Sanidad y que se guardaron los polvos que realmente eran eficaces. Lo sé todo y nada puedo olvidar. En el espejo me parece ver a mis dos pequeños, deshechos, gritando febriles, con el cuerpecito acribillado a inyecciones inútiles.

Pero hoy es domingo y me reuniré con Fred. El pequeño duerme, Clems y Carla han ido a la procesión. Por el patio oigo los ecos de un par de conciertos, una conferencia y el canto cálido de un negro, que conmueve mi corazón:

... and he never said a mumbaling word...
... y no dijo ni palabra...

Quizá consiga dinero Fred y podamos ir a bailar. En la tienda de abajo compraré una barra de carmín. De nuevo se alza la voz del negro:

... they nailed him to the Cross...
... le clavaron en la Cruz...
... and he never said a mumbaling word...
... y no dijo ni palabra...

Regresé a la estación y pedí cambio. Decidí tomarme la comodidad de hacerlo por teléfono, porque era domingo. Estaba demasiado cansado para ir a las casas de todos aquellos a quienes podía pedir dinero y que tenían teléfono.

Después de echar la moneda me dió vergüenza pedir con apremio y colgué de nuevo. Pero marqué otra vez y aparté la mano de la palanca para no volver a cortar. Mientras se oía el timbre veía con la imaginación la biblioteca de Sergio. En aquel momento me acordé de los cartelones que había visto por la calle: «Viva nuestro pastor de almas». Pensé que, como había procesión, Sergio no estaría en casa. Me sudaba la frente cuando oí la voz de Sergio que repetía con impaciencia:

—¿Diga? ¿Quién es?

El tono acabó de quitarme los últimos restos de valor y por un momento me pasó por la cabeza la idea de colgar sin decir nada. Sin embargo, dije lo más fuerte que me fué posible: «Bogner». Con la mano izquierda me quité el sudor frío de las sienes. Nunca olvidaré la sensación de alivio que sentí al oír su voz en un tono amistoso.

—¿Ah, es usted! ¿Cómo no decía nada?

—Me daba miedo—respondí.

Hubo un momento de silencio durante el cual escuché el paso de un tren y la voz de un vendedor ambulante. La voz de Sergio dijo:

—¿Cuánto necesita?

Por el teléfono me llegaba en aquel momento también el bello y grave tañido de la Iglesia de los Tres Reyes. Dije suavemente:

—Cincuenta.

—¿Cuánto?

—Cincuenta—repetí, y en aquel momento comprendí que cualquiera que me viera o me oyese se daba cuenta en el acto de que necesitaba dinero.

—¿Qué hora es?—me preguntó.

—Las siete y media.

Sergio guardó silencio. Volví a oír las campanas

a través del teléfono al mismo tiempo que sonaban junto a la estación las de la catedral.

—Venga usted a las diez—oí por fin.

Temía que colgase en seguida y me apresuré a decir:

—Oiga, oiga, don...

—Diga, diga.

—¿Podré contar con ello?

—Sí, no se preocupe—dijo—. Hasta luego.

Cuando me dió el dinero le miré y traté de sonreírme. Le debía resultar todo esto penoso. Su sotana bien cepillada, sus delicadas manos, sus mejillas perfectamente afeitadas me hicieron pensar en la mugre de mi casa, en la pobreza que respirábamos desde hacía años, como si fuese polvo invisible, ese polvo que no se puede definir, pero polvo verdadero que rodea la pobreza.

—Bueno—dije azorado—, adiós y muchas gracias.

—Saludos a su señora.

—Gracias—contesté. Nos dimos la mano y me dirigí hacia la puerta. Al volverme vi como hacia tras mí el signo de una bendición.

Siempre me asombra comprobar la emoción que me produce la voz de Fred por el teléfono.

—Käte—me dijo—, tengo una habitación para esta noche y tengo dinero.

—¡Estupendo!

—¿Cuándo vienes?

—A las cinco. ¿Dónde estás?

—En una pensión. La Holländischer Hof. ¿Cómo están los niños? Tengo chocolate para ellos. Y les compraremos un globo. Y un helado también. Te daré dinero para ellos. Diles que siento mucho, que siento mucho haberlos pegado... No fuí justo.

—No puedo decirles eso, Fred—dijo yo.

—¿Por qué no?

—Porque llorarían.

—Déjalos que lloren. Tienen que saber que lo siento. Es muy importante. De verdad.

Yo no sabía que contestarle y hubo una pausa.

—Käte—dijo Fred—, ¿hablan los niños de mí?

—Sí. Me preguntan que dónde estás y yo les digo que estás enfermo.

—¿Que estoy enfermo?

—Sí, Fred. Estás enfermo.

—Quizá tengas razón y esté realmente enfermo.

Aquella tarde, cuando me reuní con él en la habitación infecta de una pensión barata, fuimos primero a misa, que no habíamos podido oír por la mañana. La oímos en la catedral. Luego estuvimos largo rato charlando sentados en un coche de novios de un carrusel de la verbena, que aun no había empezado a funcionar.

Apoyando mi cabeza en su hombro le pregunté:

—Fred, dime la verdad, ¿comes todos los días?

El guardó silencio. Luego volvió a preguntar:

—Bueno, ¿pero dónde vives?

—Ya te he dicho que en casa de Bloks, en la Escherstrasse.

—¿Bloks? No le conozco.

—¿No conoces a Bloks?—me contestó—. ¿El que vivía debajo de mi padre, que tenía un negocio de ventas de papel?

—¿Con él vives?

—Desde hace un mes. Me lo encontré en una taberna y me llevó a su casa, porque estaba borracho. Desde entonces vivo con él.

—¿Le sobra sitio?

Fred guardaba silencio. Yo insistí:

—Fred, ¿no me has oído?

—Sí, sí te he oído. A Bloks le sobra sitio. Tiene trece habitaciones.

—¿Trece habitaciones?

—Sí—me respondió—. El viejo Bloks es guarda de esa casa que está vacía hace tres meses. Pertenece a un inglés, creo que se llama Stripper. Es general, o gángster, a las dos cosas. Bueno, quizá sea alguna otra cosa, pero no lo se. Hace tres meses que fué de viaje y Bloks tiene que cuidar la casa. Tiene muchos cuartos de baño. Me parece que son cuatro. Y algunas veces incluso puedo bañarme. Hay una biblioteca llena de libros, libros buenos, estupendos. También hay un salón para las señoras, otro para fumar, un comedor, una habitación para el perro, dos dormitorios, uno para el gángster, o lo que sea, otro para su mujer y otros tres para invitados. Naturalmente, también hay una cocina y dos... tres...

—Basta, basta, Fred. No me digas esas cosas.

—¡Oh, no, no me callo!—replicó—. Nunca te lo he contado, querida, porque no quería atormentar-

te. Pero es mejor que lo sepas. Tienes que saber cómo es esa casa. Sueño con ella, bebo para olvidarla, pero no la olvido ni cuando estoy borracho. ¿Cuántas habitaciones te he dicho? ¿Nueve o diez? No sé. Son trece. Tendrías que ver aunque sólo fuese la habitación del perro. Es algo mayor que la nuestra. Un par de metros cuadrados más solamente. No quiero ser exagerada. Hay que ser justo. En nuestra bandera escribiremos la palabra «justicia» y la izaremos en nuestra casa cuando la tengamos. ¿No es cierto, querida?

—¡Oh, Fred! —dije—, ¿quieres atormentarme?

—¿Atormentarte? No. No me entiendes. Pero no tengo más remedio que hablarte de la casa. La habitación del perro figura una pagoda. Además de los cuartos de baño, que son cuatro, hay dos cuartos de ducha. Yo los he utilizado. Y eso no es lo peor. Lo peor es que la casa está vacía. El césped del jardín no le aprovecha nadie. Los dormitorios están vacíos. Las habitaciones de los invitados están vacías. Abajo toda está vacío. En las buhardillas hay otras tres habitaciones: para la cocinera, el mayordomo y para el ama de llaves. La buena señora se alimenta mucho porque no tiene habitación para la doncella, que tiene que dormir en una de las alcobas de los huéspedes. Tendremos que pensar en todo esto, querida, cuando pongamos por fin nuestra casa.

—Fred —dije—, no puedo más.

—Sí. Si puedes. Has dado a luz cinco hijos y eres capaz de coportarlo. Ya acabo. Pero no puedo dejar de decirlo. Máchate si quieres, aunque prefiero que te quedes conmigo esta noche. Pero si no quieres oírme máchate. Vivo desde hace un mes en esa casa y tengo que contártelo, aunque había querido ahorrarte eso. Pero me lo has preguntado y tienes que escucharme. La buena mujer trató incluso de suicidarse porque no tenía habitación para la doncella. Ya puedes imaginar qué persona tan sensible es y cuántas son las precauciones que pesan en su pobre corazón. Pero ahora están de viaje. Hace tres meses que se fueron. Siempre suelen estar de viaje. Nueve meses al año. El viejo gángster, o lo que sea, es un investigador del Dante. Es una de los pocos investigadores del Dante que existen en el mundo. Durante nueve meses al año la casa está vacía y el viejo Bloks cuida el jardín y corta el césped. No dejan entrar niños en la casa. A la señora no le gustan los niños. Dice que la huelen mal. Y tiene tal olfato que nota si han entrado niños tres meses antes. El antecesor de Bloks fué un mutilado que dejó jugar allí una vez a sus dos sobrinos. Desde luego en el sótano, no en el césped. Cuando vino la señora lo notó y él huyó. Por eso Bloks tiene tanto cuidado. Una vez le pregunté si podrían ir a jugar allí mis hijos y se puso más blanco que la pared.

Poco después de esta escena me dió un mareo, que confirmó mis temores de que estaba embarazada. Aquella noche le dije a Fred que a pesar de cuanto lloraba yo por su ausencia no debía volver si no se corregía.

A la mañana siguiente me encontraba de nuevo en mi trabajo. Mi superior me entregó un sobre con dinero para que lo llevase al Banco.

En la calle, casualmente, me encontré con mi mujer. La seguí sin que me viera y la ví hacer las compras. Después de pararse con aire de dudas, compró un ramo de margaritas. Lo hacía siempre en memoria de nuestros hijos muertos, que jamás habían podido salir a jugar al campo. Una situación extraña se opoderó de mí y volví corriendo al Obispado.

—Bögnér, ¿cómo ha vuelto tan deprisa? ¿Le ha pasado algo? ¿Está usted enfermo o borracho?

—No me ha pasado nada, nada en absoluto—dije devolviendo el sobre del dinero.

—¿Le ocurre algo?

—No —dije—. Pienso en una cosa que se me ha ocurrido.

Luego le pregunté:

—Padre, ¿cree usted en la resurrección de los muertos?

—Sí—dijo con una sonrisa cordial.

—¿Y en...?

—Creo en todo lo que usted me va a preguntar— me interrumpió el padre Sergio. Luego se volvió hacia su mesa y pidió por teléfono un taxi. Noté que me ponía en la mano una moneda de cinco marcos al tiempo que me decía:

—Débe usted volver a casa.

—Sí —dije yo—, «a casa».

Exclusivo para EL ESPAÑOL

Por

Pedro GOMEZ APARICIO

DESDE Jerusalén a Hebrón, la tercera ciudad sagrada del Islam—las dos primeras son la Meca y Medina—, hay unos 30 kilómetros de buena carretera. Y entre Jerusalén y Hebrón está Belén: un Belén de nacimiento navideño que asciende suavemente en escalones, en los que crecen el olivo, la higuera y el manzano. Si no fuese por la moderna carretera asfaltada, por la que el automóvil desparrama un acre hedor a gasolina, uno se creería transportado de pronto a la Palestina de los tiempos bíblicos. Pisando con sus desnudos pies las piedras de un regato, envuelta en los graciosos pliegues de un tenue manto azul y la rezumante ánfora de barro sobre el negro cabello, una muchacha se pierde entre las bardas de la vecina huerta. Pasa un menudo borriquillo sin prisas, y tras él un hombre que cubre la cabeza con el blanco «kefe». Entre la verdura del viñedo, donde retoñan los agraces, un camello alarga la cabeza y rumia sin cesar una hierba nunca bastante digerida.

Atrás quedaron, camino de Belén, las desérticas tierras que rodean a la Ciudad Sagrada, con sus casucas cúbicas, que, mejor que moradas, parecen piedras lanzadas al desierto.

Atrás quedó también la llanura de El Bekaa, donde, según la tradición, pudo el pastor David derribar con su honda a Goliath, el gigante. Y ya en las cercanías de Belén el paisaje se adensa y reverdece, en una prodigiosa floración de primavera.

Pero no todo allí es escenarío de égloga. Al doblar un repecho de la asfaltada carretera, cuando la lozania de Belén empieza a dibujarse como un telón de fondo, el más extraño y doloroso de los espectáculos llama vuestra atención. Al reparo de una suave colina, como rotos vestigios de una ciudad muerta, se han alineado montones de piedras que alguien cubrió con pieles de camello. Es un inusitado campamento. La muerte llegó allí, pero abandonando jirones de vida: una estela de humo que se desvanece lentamente en el azul purísimo del cielo; unos chiquillos harapientos que casi se dejan aplastar por las ruedas del coche, mientras ahogan el ruido del motor con sus gritos pidiendo una limosna; unos hombres vencidos que os contemplan con miradas tímidas, en los ojos un extraño brillo que tiene tanto de total renuncia como de esperanza; unas mujeres famélicas y exhaustas que os ven pasar con absoluta indiferencia, como si una supremía amargura les hubiera insensibilizado para la sorpresa y hasta para la curiosidad. Este triste espectáculo no es único, porque se multiplica por doquier: hasta Hebrón, por el Sur; hasta Naplusa, por el Norte; hasta Jericó, por el Este, y hasta Ammán... E incluso lo veréis repe-

LOS SANTOS LUGARES DE JERUSALEN EN GRAVE ESTADO



Miembros de la Legión Árabe y policías de Jerusalén, cambiando impresiones



Arriba: Este poste fronterizo en la vieja ciudad santa de Jerusalén señala los territorios judíos y árabes. En el cartel pueden verse los signos indicadores. Abajo: una hermana de la orden de Notre Dame de Francia, recorre las ruinas de lo que fué iglesia en un barrio de Jerusalén durante el último conflicto palestino

MUCHOS DE LOS 800.000 ARABES A LOS QUE SE LES HA DESPOJADO DE TIERRAS Y HOGARES, VIVEN EN LA MISMA LINEA FRONTERIZA

tirse en las doradas tierras libanesas, y en los desiertos ocre que rodean a la Gutta de Damasco, y aun en las amarillas dunas del ya lejano Egipto. ¿Qué gentes son? ¿Cuál es el terrible drama que se oculta en estos cementerios vivientes?

EL SIONISMO, PROBLEMA ARTIFICIAL

Hasta el 2 de noviembre de 1917 no había existido en realidad un problema sionista. Un periodista austriaco — Theodor Herrl — lo planteó a finales del siglo con un libro — «Der Judens-taat» («El Estado judío») —, en el que declaraba: «La cuestión judía existe; no se trata de una cuestión religiosa o social, sino de un problema nacional.» Y la solución que arbitraba era el establecimiento de un Estado judío en Palestina. La idea se puso en marcha y dió impulso a una organización que en su primer Congreso — el celebrado en Basilea en 1897 — anunció su propósito de asentar en Tierra Santa «una patria del pueblo judío garantizada por el Derecho internacional». Pero el escándalo en el mundo cristiano fué tan grande y tan descabellado el proyecto, que se estuvo a dos dedos de



desistir de él. Frente a la tesis palestina se alzó la fórmula de que el asentamiento se efectuar-se en Uganda. Pero esta fórmula, defendida por Herrl y Max Nordau, y que pudo ser una solución mucho más razonable que la de Tierra Santa, no prosperó tampoco.

La guerra de 1914 a 1918, al sumarse Turquía a los grandes Imperios Centrales, incorpora a

la conflagración a los países del Oriente Medio, dominados por la Sublime Puerta, Gran Bretaña, que sueña con extender allí el juego de influencias ya asentado en el golfo Pérsico y en el canal de Suez, despliega toda su habilidad por atraerse la mayor suma posible de asistencias. El alzamiento de los pueblos árabes es encomendado al coronel Lawrence. Con una promesa ca-

pital: la de la restauración de un Califato no turco, sino árabe, con Hussein—descendiente del Profeta—como Califato de los creyentes y como Soberano del Heyaz. Lawrence es el astuto agitador, pero Henry Mac Mahon, alto comisario británico en Egipto, el cerebro que inspira. La correspondencia de Mac Mahon con Hussein es aleccionadora y es equívoca. Sobre la base de la liberación del yugo otomano anuncia—para cuando esa liberación sea completa—la constitución de un Impero árabe, cuyos límites no se especifican. Pero, conoecedor de la importancia que Palestina tiene para el Islam y su enorme poder de persuasión, en carta del 24 de octubre de 1915 se arriesga a prometer a Hussein que las tierras de Palestina le serán entregadas a medida que se liberen.

Sin embargo, el despliegue de elementos de atracción no podía terminar aquí. El sionismo—el anhelo de reinstaurar un Estado judío en Palestina—seguida latente y vivo en una buena parte del judaísmo internacional. Y ofrecía una esperanza de logro: la conquista a los turcos de aquellos territorios por medio de las armas. El hebreo no había sido soldado jamás. Pero, dominando sus viejos prejuicios, formaron su Ejército propio: la Legión Judía, incorporada a las tropas británicas de Allenby, no en razón de simpatías a ninguno de los combatientes, sino por el oculto designio de dar satisfacción a su esperanza. En Londres, sobre todo, esta determinación fué acogida muy bien. Lord Balfour, a la sazón ministro de Asuntos Exteriores del Imperio británico, no dejó de aprovechar la oportuna ocasión que le era asíbrindada. Y con renuncia de toda suerte de criterios morales y desentendiéndose de los formales compromisos que con los árabes había contraído, Mac Mahon, en nombre de Inglaterra, se erigió en un firme sostén del sionismo. No iba a ser único, desde luego, un semejante engaño. En todas las proclamas dirigidas a los árabes por Gran Bretaña y Francia para incorporarles a su causa se les había asegurado «la emancipación completa y definitiva», así como el establecimiento de «Gobiernos nacionales y una Administración basada en la libre voluntad» de aquellos pueblos. Lo cual nunca fué obstáculo para que con anterioridad, por el tratado secreto del 5 de marzo de 1915, Gran Bretaña y Francia hubiesen acordado repartirse el mundo árabe en «territorios de mandato», luego reconocidos por el párrafo cuarto del artículo 22 del «Covenant» institucional de la Sociedad ginebrina de Naciones.

La «DECLARACION BALFOUR»

Lord Balfour—preciso es repetirlo—abre al sionismo un cauce formal y diplomático. Y ello mediante la «Declaración» que lleva su nombre. El 2 de noviembre de 1917 escribe al barón de Rothschild una carta bastante imprecisa y llena de reservas. «El Gobierno de Su Majestad—se dice en ella—mira con sim-

patía el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y hará todo lo posible por facilitarlo, bien entendido que no ha de hacerse nada que pueda lesionar los derechos civiles y religiosos de las colectividades no israelitas que en Palestina existen.» No se compromete, en realidad, a nada. Pero rompe una brecha que los judíos van a aprovechar. Cediendo a la presión, el Presidente Wilson acepta el plan, que recibe la inmediata adhesión de Francia e Italia.

Lo que empezó siendo actitud de «simpatía» se transforma en promesa. En el mes de septiembre de 1921 se reúne en Karisbad, bajo la presidencia del mismo Weizmann que iba a ser Presidente de Israel, el XII Congreso Sionista, cuyo más importante acuerdo es el de llevar la lucha hasta que la «Declaración Balfour» se trueque en realidad. Pero lo que pudiéramos con el mismo derecho llamar «Declaración Mac Mahon», bastante menos imprecisa que la de Balfour, tiene también validez. Y en el mes de diciembre de ese año de 1921, presidido por el Gran Mufti de Jerusalén, se constituye en la Ciudad Sagrada el Consejo Supremo Musulmán, cuya finalidad fundamental no es otra que la de reclamar el cumplimiento de las promesas hechas por Mac Mahon cuando era alto comisario británico en Egipto. Más que las dos «Declaraciones», tan contradictorias entre sí, lo que se enfrenta entonces es un arabismo engañado y un sionismo hinchado artificiosamente.

Hay en el planteamiento del problema judío una efectiva justificación: se han sucedido los «pogroms» en la Rusia zarista, en Alemania y en los Balcanes, y se trata de poner a las gentes de esa raza a cubierto de persecuciones. Lo que no puede justificarse es la elección del sitio, del «hogar nacional», que preconizaba Balfour. Por el mundo andan dispersos más de 14 millones de hebreos. Su problema es, pues, universal porque la dispersión se extiende a todas partes y porque la solución afecta por igual a todas las naciones. Inmensos territorios deshabitados hay—en Africa, en América, en Australia...—donde las poblaciones apátridas pudieran ser asentadas. Cuando se procuró la fórmula de Uganda se estaba en un camino razonable: con la exclusividad de Uganda o con el complemento de la absorción de núcleos inmigrantes por aquellos países que se hallarían en condiciones de admitirlos. Los mismos árabes no se han negado nunca a recibir los cupos que, en un equitativo reparto, les correspondiesen. La que no era de ninguna manera solución es la de Palestina. Por una razón física: el territorio de Palestina suma tan solo 20.662 kilómetros cuadrados, en gran parte desérticos. Y por una razón religiosa que se vuelve contra los fundamentos del sionismo: Palestina es Tierra Santa a la vez para cristianos, musulmanes y judíos, es verdad; pero la inmensa mayoría de la inmigración hebrea se recluta en

Europa entre no practicantes ni casi creyentes.

LA INMIGRACION JUDIA EN PALESTINA

Cuando, en 1917, el general británico lord Allenby entró en Jerusalén, la población de Tierra Santa se componía de 515.000 árabes musulmanes, 63.000 árabes cristianos y 65.000 judíos. No había entre ellos problemas, porque el árabe—cristiano o musulmán—, y de ello tenemos una evidente prueba en Marruecos, nunca fué antisemita, en el sentido persecutorio de la palabra. Los judíos tenían colonias propias. Una de ellas—fundada en 1909 como suburbio hebreo de la ciudad árabe de Jaffa—, Tel Aviv, actualmente capital política de Israel. Quienes llevaron allí los problemas fueron quienes se propusieron resolver los que antes no existían. Terminada la Administración militar de lord Allenby se inaugura—el 1 de julio de 1920—un régimen civil, al frente del cual es puesto como primer alto comisario un judío inglés: sir Herbert Samuel. Quien, poniendo en acción la «Declaración Balfour», asienta de manera inmediata a 16.500 inmigrantes. Y la Organización Sionista mundial, fijos los ojos en la legalización de esa «Declaración» de origen británico, recaba—y consigue—que Palestina se transforme en un mandato inglés. Surgen los primeros chispazos de una lucha que ha de llegar hasta hoy, y en 1920, 1921, 1929, 1933, 1936... corre la sangre a raudales.

Por primera vez, en 1937, la Comisión presidida por lord Peel habla de partición; según su propuesta, Palestina será dividida entre árabes y judíos, pero manteniéndose como elemento de conciliación el mandato británico. Ni los judíos ni los árabes lo aceptan. No es aprovechada la enseñanza, y en la Conferencia de Mesa Redonda celebrada en Londres en 1939, se acuerda, a espaldas de los árabes, aceptar durante cinco años un cupo de 75.000 inmigrantes anuales. Este acuerdo figura en el llamado «Libro Blanco» que en esa conferencia se aprobó. Pero antes de que finalice el plazo—en el mes de noviembre de 1943—, Gran Bretaña decide que la vigencia del «Libro Blanco»—de la inmigración anual de 75.000 judíos—sea prorrogada indefinidamente.

Con estas peripecias, Palestina ha sufrido una gran transformación. El censo celebrado en 1944 da ya una población de 1.064.000 árabes musulmanes, de 136.000 árabes cristianos y de 525.000 judíos. Desde 1917, el número de los árabes—musulmanes y cristianos—se ha duplicado, principalmente a causa de la elevada natalidad; pero el de los judíos es ocho veces mayor, a causa, naturalmente, de una inmigración que incesantemente fluye. Poco a poco el equilibrio demográfico iba tomando trazas de ser roto algún día; pero el económico lo había sido ya; respaldados los judíos por poderosos consorcios internacionales, adquirían las mejores tierras, las colonizaban y establecían industrias importantes. La validez de

un efectivo Estado hebreo era ya indestructible. Durante la campaña electoral de 1944 para la Presidencia de los Estados Unidos, y al objeto de atraerse los votos de los seis millones de judíos que hay en la gran República, demócratas y republicanos prometen apoyar las reivindicaciones para el establecimiento de ese Estado; el 19 de diciembre de 1945, la Cámara de Representantes aprueba una moción por la que se reclama la independencia de Israel, y el 20 de abril de 1946 la Comisión angloamericana nombrada al efecto decide elevar a 100.000 el cupo anual de inmigrantes y suprimir toda clase de trabas para la transferencia de terrenos. Como secuela inevitable, y por 33 votos a favor, 13 en contra y 10 abstenciones, la Asamblea General de las Naciones Unidas, en su sesión del 29 de noviembre de 1947, toma el acuerdo de dividir Palestina en dos Estados: uno árabe y otro israelí, y establecer un régimen de internacionalización de los Santos Lugares, puesto bajo la dependencia del Consejo de Tutelas de las propias Naciones Unidas. Y la guerra, reprimada durante tantos años, da comienzo.

UNA GUERRA QUE ES UN FRAUDE

Todo en la historia contemporánea de Tierra Santa sobrepasa los límites del fraude y de la iniquidad. Rotas las hostilidades el 16 de mayo de 1948—el mismo día del reconocimiento diplomático de Israel por Norteamérica y dos días antes de hacerse público el de la Unión Soviética—, los Ejércitos árabes avanzan en la totalidad de los frentes; son ocupadas la Jerusalén amurallada y las ciudades de Belén, Lydda y Faluja tras una dura lucha que pone en riesgo la integridad de los Santos Lugares, y el recién nacido Estado israelí está a dos dedos del desmoronamiento. Pero el Consejo de Seguridad interviene e impone la tregua del 18 de julio, que prohíbe la admisión de nuevos inmigrantes en edad militar y el aprovisionamiento de pertrechos de guerra a los dos contendientes. Las naciones árabes van quedando prácticamente inermes, mientras los judíos fortalecen su Ejército con las inmigraciones subrepticias y con las armas que clandestinamente les llegan de Yugoslavia y de Checoslovaquia. La tregua es rota, y el 14 de octubre se reanudan las hostilidades. Normalmente —y jurídicamente—, el conflicto debía volver al Consejo de Seguridad para determinar una intervención por atentado «a la paz y a la seguridad internacionales». Pero la intervención no se produjo. Y los judíos se lanzaron a una contraofensiva victoriosa que puso en sus manos importantes regiones adjudicadas a los árabes por el acuerdo particional. El 11 de mayo de 1949, un total de 37 votos a favor, 12 en contra y nueve abstenciones decidieron la incorporación de Israel a la Organización de las Naciones Unidas como miembro activo. Y por los mismos meses fueron suscritos los tratados de armisticio de Israel con los cuatro países ára-

bes con los que tiene fronteras: Egipto, Líbano, Siria y Jordania. Sin que se resolviese en ellos ninguno de los tres problemas capitales: el de los límites de los dos Estados constituidos por los acuerdos de partición, ya que los actuales son aquellos mismos fijados por Israel en sus avances; el de la internacionalización de los Santos Lugares—la Jerusalén antigua se encuentra en poder de los jordanos, mientras la moderna lo está en el de los judíos—, reiteradamente acordada por las Naciones Unidas, y el de las poblaciones árabes a las que han sido arrebatadas propiedades y viviendas.

Y con ello volvemos al comienzo de estas cuartillas, dejando para nueva ocasión el ingente problema jurídico de los Santos Lugares.

Un nuevo cálculo realizado en Palestina en 1949 daba las poblaciones siguientes: Arabes musulmanes, 120.000; árabes cristianos, 100.000; judíos, 1.250.000.

El hecho es que la inmigración judía en Tierra Santa ha seguido aumentando vertiginosamente: entre el mes de mayo de 1948 y los finales de 1950, esa inmigración ha sido del orden de las 500.000 personas. Es posible que en la actualidad la población exclusivamente hebrea pase de los dos millones. Y la extensión superficial de Palestina, incluidas las zonas árabes, es sólo de 20.662 kilómetros cuadrados. Estos escuetos datos ponen de manifiesto dos cuestiones gravísimas: una, la del presente de las poblaciones árabes arrancadas a sus hogares y a sus tierras; otra, la del futuro del progresivo crecimiento de un Israel que empieza a «no caber» en sus actuales límites.

Por la simple razón de la fuerza, el Ejército hebreo arrojó a las familias árabes de los territorios que iba ocupando sucesivamente: los necesitaba para asentar a los nuevos inmigrantes. Tel Aviv no es ya un suburbio judío de la Jaffa árabe; ambas ciudades han sido fundidas, y en ellas viven hoy por encima de 300.000 almas. La Jerusalén moderna, que forma parte del territorio sometido a internacionalización, pasa, probablemente, de las 200.000, y en ella siguen siendo alojados nuevos contingentes. No han resuelto su propio problema, porque siguen faltando las tierras y las casas. Pero han provocado el de los demás. Por encima de 800.000 árabes palestinos han sido empujados a la más espantosa miseria: son los que, desprovistos de todo, como no sea el rencor por la injusticia, se hacinan en esos «cementeros vivientes» de las proximidades de Belén, de Hebrón, de Naplusa, de Jericó y de Amman. Las Naciones Unidas, tan acusadas para el drama judío, no han sabido entender este otro drama que ha transformado una diáspora hebrea en una diáspora árabe.

En su alegato de los últimos días al Consejo de Seguridad, Israel se ha referido a violaciones de frontera por parte de los árabes. Es posible que existan. Pero tienen esta terrible justificación: un impulso irrefrenable de contemplar de cerca lo que es suyo e incluso, algunas veces, de lle-

vase consigo los frutos que les pertenecen y que por la fuerza les arrebataron. Pero en la guerra—la guerra sigue, tan sólo interrumpida por unos Tratados de armisticio—no cuenta el sentimiento. Como desmesurada represalia, se ha producido el incidente de Quibia. Episodio no aislado, pero sí más importante que otros. Fuerzas del Ejército regular israelí, apoyados por artillería, morteros y aviación, irrumpieron en aquel poblado, muchas de cuyas casas demolieron, luego de asesinar a muy cerca de sesenta personas, entre ellas a 25 niños. Se ha reprochado al general Glubb Bachá, el comandante de la Legión Árabe de Jordania, por no haber empleado la adecuada energía. Al parecer, lo hizo deliberadamente. Una respuesta enérgica hubiese reencendido la guerra. Una guerra, es verdad, que puede reencenderse hoy o mañana, porque las razones que podrían determinarla no han sido eliminadas.

Pero del otro lado, Israel empieza a «no caber» físicamente en los territorios que en la actualidad ocupa, muchos de ellos indebidamente, porque, según los acuerdos de partición, pertenecen a los árabes. Es la secuela inevitable de una insensata «Declaración Balfour» puesta en acción. Si desde ahora no son adoptadas las medidas severas que proceden, pronto será iniciada una «marcha hacia el este» israelí, determinada por la necesidad de la expansión. Israel carece ya de territorios para albergar a su población creciente y tratará de procurárselos a costa de quien sea. La vida es allí dura, porque falta de todo. Y, en realidad, esa «marcha hacia el Este» ha comenzado ya, a través de los incidentes del lago Huleh con Siria, donde los israelíes emprendieron obras de desecación y de cultivo de tierras pantanosas situadas en la «zona neutral».

Sea como sea—mediante la reproducción de sucesos sangrientos como el de Quibia o mediante la labor expansiva de Israel a costa de sus vecinos—, el peligro de guerra sigue en pie, porque, en la actualidad, Palestina constituye una de las más graves localizaciones de un posible conflicto en todo el mundo. Pero Palestina, ennoblecida por la vida y la muerte de Cristo, está llamando a la conciencia de todas las personas civilizadas. Los Santos Lugares de la Cristianidad se encuentran en un riesgo gravísimo y urgente, porque si el temido conflicto estallase—y son muchos los motivos para temerlo—quedarían en la primera línea—ya lo están—una Jerusalén y un Belén a los que la Providencia rescató una vez más de la amenaza de destrucción en las luchas de 1948. Lo que de consuno piden el mundo cristiano y la civilización es que, ya que tantos errores fueron cometidos por unas naciones que se llaman cristianas, esos Santos Lugares sean preservados definitivamente. Y que, para ello, se dé completa validez a los acuerdos de internacionalización que forman una parte inseparable de los de partición de Tierra Santa que las propias Naciones Unidas adoptaron.

LA UNIVERSIDAD GREGORIANA DE ROMA HA COMENZADO EL PRIMER CURSO DE SU V SIGLO

**ESPAÑA HA ESTADO
PRESENTE DESDE
SU FUNDACION**

**Los Colegios Mayores
adscritos llegan casi a 300**

DE ESCUELA GRATUITA DE HUMANIDADES A UNIVERSIDAD MAYOR DEL CATHOLICISMO



Alumnos de los cinco continentes conversando con Su Santidad el Papa

A mitad del siglo XVI, y en el año 1551, San Ignacio de Loyola alquilaba, junto a los pies del Capitolio, una humilde casa, con ribetes de cuartel desalquilado, para montar en ella una «Escuela Gratuita de Humanidades». Catorce jóvenes romanos acudieron en principio a las reducidas aulas de esta pequeña «Universidad». Otro español había cortado las expensas para la fundación y vida de aquel nuevo Seminario: el duque de Gandía; después, San Francisco de Borja. No habían de pasar muchos años y el «Colegio Romano» era ya nombrado fuera de Roma. Se habían añadido a los estudios de Humanidades los cursos de Filosofía y Teología, y en sus cátedras explicaban los primeros discípulos de San Ignacio.

En la mente del Santo español, este Colegio se había de agigantar y llegar con el tiempo a convertirse en el centro de estudios de la Iglesia, donde la juventud de todas las naciones se llenase, bajo la mirada del Vicario de Cristo, de la más pura doctrina católica y del más acendrado espíritu de la romanidad cristiana. Así fué. No se equivocó su fundador. Años después, el Papa Paulo IV le concedía la facultad de otorgar grados académicos, y en 1567, el número de estudiantes en el Colegio Romano superaba el millar.

La casa del recinto del Capitolio se había quedado chica.

ESPAÑA, EN LA GREGORIANA

El admirable historial de la Gregoriana es un capítulo en la Historia de España. Un santo español, ambicioso de cosas divinas, había puesto la primera piedra. Otro santo, el duque de Gandía, había contribuido ayudando al fundador con sus medios econó-

micos. La subvención que a San Francisco de Borja diese Carlos V hasta su muerte pasó íntegra al Colegio. La asistencia que Felipe II prestó a la futura Universidad Pontificia fué bien reconocida por el Papa Pío IV, quien, en 1561, recomendaba al Monarca español no olvidase aquella gran obra, pupila de sus ojos.

El Colegio Romano se había hecho acreedor a todos los Papas, que en él veían el gran semillero de sacerdotes y apóstoles que esparcerían por todo el mundo la semilla de la verdad allí recogida. Perdió el nombre de Colegio Romano para honrar la memoria de Gregorio XIII, quien, en 1584, vertió sobre él toda su munificencia, dotándole de una nueva sede, espléndida y capaz, en la que continuó la ya Universidad Gregoriana hasta 1870, pasando más tarde al palacio Borromeo, hasta la inauguración del actual y egregio edificio.

La aportación de España al profesorado de la Gregoriana en sus cuatro siglos de historia es rica en número y en valores. Fué un español también el segundo que ocupó la rectoría del Colegio Romano, el padre Martín Olabe, quien, a su vez, abría una larga cadena de profesores y rectores españoles.

Al inaugurarse el curso de Filosofía se ocupó de esta disciplina el padre Baltasar Torres. La Teología estuvo a cargo del famoso Francisco de Toledo, conocido por sus arrebatadoras disputas teológicas. Un joven profesor español, Pedro Perpiña, en elegante y atildado latín, explicaba elocuencia.

En los tiempos de más gloria, a la Gregoriana fueron los más ilustres pensadores, teólogos y juristas de España. Francisco Suárez tuvo ocasión de discutir con su rival Gabriel Vázquez en esta Universidad Pontificia sobre los

tan entonces en boga problemas de la Ciencia Media.

De la última época podemos recordar a uno de los más esclarecidos valores de la Filosofía actual, padre Urráburu.

Hoy, en el primer curso del quinto siglo de la Gregoriana, encontramos en su claústro de profesores veintiocho españoles, entre ellos dos decanos y el mismo rector magnífico, padre Pedro María Abellan.

CUNA DE PONTIFICES. CARDENALES Y OBISPOS

Se cuenta que el padre Bucceroni solía comenzar sus clases con la consabida frase: «Deciamos ayer, futuros obispos...».

Posiblemente, la frase no sería siempre todo lo real que los alumnos desearan, pero sí lo bastante precisa para afirmar que en España, por ejemplo, salvo descontadas diócesis, los restantes preladados han pasado y hecho sus estudios en esta Universidad, adquiriendo en ella sus títulos de licenciados y doctores. En todos los Seminarios de España es elevado el número de profesores y rectores formados bajo los auspicios de la Universidad Pontificia de Roma. Tres de los cuatro cardenales que rigen las archidiócesis españolas ostentan el título de ex alumnos de la Gregoriana.

El Papa Pío X llegó a la Silla de San Pedro por medios verdaderamente providenciales para la Iglesia. Los restantes Papas de nuestro siglo, incluido Pío XII, fueron un día modelos de estudio y santidad en la Universidad que con tantas, y hoy reales, pretensiones fundara humildemente el Santo de Loyola.

UNA GRAN FAMILIA

La Universidad Gregoriana es punto de convergencias mundia-

les. A ella debe Roma, en gran parte, su faceta de universalismo. A más de quinientas diócesis de cincuenta y ocho naciones diversas pertenecen los alumnos que allí cursan actualmente sus estudios. Los Colegios Mayores adscritos a la Universidad llegan casi a trescientos.

En esta mezcla sacerdotal de razas, colores, ritos y nacionalidades se respira un profundo ambiente familiar. Al margen de la formación científica, los alumnos han organizado una asociación interna regida por ellos mismos. Con ella pretenden un más profundo conocimiento de los problemas académicos, científicos y sociales de todos los países. «Vita Nostra» es el nombre significativo de la asociación.

No falta en ella la nota del más aireado y sano humor de los estudiantes. Un día de asueto o el final de un curso académico es motivo para la celebración de una ligera algazara, donde participan jóvenes de todas las latitudes y ponen de manifiesto su recto y equilibrado sentido de la ironía y del humor. En esto, los españoles se llevan también la palma. Los que han pasado por las aulas de la Gregoriana recuerdan junto a los días grises y monótonos de estudios, junto a aquel pasar y pasar de las hojas inacabables de la Summa o las dificultosas páginas de la Moral, aquellos otros días de euforia estudiantil en el escenario del salón de actos en que el yanqui se mofaba del italiano, cuando al preguntarle éste dónde se había dejado las plumas de la cabeza, el yanqui, ingenuamente, le respondía: «Me las han quitado en Nápoles». O aquel cuadro de los «Catedráticos futbolistas»: la broma de los estudiantes ingleses que tanto se comentaría después. Una fotografía del claustro de profesores en la que sólo se veían las cabezas tocadas de negros boñetes, a las que se habían ajustado otros tantos cuerpos de futbolistas. Los veintidós profesores formaban el conjunto de dos equipos contrincantes.

EL LATIN, LENGUA OFICIAL

Desde su fundación es el latín lengua oficial de la Universidad. En latín se reciben y dan las lecciones, aun las que tocan temas científicos, como las clases de cuestiones de Física y Química relacionadas con la Filosofía. En latín están escritos los textos y en latín son los exámenes y las disputas públicas.

Para el novato supone esta exigencia una de las mayores dificultades. Claro es que pronto se habitúa a ello, ya que el nuevo alumno ha estudiado en su Seminario de procedencia y necesariamente en latín los cursos de Filosofía y Teología. La mayor dificultad está en las distintas fonéticas de los profesores.

La Biblioteca de la Universidad, con un total de 500.000 volúmenes, ocupa varios de los pisos del edificio. En ella encuentra siempre el profesor o el alumno el texto preciso de consulta o el último libro del progreso científico o literario.

EL LIBRO DE ORO

En cuatro siglos de vida, la Universidad Gregoriana ha impreso



Izquierda: Alumnos de la Gregoriana, Dos, de Haití, y el del centro, indio. Derecha: Tres alumnos trinitarios, también de la Universidad Gregoriana

«un libro de oro» de la más alta valía. Ninguna estadística podrá contar el número de alumnos que han pisado sus aulas. Seis santos y treinta beatos cuenta entre ellos la Pontificia de Roma. Trece Papas ha dado a la Iglesia. De los cardenales que hoy rigen los destinos del catolicismo, diecinueve son gregorianos.

Hace unos años fué procesado en Bulgaria por los comunistas y condenado Mons. Eugenio Vicente Bossilkov, obispo de Russe. El principal capítulo de acusaciones que contra él hacían se basaba en el hecho de haber frecuentado el Pontificio Instituto Oriental de Roma, Facultad asociada a la Gregoriana. Los comunistas miran este Instituto como el más temible vivero de enemigos de su doctrina.

UNA UNIVERSIDAD A LA ALTURA DE NUESTRO TIEMPO

«La Escuela Gratuita de Humanidades» sigue como gloriosa herencia en el seno de la Compañía de Jesús. Depende directamente de la Santa Sede, y su gran canciller está vinculado al cardenal prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades Pontificias, hoy su eminencia el cardenal Pizzardo, actuando como vice gran canciller el padre general de la Compañía. Un rector magnífico y un senador académico, integrado por los decanos de las distintas Facultades, dirigen la pujante vida de la Universidad.

EL CENTENARIO

Ha comenzado en la Universidad Gregoriana de Roma el primer curso de su quinto siglo de existencia.

Otra vez las calles que desembocan en la Piazza della Pilota se han vuelto a abarrotar de seminaristas y jóvenes sacerdotes que van y vienen a la Universidad. Los catorce alumnos de la «Escuela Gratuita de Humanidades» pasan hoy de los dos mil quinientos. Los españoles, con su caminar rápido y decisivo, llevan sobre sus sotanas negras fajín y botones azules. Los alemanes visitan sotana roja y fajín negro; sotana morada, los escoceses; fajín verde, los brasileños.



El R. P. Abellán, rector Magnífico de la Universidad, es de nacionalidad española

Esta disparidad de colores y la mayor variedad de los hábitos religiosos dan a las calles de la Ciudad Eterna un tono atractivo de viva policromía.

A la celebración del cuarto centenario han acudido ex alumnos de todas las naciones: sacerdotes, obispos, cardenales, ministros y embajadores han venido a rendir justo homenaje a esta gran «maestra» de la ciencia y de la verdad. Varias Universidades extranjeras se han sumado a este tributo de reconocimiento.

Al glorioso séptimo centenario de la Universidad salmantina puede España sumar este cuarto centenario de la Universidad Gregoriana de Roma. De Salamanca salieron los grandes doctores de la Iglesia que a través de la Universidad Pontificia Romana enseñaron al mundo las augustas verdades de la Teología y los más profundos problemas de la perenne Filosofía.

Hoy es la Universidad Gregoriana un rotundo exponente de nuestro catolicismo, un elocuente argumento de la universalidad de la Iglesia de Cristo.

Esteban FERNANDEZ RUIZ y Ernesto SALCEDO

"YO SOY EXTRAORDINARIO Y ESTUPENDO"

CARLOS BOUSOÑO, poeta sin angustia

Le gustaría ser
taxista y piensa
cruzar el Estrecho
de Gibraltar a nado



Carlos Bousoño contesta a las preguntas de nuestros colaboradores

EN las mañanas de otoño, cuando se atrapa una con sol, no hay que dejarla pasar. ¿Saldría el sol después de tantos días de lluvia y goteras, solamente para concedernos que este poeta luminoso que es Carlos Bousoño pudiera tomarse con nosotros una caña—la última del año, quizás en una terraza? El mensaje poético de Carlos Bousoño es todo aire translúcido, transparente cielo, dulce gravitación de la luz sobre un espacio incandescente, donde hasta la amistad tiene alas de ángel o de pájaro radiante.

JULIA.—¿Qué le hubiera gustado ser, además de poeta y profesor?

BOUSOÑO.—Taxista; pero no me hago porque no tengo dinero para comprarme un coche.

CARANTOÑA.—¿Domina bien el volante?

BOUSOÑO.—No, porque he chocado una vez contra un coche parado. No lo vi.

CASTILLO.—¿No te multaron?

BOUSOÑO.—Pagué 1.000 pesetas en el acto.

JULIA.—Por lo que se ve, usted no es uno de esos poetas atormentados con la angustia vital, la metafísica...

BOUSOÑO.—Eso de la angustia, como los coches, no está al alcance de cualquiera. Me repugna cuando oigo hablar de la angustia con inconsistencia y ligereza.

CASTILLO.—¿Cuál es su concepto poético de la angustia?

BOUSOÑO.—Un sentimiento difícil de tener; se finge mucho que se siente.

CARANTOÑA.—¿Cree que no se da más que en los poetas?

BOUSOÑO.—Sí, es un sentimiento de pobres intelectuales. Yo lo he experimentado.

JULIA.—¿Nació de su temor ante la muerte?

BOUSOÑO.—Es algo que nace cuando la vida se presenta como sin sentido y sin solución. No vale un caso concreto y aislado; surge por la repetición de un estado de ánimo que no tiene salida. Cuando se está satisfecho y

seguro no se experimenta la angustia.

CASTILLO.—¿Le nació a usted la angustia por el problema religioso?

BOUSOÑO.—El problema religioso lo tuve resuelto; lo llevé a los libros porque lo viví. Ser religioso es un modo de ser hombre.

CARANTOÑA.—¿Le falta ahora la firmeza anterior?

BOUSOÑO.—Tengo esperanzas de alcanzar a Dios. Creo que está expresado este estado de mi espíritu en varios poemas.

JULIA.—¿Qué influencias reconocería en sus obras?

BOUSOÑO.—Ninguna influencia me molesta. Tengo que admitir varias: Quevedo, Machado, Unamuno, Aleixandre...

CASTILLO.—¿Qué novelista extranjero le gusta más?

BOUSOÑO.—Steinbeck.

JULIA.—Según alguna vez usted ha escrito, el poeta nace del choque con un buen libro de poesía. ¿Qué poesía fue su reactivo?

BOUSOÑO.—Rubén Darío.

CARANTOÑA.—¿Qué pintor le gusta más?

BOUSOÑO.—Picasso.

CASTILLO.—¿Es cierto lo que se dice en la Facultad de que ha dado clases con 40 de fiebre?

BOUSOÑO.—Es exacto.

JULIA.—¿Es un chisme eso de que se cree con condiciones de actor?

BOUSOÑO.—No es ningún chisme.

CARANTOÑA.—¿Y el cine, le atrae?

BOUSOÑO.—Nada.

CASTILLO.—Se considera dotado para escribir en prosa?

BOUSOÑO.—Para la prosa creo que no tengo talento.

JULIA.—¿Prepara algún libro actualmente?

BOUSOÑO.—Tengo pensado y terminado, aunque me falta escribirlo, un ensayo sobre «El cambio de gusto en la literatura».

JULIA.—¿Qué vocación sintió antes: la de poeta o la de filólogo?

BOUSOÑO.—Empecé a escribir versos a los trece años. Fui por



Este es el retrato del poeta

lo tanto, antes que nada, poeta.

CASTILLO.—¿Considera la poesía como una forma de investigación científica?

BOUSOÑO.—De ningún modo, el poeta no busca, encuentra.

CARANTOÑA.—Su poesía es optimista y rezuma dulzura...

BOUSOÑO.—En poesía lo que hay siempre es una luz inasequible, una región trascendente donde está lo dulce, lo bello, lo grato..., región a la que el poeta aspira, pero que no halla en su torno ni puede tocar.

JULIA.—En eso tiene cierta afinidad con Bécquer.

BOUSOÑO.—En efecto, yo creo que en mí se da cierta coincidencia temperamental con Bécquer. A mí lo que más me arrastra y puede ser la muerte de las cosas, la fugacidad del sentimiento... Quiero hacer una poesía.

CASTILLO.—¿Ha ganado mucho dinero con sus versos?

BOUSOÑO.—Quinientas pesetas lo más; pero con los libros de texto más de 40.000.

CARANTOÑA.—Pero ¿tanto se vende?

BOUSOÑO.—De «Teoría de la expresión poética» se han ven-

dido 1.700 ejemplares en seis meses; ahora se va a traducir al alemán y al inglés.

JULIA.—¿Cómo hizo este libro?

BOUSONO.—Por necesidad. Tenía que dar un curso en la Facultad y necesitaba una especie de apuntes. El libro de Dámaso Alonso todavía no estaba en circulación.

CASTILLO.—¿Sigue en esto la línea de otros filólogos extranjeros?

BOUSONO.—Mala o buena. La teoría es personal y original mía. Lo escribí para que fuera útil.

JULIA.—¿No cree que tanta labor de análisis puede perjudicar a los poetas?

BOUSONO.—Yo creo que los ilumina más bien.

CARANTONA.—¿Qué figura le ha hecho más impresión en sus viajes por el extranjero?

BOUSONO.—En Méjico conocí a Stravinsky. Se parece una barbaridad a un mono, pero tiene una conversación ingeniosísima. Le pregunté qué opinaba del proceso abierto por los Soviets a Prokofiev y Shostakovich y él me contestó que tampoco le gustaban, pero por otras razones. A mí me viene de familia la afición a la música: tengo una tía compositora que ha estrenado cuatro obras en Méjico y una en España.

JULIA.—¿Qué músicos le gustan más?

BOUSONO.—Me dejo llevar por el capricho: Bach, Falla, Schönberg.

CARANTONA.—¿Qué prototipo de poeta le atrae más: el goethiano o el rilkeano?

BOUSONO.—Goethe era un poeta olímpico y, por lo tanto, un egoísta feroz. Para mí la virtud más excelsa es la caridad.

CASTILLO.—¿Le tienta el teatro?

BOUSONO.—Me interesa extraordinariamente. Yo quisiera hacer teatro, pero ya veremos si me atrevo.

CASTILLO.—¿Qué le pareció «Escuadra hacia la muerte»?

BOUSONO.—Me pareció estupendo, pero creo que deprime demasiado el plano real y destaca demasiado lo simbólico.

CASTILLO.—¿Es usted optimista o pesimista?

BOUSONO.—Yo soy extraordinario y estupendo.

JULIA.—¿Cambiaría su vocación de chófer por la vocación poética?

BOUSONO.—La cambiaría por cruzar a nado el Estrecho de Gibraltar. Quisiera haber hecho lo que lord Byron. Este verano pasado he nadado medio kilómetro cada día.

CARANTONA.—Pero ¿quiere de veras cruzar el Estrecho?

BOUSONO.—Por supuesto.

JULIA.—Cuéntenos alguna traversura suya.

BOUSONO.—Suelo colarme en los cines gratis de vez en cuando.

JULIA.—¿Cómo?

BOUSONO.—Esto es un secreto y no lo digo.

El otoño es traicionero, aunque sea bello. Tan tranquilos como estábamos en la terraza, con un sol bousoniano, cuando comenzó a llover. Había sido cosa de unos minutos. Decían los camareros que era una nube sin importancia. Pero salimos pitando y algo mojados.

CUERPO Y ALMA DE LA MUJER BELGA



EL SUEÑO DE LA COSTILLA DE ADAN ES TENER UNA "CASA LOGRADA"



Arriba: La fotografía recoge el momento en que mujeres de Bruselas presencian un desfile militar. Abajo: Monumento a la madre en una ciudad belga

LA MUJER TAXISTA

TENGO un amigo que se llama Juan, lo cual no tiene nada de particular. Hay muchas personas que se llaman Juan y que son amigas de alguien. Pero él es un caso distinto. Espiritu aventurero, se ha pasado la mayor parte de su vida atravesando fronteras, estableciendo puentes, sobre todo en Europa. Él fué quien me escribió un día en una postal, como siempre, para decirme: «Estoy en Bruselas. Te escribo desde casa de Mariette. Claro, tú no sabes quién es Mariette. ¿Por qué no te vienes a conocer Bélgica? Te gustará. Por lo demás, estoy seguro de que tam-

bién a Mariette le encantará conocerla.»

Hasta entonces yo no había pensado nunca en Bruselas. La postal de Juan vino a demostrarme que la capital belga era una ciudad que allá estaba y que, por tanto, uno podía ir a ella, y hasta incluso vivir en ella. Escribí a mi amigo. «De acuerdo—le dije—. Saluda a Mariette.» Y me fui.

Anochece cuando llegué a la ciudad. Lo primero que vi fué un gran anuncio luminoso. Un anuncio enorme, de sorprendentes colores. «Coca-Cola» podía leerse. No hacía mucho frío, pero yo acababa de llegar de España y estábamos en agosto. «Coca-Cola», el anuncio, seguía temblando. Cogí

un taxi y en su interior conoci a la primera mujer belga. Gruesa, de más de treinta años y menos de sesenta y de profesión taxista.

Luego vi que muchos taxis eran conducidos por mujeres. Mujeres muy parecidas a la conductora del coche en que yo viajaba. Gruesas, con aspecto de comer la mantequilla muy a gusto y de impredecible edad. Volví a mirar a la conductora de mi coche. Pelo corto, conducía hábilmente. Su cara me ponía triste, sin saber por qué. Tal vez por su seriedad. Una seriedad indiferente, cansada; más que cansada, aburrida. «Habrá tenido un día de mucho trabajo», pensé. Pero habíamos llegado ya a la casa que correspondía a las señas de mi amigo Juan. Pagué la carrera, carísimo. La mujer me exigió que le diera más propina. «No conozco las costumbres del país», le dije. Me miró sin ninguna curiosidad. «La propina es obligatoria», contestó. No recuerdo si al despedirse me dijo adiós.

MARIETTE CONFECCIONA CORTINAS

Juan se rió mucho cuando le conté lo del taxi, lo mismo que Mariette. Mariette es especialista en la confección de cortinas. Se pasa el día cosiendo. Tiene una hija que trabaja en un Ministerio como mecanógrafa y que gana 6.000 francos al mes. Al enterarme del sueldo, me pareció algo extraño que Mariette se pasara el día ante la máquina de coser, y así se lo dije. La respuesta fué contundente: «Trabajar es una obligación. ¿Cómo llenar si no el evidente hueco de tantas horas muertas?»

Efectivamente, la mayor parte de las mujeres belgas trabajan en las cosas más dispares. Desde los grandes almacenes a las residencias universitarias, lo cual no implica necesariamente la pérdida de la femineidad. Si bien es cierto que el nivel de vida en Bélgica es caro no es menos cierto que en muchas familias trabajan todos sus miembros, cuando con el sueldo de dos de ellos ya podrían vivir. La mujer belga se cree obligada a intervenir de forma directa en el sostenimiento de su hogar. Mariette, por ejemplo, que se casó con un médico y que antes de que éste muriera vivía en espléndidas condiciones económicas, seguía, casi sin excepción, con la misma vida que ahora: fabricando cortinas. A la mujer belga le gusta conseguirlo todo con su propio esfuerzo, sentirse dueña. Tal vez por ello muchas mujeres conducen taxis para, aferradas al volante de su coche, tener la impresión de que dirigen a alguien a un destino fijo.

ANTE TODO, «LA CASA»

A los dos días de mi llegada a Bruselas, mi amigo Juan me había enseñado ya las cosas más importantes de la capital. Había tenido ocasión de comprobar que la «Grand Place» es una maravilla, y también de que las aceras de las calles no son lisas, sino construidas con adoquines, adoquines desiguales, que fatigan los pies. Pensé que quizá ello influya en que ninguna mujer calce más

que zapatos planos. Dando grandes zancadas, avanzan, a lo sumo, en grupos de a dos y con mucha rapidez. Las calles, cruzadas por caras muy serias. No vi a nadie que tuviera un amigo tan íntimo como para pegarle una palmada en la espalda. Mariette me dijo que no hiciera caso. Que en verano la ciudad se quedaba sola. Que en las playas el ambiente era muy distinto. «¿Es que la gente prefiere huir de su casa?», le pregunté yo. «Lamentable error —me contestó—. La verdad es muy distinta.»

Mariette tenía razón. Si una aspiración tiene la mujer belga, es la de tener una casa «perfectamente lograda». Pisos pequeños, pero colocado todo con gran orden y, a ser posible, con todos los adelantos modernos que signifiquen mayor comodidad. Rara es la familia que no dispone de nevera eléctrica, cocina con cinco llaves de gas y máquina de lavar la ropa. Si sus medios económicos son escasos, preferirán suprimir otros lujos para tener la casa confortable. Y si su situación es francamente mala, lucharán teniendo como fin inmediato el poder adquirir a la mayor brevedad ese pisito donde pasar las noches de frío.

El horario que sigue el país tiene, sin duda, en todo ello mucha importancia, lo mismo que el clima. El intenso frío prácticamente impide que la gente a las ocho de la noche, después de haber cenado, abandone sus casas para dirigirse a sitio alguno. Les quedan, pues, horas suficientes en las que poder saborear esas comodidades que desean tener. Y a la mujer belga le gusta la vida familiar. Sentarse en una butaca con un libro entre las manos, o jugando con sus hijos, o fabricando cortinas como Mariette. Debo decir, sin embargo, que nada de cuanto expongo desearía fuera tomado como afirmación rotunda y taxativa, en el sentido de que todo el mundo hace lo mismo. Sería absurdo pretender juzgar a todo un país con sólo afirmaciones. Hay quien después de cenar se va al cine o a cualquier parte, lo mismo que hay quien ni coge un libro ni juega con sus hijos, si los tiene. Ahora bien, generalizando si puedo afirmar que a la mujer belga le gusta la casa y, a ser posible, como le digo antes, «perfectamente lograda».

UN PROGRAMA PARA LA SENORITA EDITH

Lamento en estos momentos no acordarme de los nombres de unas instituciones femeninas belgas de gran importancia en la vida del país. Son centros parecidos a la Acción Católica y Sección Femenina españolas. Centros de chicas jóvenes pertenecientes a lo que podríamos llamar «alta sociedad», cuya misión consiste en atraer a las chicas de clase obrera con el fin de enseñarles algo que por su condición nunca podrían aprender. A tal fin y durante las vacaciones estivales, estas instituciones organizan fiestas, excursiones, banquetes con el solo fin de conseguir no solamente un acercamiento espiritual entre las diferentes clases sociales, sino también de enseñar el modo justo

de coger el cuchillo, las distintas clases de folklore que existen en el país. La labor de estas chicas es realmente ejemplar. Algunas de ellas se llevan a muchachas a su propia casa y se desviven para que cada día su huésped se duerma pensando en algo que ayer no sabía.

Una muchacha belga, miembro activo de una de las instituciones que cito, me enseñaba un día el programa que había seguido con la señorita Edith, empleada en los almacenes de La Bourse, en Bruselas. En líneas generales, el programa consistía en organizar continuas excursiones por el país, explicando de cada lugar visitado aquello que tenía mayor importancia. «Si íbamos a Mons —me decía—, le explicaba que allá es donde San Jorge triunfa del dragón en la fiesta anual del Lumeçon. Si en lugar de Mons era Binches, por ejemplo, le hacía una descripción de su carnaval tan conocido. Le explicaba que los Gilles, empenachados con plumas de avestruz, bailan desde la mañana hasta la noche, bombardeando al gentío con naranjas, mientras en Furnes el último domingo de julio se celebra una procesión de penitentes que avanzan con una cruz a cuestas.» De esta manera y con este sistema de captación optimista se han obtenido grandes resultados. Se establece una corriente de simpatía que ya no desaparece. Cuando la señorita Edith, por ejemplo, volvió a su empleo en La Bourse y les habló a sus compañeras de los penitentes de la procesión de Furnes y del bombardeo de naranjas del carnaval de Binches, casi en su totalidad reaccionaron de forma parecida. La muchacha belga que me enseñó su programa me mostró también varias cartas: «¿Cree usted que el próximo año será posible que pase mis vacaciones con ustedes?», se decía, de formas distintas, en casi todas ellas.

TRADICION Y NOVIAZGO CORTO

El esfuerzo de este acercamiento de clases de que hablo no significa tampoco que se haya conseguido de forma total. Por ejemplo, se conserva íntegra la tradición en cuanto se refiere a matrimonios. El sistema de bodas, permítanme llamarle así, es muy parecido al de nuestro país. Rara vez una chica de familia conocida y rica no se casa con un muchacho de su misma condición. El control de los padres es, por regla general, riguroso. En lo único que existe notable diferencia es en la duración de los noviazgos. Los noviazgos que duran más de dos años son casi desconocidos. El tiempo normal de relaciones oscila entre el año y año y medio y se llevan con gran seriedad, si bien con un concepto de las mismas completamente diferente al nuestro. En varias conversaciones con familias belgas, familias católicas y practicantes, observé que casi todas coincidían en una cifra que me resisto a dar por cierto. «De las personas bautizadas y que han hecho la primera comunión —me decían—, se puede calcular en un cincuenta por ciento las que han dejado de practicar la religión, no por abrazarse a otras creencias, sino sim-

plemente por encogerse de hombres y abandonarse a la comodidad.» Un hecho hay seguro: la creación de comodidades en cadena ha dejado, sin duda alguna, profunda huella en la vida de numerosas muchachas belgas.

HABLA LA ESTADISTICA

Del «Boletín Estadístico del Reino de Bélgica», publicado en el mes de diciembre de 1952, voy a sacar algunos datos.

Estos datos, correspondientes al año 1951, figuran en la página 1.711 del citado Boletín. Es una lista completísima de todos los nacimientos ocurridos en aquel año, según la edad de la madre. Sé que las estadísticas, por regla general, molestan o cansan. Pero con frecuencia ayudan a situar los límites precisos de la cuestión.

En primer lugar nos encontramos con que hubo nueve muchachas belgas, cuya edad era inferior a los quince años, que fueron madres. De estos nueve nacimientos sólo uno era legal. De quince a dieciséis años, en la edad de la madre, la estadística señala 40 nacimientos, de ellos sólo 22 reconocidos legalmente. Setecientos cuarenta y dos nacimientos corresponden a madres cuya edad iba de diecisiete a dieciocho años; de ellos, 106 ilegales.

Y así la estadística sigue, año por año, hasta los cincuenta años, a cuya edad de la madre hubo 11 nacimientos, todos legales. La cifra máxima es la de las mujeres de veinticinco a veintiséis años, edad a la que corresponden 9.997 nacimientos, de los que 176 no han sido reconocidos por la ley.

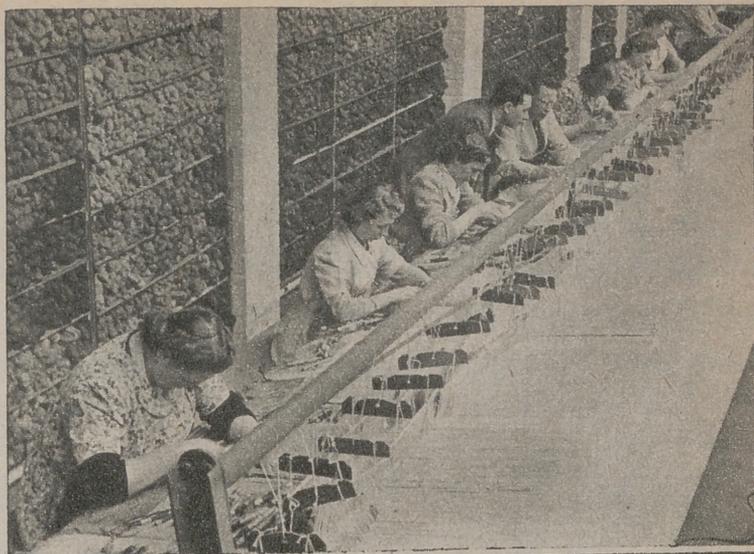
En total hubo en Bélgica en el año 1951 140.906 nacimientos, de los cuales 3.248 fueron hijos de un encogimiento de hombres, de abandonarse a la comodidad.

MUSICA DE «JAZZ»

El caso es que Juan quiso en aquel agosto que llegara hasta el mar. A mí la idea me pareció excelente. Mariette nos preparó unos bocadillos que colcó en una bolsa de papel: pan con mucha manteguita y unas lonchas de jamón dulce.

Existen en Bélgica dos playas importantes por la diferencia de la gente que las frecuenta. La playa de Knoke y la de Blakemborgen. En la primera se reúnen todas las familias ricas del país: chicas con coche propio, espléndida torre y artistas de cine que están de paso. La segunda es la playa popular: familias enteras que alquilan una habitación con cocina o grupos aislados que viven en pensiones y pasan sus vacaciones bañándose en un mar gris.

Pensé que era lógico que en Bruselas no hubiera gente joven. Lo mismo una que otra playa estaban materialmente invadidas por la juventud. Las chicas, vestidas en su mayoría con pequeños calzones cortos, que creo les llaman «shorts», llenaban paseos y salones. En la playa de Knoke se divertían dividiendo su tiempo entre el mar, el golf, la ruleta y la música de «jazz». En la de Blakemborgen, entre el mar



Mujeres belgas trabajando en un tapiz de 13 metros por 40 para la O. N. U.

y el «jazz». Los espacios que quedaban entre las dos cosas o entre las cuatro del primer grupo los llenaban con aquel muchacho que conocieron anteayer. En ambos casos, sin embargo, parecían divertirse de verdad. Por lo menos se reían, lo cual siempre indica descanso, y alguna de ellas, pelo rubio y piel muy blanca, era digna de ser piropeada.

En una de las cosas en que coincidían los dos grupos que he citado era, como usted habrá visto, en la música de «jazz». Efectivamente. La afición por esa clase de música es tan considerable que es imposible introducirse en un salón de baile si no se conocen al dedillo todas las contorsiones que su danza implica. Pretender bailar de una manera normal es peligroso. En primer lugar se hace el ridículo. No hay chica que resista tres compases si al segundo no le has hecho dar dos vueltas de campana y te deja en el centro de la pista, salvo en casos de amistad. En segundo lugar, si en ese caso de amistad una muchacha accede a bailar como sea, el permanecer en la pista es un verdadero peligro para conservar la integridad física. Las piernas de los y las bailarinas se alzan a tal altura que es imposible no temer recibir un golpe que acabe con nuestra nariz. La música de «jazz» apasiona a la juventud belga. Ahí es donde se mueven sin distinción de nada, ni de sudores. «¿No decías que todo era triste?—me decía Juan—. Este es el país de la buena vida.» En parte tenía razón. Me acordé de algo que había dicho el escritor francés Claude refiriéndose a Bélgica: «Basta con abrir los ojos, con visitar los museos, con pasearse por los barrios populares, para comprender que en Bélgica el cuerpo y el alma son realidades muy unidas, de estrechados lazos, muy traducidas, que Breughel responde a Memling y Jordaens a Van Dyck.»

La mujer belga está en parte representada en la definición del escritor francés. Cuerpo y alma. Las mujeres belgas necesitan una y otra y a ambos procuran darle



Universitarias belgas, en la espera de un autobús para dirigirse a clase

su merecido. De ahí su afición por todos los placeres —placeres del cuerpo, placeres del alma—, playas del mar del Norte e intimidad en su hogar. La mujer belga saborea con el mismo fervor un vaso de borgoña añejo que un aria de Bach...

Juan me había resultado un buen guía. Recordé la postal que me mandó: «¿Por qué no te vienes a conocer Bélgica? Te gustará.» Tuvo razón: Bélgica me gustó. Mariette quedó una excelente amiga. Hace unos días recibí de ella una larga carta. Uno de sus párrafos decía así: «Por aquí todo continúa igual. Bruselas está más animada que cuando viniste. Christian sigue con su trabajo de siempre y yo dándole a la máquina de coser. Escribencos de vez en cuando. Abrazos. Mariette.»

Pedro GIRONELLA POUS

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

**CUERPO Y
ALMA DE
LA MUJER
BELGA**

**«SUEÑO DE LA
MUSTA DE ADAN
TENER UNA
CASA LOGRADA»**



PARA EL SEXO DEBIL EL TRABAJO ES UNA OBLIGACION



**EN EL PAIS DE
LA BUENA VIDA
LOS NOVIAZGOS
NO DURAN MAS
DE DOS AÑOS**

La mujer belga interviene directamente en la vida del país. En la fotografía superior vemos a dos lindas muchachas en el mostrador de recepción de un hotel. Abajo: Un conjunto de vicetiples del teatro Real de Bruselas. En la página 61 publicamos este interesante reportaje de nuestro redactor Pedro Gironella